

Jerzy Pilch
Otros placeres

TRADUCCIÓN DE JOANNA ALBIN

Lectulandia

Un hombre poseído por el demonio del tacto y, a la vez, incansable coleccionista de aventuras eróticas (le acompaña una envidiada reputación de Don Juan) se encuentra por sorpresa con la presencia de su amante más reciente en la casa familiar. Lo disparatado de la situación, la cantidad de peripecias insólitas que provoca y la brillantez de la prosa y los diálogos nos transportan a un fascinante mundo, irónico y sensual, en el que los sentimientos se mezclan con el estupor y la sonrisa.

Lectulandia

Jerzy Pilch

Otros placeres

ePub r1.2

Titivillus 23.09.15

Título original: *Inne rozkosze, Poznań: a5*

Jerzy Pilch, 1995

Traducción: Joanna Albin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Cuando en el año del señor 1990, el doctor veterinario Pawel Kohoutek miró por la ventana y vio a su actual amante caminando por el jardín, pensó con aquel engreído fatalismo tan propio de él que estaba a punto de acontecerle una aventura que serviría de advertencia a los demás. La actual amante de Kohoutek llevaba un abrigo azul marino, un gracioso sombrero cubría su divino cráneo y la enorme maleta que arrastraba tras de sí dejaba en la blanca hierba de noviembre la oscura traza de la derrota definitiva.

Quizás venga por unos días, para hablar conmigo, quizás no sea más que una breve e inesperada visita, aunque, de cualquier modo, eso ya es una historia lo suficientemente escalofriante, pensó Kohoutek, una historia digna de un libro. Pero la actual amante de Kohoutek no venía de visita. Tiraba de la maleta con ambas manos y sobre sus delgados hombros cargaba una mochila llena hasta los bordes. A pesar de que la conocía desde hacía apenas diecisiete semanas, Kohoutek sabía perfectamente qué había en la maleta y en la mochila. En la maleta llevaba sus libros y en la mochila, el resto de sus pertenencias. Kohoutek podía enumerar con los ojos cerrados esas cosas, exactamente una por una, podía nombrar sin dificultad todas las piezas de su vestuario: siete camisetas negras, dos blusas blancas, dos camisas de hombre color caqui, un chándal gris con ribetes blancos, tres minifaldas negras, unos vaqueros, dos pares de zapatos sin tacón, un par de botas de caña a la altura de la rodilla que la actual amante de Kohoutek había heredado de su madre, un jersey negro de cuello alto, una chaqueta de hombre de un *tweed* gris que le sentaba fenomenal, medias y varias decenas de bragas exclusivamente blancas y de cortes variados. Sí, la actual amante de Kohoutek había recogido todas sus pertenencias y había venido a instalarse, por fin, tras diecisiete semanas de una horrible tortura causada por la brevedad de sus encuentros, a vivir con él para siempre. Liquidó sus facturas, limpió su habitación, bajó de su estantería todos los libros de Milan Kundera publicados en polaco, *El maleficio* de Broch, *Historia de la filosofía* de Tatarkiewicz, los libros de poemas de Stanislaw Baranczak y Ryszard Kynicki. Recogió también, con perverso celo, la obra completa del más grande de los escritores polacos vivos, a quien adoraba lectora y platónicamente y de quien Kohoutek estaba celoso, por cierto que no platónicamente, sino como una bestia, y con razón, pues el más grande de los escritores polacos vivos pertenecía a la inmortal tribu de los infatigables coleccionistas de mujeres. En resumen: la actual amante de Kohoutek recogió sus cosas y sus libros, entregó la llave a su casera, se dirigió a la estación de autobuses de la PKS, compró un billete y se marchó al pueblo natal de Kohoutek. Nunca antes había estado allí, pero, por los relatos de Kohoutek, conocía a la perfección aquella localidad poblada exclusivamente de evangélicos de la confesión de Augsburgo.

Kohoutek tiene la insoportable costumbre sentimental de hablar a sus amantes de turno de la tierra de Cieszyn. Ellas fijan la mirada en él, procuran moderar un

desbordado entusiasmo (según Kohoutek, en vano), mientras éste va hilando narraciones sobre Partecznik, Dziechcinka y Jurzykow, sobre la casa construida por su bisabuelo, el maestro chacinero Emilian Kohoutek, y el jardín que antaño fuera el patio de un gran matadero. Por supuesto, Kohoutek sabe que su costumbre sentimental de hablar a cada amante de turno de su tierra de Cieszyn no sólo es insoportable. Kohoutek sabe que esta costumbre es también funesta, o al menos en este caso —piensa Kohoutek, mientras observa a su actual amante caminando por el jardín—, en el de esta inconcebible historia, pues tengo motivos para pensar en la perdición. Desde luego que no tenía que haberle hablado de la tierra natal, no tenía que haberle dicho ni una palabra sobre mí, ni haberle facilitado dirección, nombre y apellidos, no tenía que haber accedido a todo, ni haberle prometido el oro y el moro, ni haber permanecido en su temeraria compañía.

Cuán inútiles, cuán retóricamente vacías y, por fortuna, cuán breves fueron las lamentaciones de Kohoutek. No haber subido al autobús de la línea especial A. No haber circulado mil veces entre una ciudad y otra. No haber hecho preguntas y, sobre todo, no haber hecho la primera pregunta. Disculpe, ¿qué está leyendo? No tenía que haberse quebrantado el sistema nervioso central con excesivas dosis del mundo. Y ya está. Kohoutek escuchó, aunque quizás fuese él mismo quien los susurrase, los primeros versículos de la gran lamentación; el recuerdo del leviatánico interior del autobús de la línea especial A, donde la vio por vez primera, pasó por su cabeza, y poco más, pues no había tiempo para el «continuará...» de las lamentaciones, por muy estilísticamente elaboradas que fuesen. Kohoutek observaba a su actual amante mientras ésta caminaba por el jardín, y su cerebro trabajaba con una brutal precisión. Se preguntaba si alguno de sus familiares la habría visto.

A la actual amante de Kohoutek podría haberla visto la madre de Kohoutek. Podría haberla visto el padre de Kohoutek. Podría haberla visto la esposa del Pastor, o el mismo Pastor. Podrían haberla visto doña Wanda o la madre de doña Wanda. Podría haberla visto Orna, la abuela de Kohoutek. Respirando hondamente, el señor Director, abuelo de Kohoutek, podría haber llegado al hondo convencimiento de que en el jardín había alguien que tenía con Kohoutek una estrecha relación. A la actual amante de Kohoutek podría haberla visto el vástago de Kohoutek, e incluso la mujer de Kohoutek podría haberla visto también. Todo el mundo podría haberla visto. Pero con un poco de suerte, o más bien con muchísima fortuna, podría ser también que nadie la hubiera visto. En aquel momento, se realizaban los últimos preparativos para la celebración del cumpleaños de Orna, que sería al día siguiente; además, desde la mañana, o más bien desde la noche anterior, la atención de toda la familia estaba absorbida por los dos kilos de albóndigas que Orna, la abuela de Kohoutek, había escondido en alguna parte. El asunto era de cierta urgencia, ya que las albóndigas caducaban en ocho días. El tiempo tendía implacablemente a fórmulas definitivas: un tarro de dos kilos de albóndigas caducadas supone una eternidad que explota entre llamas sulfúricas.

Fue la esposa del Pastor quien puso a todos tras la pista de las albóndigas desaparecidas sin rastro, al preguntar durante la cena qué pasaba con las albóndigas. ¿Qué albóndigas?, respondió a su vez con una pregunta la madre de Kohoutek. Con las albóndigas que compré ayer. Lo digo porque caducan en ocho días, y ya han pasado dos.

Orna, la madre de Kohoutek, se dirigió a Orna, la abuela de Kohoutek; estaba sentada a su lado y, normalmente, a causa de la sordera de Orna, volvía a repetir más alto y claro lo que se decía en la mesa. No obstante, a Kohoutek, a quien resultaría difícil considerar un testigo imparcial de los hechos, siempre le había parecido que en su familia existía la inexplicable costumbre de pasarse las intervenciones de boca en boca:

—Orna, ¿qué pasa con las albóndigas que compró ayer la esposa del Pastor? Lo digo porque caducan en ocho días.

—Están en el frigorífico —contestó Orna.

Aunque todo esto había ocurrido el día anterior, Kohoutek lo recuerda tan bien como si hubiera sucedido hoy mismo; Kohoutek se ve a sí mismo: ¡Sí, es él, Kohoutek! Se levanta de la mesa, se dirige a la despensa, abre el frigorífico y se asoma al interior. En los estantes iluminados por un resplandor polar, se encuentran numerosos alimentos, pero las albóndigas de ternera indudablemente no están.

Una vez comprobado que las albóndigas tampoco estaban en otros lugares accesibles para los mortales, se hizo patente lo que ya todos habían intuido. Las albóndigas debieron de correr la misma suerte que las salchichas, las frankfurt, el picadillo, las chuletitas, los pollos ahumados, los asados, los callos, los embutidos y tantos otros alimentos escondidos por Orna, escrupulosa y, por lo general, irreversiblemente.

El transcurso de la búsqueda del día anterior llena una vez más la cabeza de Kohoutek, apoyada contra el cristal. Si bien todo había sucedido el día anterior, ahora se le antoja a Kohoutek que pudo haber ocurrido hace años. La búsqueda les llevó la noche de ayer y toda la tarde de hoy. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, entre los exploradores, desesperados por la inutilidad de sus diligencias, empezó a cundir el desánimo. Los fantasmales emblemas de la apatía, la aversión e, incluso, la rebeldía, fueron apareciendo sobre las cabezas de los fatigados rastreadores.

La esposa del Pastor, a decir verdad, no tomó parte en la búsqueda. Inmediatamente después de la comida, compuesta de sopa de setas con fideos, filetes rusos de ternera, ensalada de col lombarda, patatas cocidas y compota de cereza, justo después de tragar el último bocado y escupir con distinción en el platito de la taza el último hueso de cereza, la esposa del Pastor, enfadada e incomodada por el jaleo, se cambió y se marchó a la casa parroquial, a la reunión de la asociación de mujeres. El Pastor declaró que comprobaría si el tarro estaba oculto detrás de los libros de su despacho. Con una meticulosidad un tanto exagerada, cerró a sus espaldas la puerta esmaltada de blanco y tras ella se hizo de inmediato un silencio mortal (lo que

probaba con claridad que había sido arrebatado nuevamente por la inspiración y que, con extrema prisa, comiéndose palabras y letras, escribía uno de sus flamantes sermones). Orna, que había escondido las albóndigas, se metió no se sabe dónde, o más bien sí que se sabe: donde siempre. La mujer de Kohoutek se puso a estudiar lenguas extranjeras. El vástago de Kohoutek veía la televisión vía satélite. El abuelo dormía con el ávido sueño de los miopes, a quienes sólo en sueños les es dada la posibilidad de vislumbrar lejanas perspectivas. Doña Wanda tocaba el violín, la madre de doña Wanda la espiaba por el ojo de la cerradura, ya que en ocasiones doña Wanda, en vez de practicar, tocaba de memoria piezas sencillas mientras leía al mismo tiempo alguna novela de amor abierta sobre el atril; en resumen: todo estaba igual que siempre.

Sólo los padres de Kohoutek no habían desistido de buscar. Se encontraban en el desván en aquel momento. De arriba llegaban sonidos de muebles movidos y crujidos de armarios y cajones al ser abiertos: esos sonidos imposibles de imitar que acompañan a la revelación de los escondrijos más secretos. Conociendo la escrupulosidad de sus viejos, Kohoutek sabía que tardarían mucho en levantar la cabeza para mirar por la ventana. De cualquier manera, no había tiempo que perder.

La actual amante de Kohoutek caminaba por el jardín que antaño fuera el patio de un gran matadero. En la espalda cargaba la mochila atiborrada de cosas y tras de sí arrastraba la maleta llena de libros.

Kohoutek corrió a la planta baja, cruzó el zaguán sin hacer ruido, apartó una tabla del revestimiento de madera y por una garganta secreta, que hacía treinta años había usado por última vez en alguno de sus depravados juegos infantiles, alcanzó la galería. El aroma de las manzanas tenía la intensidad de un trueno otoñal. Kohoutek entreabrió con cuidado la puerta de la galería acristalada con vidrios anaranjados, y sus pies descansaron sobre la fatigada hierba de noviembre. Comenzó a correr al encuentro dando la vuelta a la casa. Impulsado por algo que no era él mismo, se dirigía hacia la cita más apocalíptica de su vida.

II

Kohoutek siempre tuvo la impresión de que el cumpleaños de Orna era una celebración más grande incluso que la cena de Navidad, más que el ayuno del Viernes Santo, más que el desayuno del Domingo de Resurrección, más grande que el fin de año, más que el almuerzo de Año Nuevo y que la conmemoración de la Reforma.

La tarde de noviembre del día del cumpleaños, los familiares y los invitados se sentaban a la mesa. Orna, con un vestido de crudillo azul marino y un abrigo de piel echado sobre los hombros, escuchaba los brindis con expresión muy seria, sin sombra de una sonrisa. La madre de Kohoutek, la mujer de Kohoutek y algunas de las invitadas, circulaban entre el comedor y la cocina portando nuevos platos. Doña Wanda tocaba el violín. Se entonaban melodías de los viejos cantorales. El doctor Oyermah pronunciaba un discurso tras otro.

El cumpleaños de Orna era como la introducción, el desarrollo y la conclusión del gran trabajo de fin de curso. Ya al día siguiente varios de los platos volvían intactos a los congeladores. La madre de Kohoutek planchaba de nuevo los manteles de reserva, preparados por si acaso, y los colocaba en sus eternos sitios en el armario. El plano de la mesa con la disposición de los invitados dibujada en una cartulina, y el guión de la ceremonia de cumpleaños, en una hoja A3, con su parte religiosa, la oración, el número exacto de canciones, los brindis, discursos y el orden de los platos, eran cuidadosamente doblados, recogidos y guardados en el aparador. Guardados por poco tiempo, un abrir y cerrar de ojos, un año apenas. Un año que, con sus canículas, lluvias y tormentas de nieve, rodaría a una velocidad vertiginosa por encima del tejado de la casa.

Apenas dos semanas después del cumpleaños de Orna comenzaba el Adviento. Los preparativos para las fiestas arrancaban con redoblados bríos. En más de una ocasión, Kohoutek despertaba a la hora más oscura, y en mitad de la noche negra como el azabache, aliviada tan sólo por las solitarias luces del balneario recostado sobre la ladera, ya desde las cuatro de la madrugada, podía oír los sonidos que llegaban de la cocina y sentir el aroma de los pasteles horneados. La Navidad se acercaba y pasaba muy deprisa. Los familiares se sentaban a la cena de Nochebuena, se acostaban, al alba acomodaban a Orna en una mecedora, la arropaban con mantas y colchas y, convirtiendo el vetusto mueble en una especie de vehículo festivo, una suerte de trineo navideño, llevaban a nuestra inmortal Orna, que apenas si podía moverse, a maitines. Se celebraba el almuerzo de Navidad. La madre de Kohoutek, antes de Nochevieja, freía unos buñuelos de viento. El Año Nuevo y el Carnaval parecían no durar más que una hora. En menos de lo que canta un gallo llegaba la Cuaresma. Y aunque los bosques seguían congelados en las laderas de la montaña y no se habían movido ni una ramita, ni una brizna de la hierba convertida en hielo, la Cuaresma ya estaba allí. Empezaban los preparativos de Pascua y justo después explotaba la primavera. Nosotros, los viejos evangélicos y, a la vez, los verdaderos

narradores de esta historia, no podemos evitar decir que la primavera en la Silesia de Cieszyn tiene la vehemencia de la Reforma: calores repentinos cruzan a lo largo y ancho de estas tierras como el fuego heterodoxo. La madre de Kohoutek salía con el alba al jardín y volvía al atardecer para hacerse cargo de la comida. Durante la primavera y el verano, se celebraban, al menos, una decena de solemnes almuerzos: el cumpleaños del padre de Kohoutek, el cumpleaños de la madre de doña Wanda, la aparición de alguna visita inesperada, algún veraneante que preguntaba por habitaciones de alquiler, que si venía para unos días el doctor Szwiertnia con sus hijas. Bajo los pies, la tierra estaba seca y era movediza como el borrajo. Al aroma de los bosques mixtos se unía el olor de las cremas solares. Ardía el Barania Góra y desde las ventanas del desván se veían humaredas y lenguas de fuego color anaranjado. Los lugareños estaban en las cimas de los montes circundantes observando el incendio anual. Tan sólo las parejas de católicos, entregadas entre la alta hierba luterana a funestas pasiones, esperaban petrificadas el fin del espectáculo, literalmente a nuestros pies, incapaces de separarse. Agosto era ya más fresco. El fondo del río poco a poco iba oscureciendo. Ya en septiembre, incluso en los días más bonitos, caía alguna helada a ras del suelo y si, durante el ocaso, uno inspiraba hondamente, podía percibir en el aire la presencia oculta en los cielos de las primeras nevadas. Se acercaba el cumpleaños de Orna. La hierba del jardín que antaño fuera el patio de un gran matadero, amarilleaba. El cumpleaños de Orna estaba cada día más cerca.

El tiempo, al menos desde que Kohoutek tiene memoria, ha sido siempre la espera del cumpleaños de Orna: llegaría en un año. En medio año. En un mes. En una semana. Mañana.

III

Rodeó la casa y vio que su actual amante caminaba a la altura de la enorme ventana del comedor. Dentro, la luz estaba encendida mientras disponían la mesa para la cena con las cortinas descorridas. Ella caminaba hacia delante, sin ceder al impulso que hubiese sido más natural: volver la cabeza hacia el halo de luz que la bañaba y asomarse al interior iluminado.

—Mira si es pícara que, como sabe que no estoy, ni mira hacia allá —pensó Kohoutek acechando tras la esquina—. Dios, no tomo tu nombre en vano, pero ¿cómo es posible que esta mujer lo sepa todo, siempre y en cualquier lugar? ¿Cómo puede saber que no estoy en el comedor?

Cuando finalmente ella se encontraba cerca, él, dando un paso adelante, la agarró de la mano. No la abrazó, no dijo una palabra; tan sólo la agarró de la mano y dio media vuelta para conducirla hacia un lugar seguro.

Zigzaguearon sobre los campos oscuros del tablero de luces que marcaban sobre la hierba los rectángulos de las ventanas iluminadas. Andaban deprisa, corrían casi. A la actual amante de Kohoutek cada vez le costaba más, cada instante respiraba más roncamente. Kohoutek no le quitó la mochila de los hombros ni le ayudó a llevar la maleta; dominado aún por la desesperación, la arrastraba tras de sí, tiraba de su mano y, una y otra vez, le apretaba dolorosamente los dedos. Lo hacía de manera inconsciente, pero, en parte, también conscientemente, para castigarla por los inconvenientes que le suponía aquella inaudita aparición.

Nosotros, los viejos libertinos, al observar la escena entre risas, aunque también con cierta aprensión teñida de particular lástima, podríamos añadir que el enfado y la desesperación de Kohoutek no carecían de un matiz de racional astucia: Kohoutek se daba perfecta cuenta de que, apresurándose a ayudar a su actual amante, multiplicaba en el fondo los riesgos y aumentaba el dramatismo de la situación. Y es que ahora cualquiera podría percibir, además, la presencia del mismo Kohoutek junto a su actual amante en el jardín o, lo que es peor, percatarse de su ausencia en casa. En cualquier momento, podría sonar una voz: Kohoutek, ¿dónde estás? La madre de Kohoutek, por ejemplo, al encontrar su gorro en el zaguán, podría adivinar que su hijo, despreocupado como siempre, había salido con prisa a la calle, a saber para qué, y podría, agarrando el gorro, lanzarse en su busca; podrían ocurrir mil cosas por el estilo y, sin embargo, existía también una posibilidad entre mil de que nada de esto sucediese. Además, para qué ocultarlo, a pesar de tan desfavorables circunstancias, Kohoutek estaba contento de ver a su actual amante. La tocaba y le ocurría lo mismo que siempre que la tocaba. En esos momentos Kohoutek se reducía a las palmas de sus manos. Siempre que la tocaba, todo su ser se concentraba en ellas. Además, podría decirse que Kohoutek, ahora más que nunca, al apretar con ansiedad la mano de su actual amante, encerraba su suerte entre sus dedos agónicamente contraídos.

La arrastraba hacia el viejo matadero. La actual amante de Kohoutek veía ante sí

unos matorrales tan espesos que se le antojaron un oscuro cerro, enredo de abetos, avellanos, bardanas y caña de azúcar, un obstáculo imposible de franquear. Pero Kohoutek la condujo por una especie de sendero al cabo del cual, entre la espesura, empezaron a asomar unas paredes resquebrajadas. La puerta se abrió sin ruido y los amantes ingresaron en territorio seguro. Allí, entre máquinas chacineras oxidadas como monumentos de épocas pasadas, estarían a salvo de cualquier persecución. A pesar de ello, Kohoutek seguía inquieto.

—Vamos arriba —dijo, y por fin tomó la maleta de las manos de su actual amante, visiblemente fatigada.

—Pesa —gruñó con tono de reproche y comenzó a subir por la escalera de madera delante de ella.

Una vez en el desván, la actual amante no alcanzaba a comprender a qué mundo había llegado. A pesar de que Kohoutek solía contárselo todo, jamás le había mencionado que en su familia existía la ancestral costumbre de acumular envases. En un principio fueron los cartones, más tarde llegó la época de guardar bolsas de plástico. Antaño también recogían bolsas de papel de azúcar, de harina o de arroz, aunque aquellos evangélicos rara vez consumían arroz.

Ante la actual amante de Kohoutek se abrían espacios verdaderamente cubistas.

¿Quién inventó el primer cartón del mundo? Seguramente existen enciclopedistas que saben las fechas y los nombres de sus inventores. Seguramente, en el desván del viejo matadero, se encontraría al menos un ejemplar de aquella primera serie. En cualquier caso, había allí cajas de antes de la guerra con rótulos todavía legibles: «Pawel Molin, Cieszyn, alimentación, productos agrícolas, materiales de construcción», «Librería y comercio de papel Ryszard Ploszka, Jablonkow», «Casa comercial de Scharbert en Ustron», «Fussek e hijos, productos de cristal, porcelana y complementos», «Hermanos Amsterdam, género de punto y medias de seda, Cesky Tesyn».

Se alzaban pilas de cartones, herencia alemana, con jeroglíficos góticos ilegibles para la actual amante Kohoutek, macizos cubos con la inscripción UNRRA^[1] un incontable número de vulgares cartones grises que habían servido para contener regalos de Navidad o paquetes para presos políticos, y cajas que en otros tiempos habrían estado llenas de manzanas o de frágil vajilla, cajas que olían a naftalina, jabón lagarto o tabaco. Cajas que conservaban el olor de los cincuenta, el olor de las primeras naranjas y de los primeros limones. Cartones que provenían de épocas confusas, ovillados bajo el polvo y las telarañas.

La primera reacción de la actual amante de Kohoutek fue pensar que Kohoutek la había traído a este cementerio de envoltorios para poner en él un poco de orden. Y es que Kohoutek, arrastrado por una extraña enajenación, se lanzó sobre las pirámides de cartón y comenzó a arrojarlas de un sitio a otro. Además, la actual amante de Kohoutek, que conocía muy bien sus miedos y sus manías, sabía que a éste le había sido inculcada la norma de que todo en la vida hay que ganárselo por medio de un

trabajo sobrehumano en condiciones infrahumanas. Así que se imaginó que Kohoutek deseaba justificar su llegada, merecer su presencia gracias a un trabajo sobrehumano como era el de ordenar el desván del viejo matadero. Una vez acabada la faena, cuando todos los cartones hubieran sido ordenados y clasificados convenientemente, bajarían del desván, cruzarían el jardín, entrarían confiados en el comedor y Kohoutek anunciaría con rotundidad:

—Madre, padre, esposa mía, y todos vosotros, queridos familiares, he aquí a mi actual amante, con la que acabo de ordenar el desván. Caray, alguien tenía que hacerlo de una vez.

—No me digas —respondería Orna, la abuela de Kohoutek, con un tono de entusiasmo mezclado con incredulidad—, ¿los dos solitos habéis ordenado el desván? ¡Os habréis deslomado trabajando!

Y el resto de los familiares, con tácita aprobación, les haría un hueco en la mesa, ya que la inesperada visita de la actual amante de Kohoutek quedaría legitimada gracias al ethos del trabajo sobrehumano en condiciones infrahumanas, cultivado con tanto celo por la familia de Kohoutek. Sin embargo, fue tan sólo una quimera que cruzó el fantástico cráneo de la actual amante de Kohoutek, repleto de un mundo extraído de los libros. Mientras tanto, él se agitaba entre las cajas, no con el fin de ordenarlas, sino de construir con ellas una especie de refugio o, más bien, un lecho.

—He aquí a mi hombre construyendo la casa en la que envejeceremos juntos —pensó la actual amante de Kohoutek, por cierto que sin pizca de ironía.

Y ciertamente, Kohoutek ponía los cimientos y levantaba las paredes con una habilidad asombrosa. Quizás la aprensión y el pánico despertaran en él la inspiración propia de los grandes constructores, o, al menos, la de un perito en lechos provisionales. Llegó incluso a montar por encima del lecho algo parecido a un baldaquín, lo cual, por cierto, tenía su explicación práctica, ya que las pilas de cajas estaban protegidas tan sólo por un mísero tejado de dos aguas. Kohoutek pensó por un momento que quizás valiese la pena cubrir el provisional techado con bolsas de plástico, pero como las bolsas estaban almacenadas en la lavandería, cualquier expedición a por ellas amenazaba con peligros adicionales. Además, aunque en la lavandería habría al menos unas diez mil bolsas de plástico, la madre de Kohoutek notaría, sin duda, cualquier ausencia. Ya que ahora, una vez liberado el país del yugo moscovita, como en casi todas las tiendas le envolvían a uno las compras en el plástico tan codiciado antaño, la madre de Kohoutek asomaba casi a diario para colocar otro ejemplar cuidadosamente doblado y revisar el estado de su colección. En cambio, aquí, en el desván del viejo matadero, estarían a salvo, ya que hacía tiempo que nadie se asomaba por aquí. Las últimas cajas eran de hacía unos diez años. Los evangélicos europeos, por aquel entonces, las usaban para enviar provisiones: café, té, chocolate, champús y detergentes; pero, cosa extraña: de esos últimos cartones, los más recientes, todo olor se había esfumado. No olían ni siquiera a la época del estado de excepción. Olían a la nada.

Kohoutek trabajó sin respiro y no pronunció palabra. Su actual amante fumaba sentada sobre la maleta también en silencio. Una vez hubo acabado, Kohoutek se incorporó, se secó el sudor de la frente y preguntó:

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora —respondió su actual amante.

IV

Kohoutek estaba despierto, tumbado boca arriba, pensando. ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? Dios, no invoco tu nombre en vano, pero, por amor de Dios, ¿qué hacer?

Sobre el tejado de la casa arreciaba la locura de la noche de noviembre. Eran las once, noche cerrada en esa época del año, la mitad de un tenebroso camino: ni seguir ni dar media vuelta. En casa, todos duermen desde hace mucho. Claras nubes atraviesan el cielo como canoas indias a una velocidad aterradora. Las montañas eternamente inmóviles parecen concebir de pronto cualquier posibilidad de movimiento; y allá, en el desván del viejo matadero, mi actual amante duerme envuelta en tres mantas de lana.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Qué pasará mañana, cuando alguien se percate de que las tres mantas de lana no están en su sitio? ¿Qué pasará cuando mi madre se dé cuenta de que el pan está mal cortado y de que falta un buen trozo de embutido? Diré que me lo he comido yo.

Y aun así también habrá bronca, por habérmelo comido de cualquier modo, y no en una mesa puesta como Dios manda. Mucho peor será lo de las mantas. No tardarán en percatarse de que las tres mantas de lana no están donde siempre y entonces sí que se liará una buena.

Las tres mantas de lana deben estar sobre los bancos de madera del cuarto de la chimenea. Es cierto que en esta época del año nadie entra en el cuarto de la chimenea, es más, a decir verdad, jamás entra nadie en el cuarto de la chimenea. Pero lo aterrador es que precisamente mañana alguien pueda entrar. Y si alguien entra, quienquiera que sea, o mi padre, o mi madre, u Orna, o mi mujer, o mi vástago, quienquiera que sea, si alguien entra, ya no habrá vuelta de hoja: notará que las tres mantas de viaje no están en su sitio.

Qué curioso, por cierto —piensa Kohoutek—, qué curioso: ¿cómo es posible que nadie entre nunca en el cuarto de la chimenea y, sin embargo, todo el mundo sepa que allí están, sobre los bancos de madera, las tres mantas de lana de Skoczow? Interesante paradoja. Kohoutek desea continuar sus reflexiones porque intuye inconscientemente que pueden aliviar sus crispados nervios, pero qué va, ni hablar de alivio, de pronto otro miedo atraviesa su cuerpo y su alma como un puñal negro. ¿Y qué pasará si mañana por la mañana, cuando empiecen a buscar el tarro de albóndigas de ternera que sigue desaparecido, les da por continuar la búsqueda en el viejo matadero? ¿Y si no lo encuentran allí y suben al desván? ¡Con algo se toparán seguro, sólo que no será el tarro de albóndigas de ternera, sino mi actual amante! Y aunque he construido un escondrijo con el que no daría ni el más escrupuloso de los invasores, ellos, mis familiares, sí que lo encontrarán sin duda.

Kohoutek se tumba de costado adoptando la postura fetal y, como siempre que adopta la postura fetal, su pensamiento se torna hacia el crimen. Lo mejor —se

susurra, dominado por una repentina ira—, lo mejor sería matarla. Debería levantarme, ir para allá y matarla. Cuando encuentren el cadáver, seguro que habrá bronca, pero no será tan terrible como si la encuentran viva. Si la encuentran viva, la bronca será tan terrible que son capaces de matarse los unos a los otros. Mi padre querrá matarme, el abuelo me defenderá, entonces mi padre matará a mi abuelo, Orna matará a mi padre, mi madre matará a Orna, el Pastor matará a mi madre, la esposa del Pastor lo matará a éste, la madre de doña Wanda matará, aprovechando la ocasión —porque hace tiempo que la odia—, a la esposa del Pastor, la hija de doña Wanda matará a la madre de doña Wanda porque no quiere tocar el violín, a mí, por supuesto, me matará mi mujer y como resultado, durante largas semanas, todos estarán enfadados con todos, hasta el punto de no dirigirse la palabra.

La costumbre de amenazarse de muerte era una ancestral tradición de la casa. Kohoutek había oído las imperecederas frases sobre asesinatos desde que aprendió a escuchar. Yo te mato, le decía la madre de Kohoutek a su padre. Hay que matarla de una vez, decían los dos cuando Orna, de nuevo escondía algún alimento. ¡Toca, que te mato! Le decía a doña Wanda su madre. Es que lo mato ahora mismo, decía Orna cada vez que el abuelo volvía borracho como una cuba.

Kohoutek nunca logró acostumbrarse a esta retórica doméstica de la muerte y cada vez que se amenazaban le sobrecogía realmente el miedo de que al final alguien acabase siendo asesinado. Cada vez que atravesaba los interminables pasillos, zaguanes y crujías, cada vez que se asomaba a estancias por las que nadie se asomaba nunca, temía tropezarse con el cuerpo de alguno de sus familiares envuelto en un plástico ensangrentado o con algún tronco salvajemente mutilado y tapado apresurada y descuidadamente con periódicos. Cuando salía al jardín, temía encontrar una mano muerta asomando sobre un montón de tierra recién removida como en una película de terror de clase B.

Lo mejor, repite Kohoutek, sería matarla. Lo mejor sería matarla y esconder bien el cuerpo, entonces sí que no habría bronca. O al menos hablar con ella sería y sinceramente de una vez. Y es que nosotros, en realidad, durante estas diez y tantas semanas, nunca hemos llegado a hablar en serio. Yo mentía sin parar y ella, sin parar, hablaba de literatura —admite Kohoutek. ¿Qué hacer? ¿Dónde acomodarla? De un hotel ni hablar, porque todo el mundo se enteraría inmediatamente de todo. Todo el pueblo habitado exclusivamente por evangélicos de la confesión de Augsburgo, lo sabría inmediatamente. ¿Y si —el vago resplandor de una esperanza iluminó de pronto la cabeza de Kohoutek—, y si la presento como una turista e intento convencerles de que le alquilen una habitación? Al fin y al cabo, desde hace años se habla del dinero que aportaría el alquiler de habitaciones, cada año se hacen planes para alquilarlas, cada año cientos de veraneantes piden alojamiento encontrándose con un desdeñoso rechazo. Y es que siempre hay alguien que no está de acuerdo, o mis viejos, u Orna, o la madre de doña Wanda, quien, a pesar de estar alquilando una habitación, se opone a la idea de que se alquilen las demás. Pero con mi actual

amante —piensa Kohoutek— nadie accederá. En cuanto la vean con su estrambótico sombrerito, todos, al unísono, le negarán la posibilidad de alquilar una habitación aunque sea por una hora. ¿Qué hacer? piensa Kohoutek acuciado. ¿Cuánto tiempo podrá vivir aún en ese desván? Si es que necesitará alguna comodidad, tendrá que asearse, hacer sus necesidades. ¿Cómo podré yo con todo? ¿Cómo ha podido hacerme esto?

De repente, el suelo crujió y Kohoutek se incorporó de golpe porque le había parecido que su actual amante estaba allí, a los pies de su cama.

—Ven —dijo con esa repentina ternura en la que en ocasiones se transforma la furia de una persona. La aparición de la silueta junto a la cama se desvaneció, pero en él aún permaneció la ternura.

Dios mío —pensó Kohoutek—, Dios mío, no invoco tu nombre en vano pero, al fin y al cabo, mi actual amante yace allí, en el desván de un matadero de entreguerras, separada del cosmos apenas por una capa de tejas resquebrajadas y un pedazo de cartón. Es que es absurdo.

En el alma y en el cuerpo de Pawel Kohoutek, el pánico cedió en ese momento ante un inmenso arrojo. Si he sido capaz de esconderla, si he podido llevarle pan, embutido, limonada y las tres mantas del cuarto de la chimenea, si he sabido hacer todo eso, puedo hacer más: ahora, sin que nadie lo note, la visitaré y le haré el amor —dijo Kohoutek casi a plena voz y se puso en pie. Pensándolo bien —seguía—, ¿qué verá ella en mí? Lo mismo que todas, le atrae lo de la maldita veterinaria —se respondió a sí mismo. Empezó a vestirse a oscuras, en silencio. Se puso un pantalón y un jersey, calzó sus pies desnudos con unos zapatos, se echó a los hombros la gabardina y, con sumo cuidado, comenzó a atravesar el largo zaguán en dirección a la entrada. Al pasar junto a la habitación en que dormía su mujer, se detuvo un instante para asegurarse de que no había peligro. Pegó la oreja a la puerta y escuchó su respiración sosegada. Está dormida, pobrecita —pensó—. Y de repente, lo inundó otra ola de conmoción. Esta vez era una conmoción estrechamente ligada a la cuestión de la fidelidad conyugal. Pobrecita, duerme plácidamente y yo, mientras, haciendo barrabasadas. Y es que son ya tantos años —se susurraba Kohoutek—, son tantos años los que llevo con esta mujer, y lo que estoy haciendo es tan inmoral. Y en un arrebato abrió la puerta y, tal y como estaba, vestido, se metió en su cama y comenzó a cubrirla de besos fervorosamente. Al principio, la mujer de Kohoutek, que solía tener un sueño pesado, no entendía nada de lo que estaba pasando. Sin embargo, cuando se despabiló, cuando encendió la luz y vio a Kohoutek a su lado con la gabardina y los zapatos puestos, le habló con estas palabras:

—Pero tú, hombre, ¿qué bicho te ha picado? ¿Qué haces vestido? ¿Acaso la solitaria neurona que hasta hace poco se bamboleaba en tu cerebro, acaso esa única neurona superviviente también se ha atrofiado? ¿Por qué no me dejas dormir? ¿Qué marranada se te habrá ocurrido? —La mujer de Kohoutek pensó que tal vez se hubiese vestido con alguna perversa intención, pero Kohoutek en realidad ni oía sus

quejas.

—Te quiero, te quiero, te quiero —repetía espasmódicamente y continuaba cubriéndola de besos, mientras, agitado, trataba de sacarle el camisón. Finalmente, la mujer de Kohoutek, quien digamos que no sentía demasiado agrado por él, cedió y le permitió quedarse hasta la mañana, no sin antes, como hacen las personas normales, ponerse un pijama.

V

Nosotros, los viejos libertinos, no tenemos por qué ocultarlo: al día siguiente Kohoutek subió al desván del viejo matadero con cara de desconcierto. En general, podría decirse que Kohoutek era un hombre con cara de desconcierto, pero esta vez su cara se mostraba particularmente desconcertada. Al fin y al cabo, era consciente de que aquella noche le había sido infiel a su actual amante. Además, tenía claro que ella, guiada por su diabólica intuición, ya lo sabría. Le llevaba el desayuno: un termo de café caliente y un bocadillo de jamón cocido. Pero sabía que esto, a pesar de que preparar y sacar de casa el café y el bocadillo había sido toda una hazaña, no le serviría de mucho. Le esperaba un duro trance. Y también una tremenda sorpresa.

Cuando llegó arriba vio a su actual amante. Llevaba un vestido verde que nunca antes le había visto; estaba sentada sobre una de las cajas y sostenía sobre las rodillas un tarro de albóndigas de ternera que se estaba comiendo frías.

—¡No! —exclamó Kohoutek—. ¡No comas eso!

—¿Por qué no? —preguntó la actual amante de Kohoutek—. La fecha de caducidad todavía no ha cumplido, lo he comprobado en la etiqueta.

—¡No lo comas! ¡No lo comas! —seguía gritando Kohoutek—. Toma, te he traído un desayuno de verdad.

—Conque tampoco puedo comer —dijo la actual amante de Kohoutek, apartó el tarro y se limpió escrupulosamente la boca con un clínex.

—¿Dónde has encontrado ese tarro? —preguntó Kohoutek.

—En esta caja de aquí —contestó con el tono de mofa del presunto culpable, señalando un cartón con el rótulo: «Jan Buzek, comercio de artículos coloniales, Cieszyn, calle Stalmach».

—Imposible.

—No me acuses de mentirosa, como bien sabes, yo nunca miento —declaró con voz gélida la actual amante de Kohoutek.

—¿Cuántas te has comido?

—Escucha —ahora su voz tenía un tono de fingida conciliación— me he comido sólo una albóndiga, pero te pagaré el tarro entero —y con ostentoso empeño comenzó a hurgar en el monedero que, como preparado para liquidar la deuda, yacía significativamente sobre una de las cajas.

Pero Kohoutek no prestaba atención a la comedia que ella estaba representando. Que se haya comido una albóndiga es una minucia —analizaba la situación—, por supuesto, es una pena que haya abierto el tarro, pero eso, al fin y al cabo, se puede disimular, o, si acaso, la culpa recaerá sobre Orna. No hay que hacer una tragedia del hecho de que se haya comido una albóndiga mermando el contenido del tarro. Un aspecto objetivamente positivo de la situación es que hayan aparecido las albóndigas. Ahora las coloco discretamente en algún sitio adecuado y cesará la febril búsqueda. ¡Pero resulta que este lugar ya no es seguro! Y eso sí que es una circunstancia

fatídica, trágica incluso. ¿Cómo es posible que Orna, que apenas si puede arrastrar los pies al andar y tiene que apoyarse en un bastón, haya podido llegar hasta aquí? ¿Cómo es posible que haya conseguido subir estos peldaños tan angostos y empinados como los de una escalera de mano? ¿Cómo puede ser que alguien tan decrepito, que ya no puede ir a la iglesia más de una vez al año y en mecedora, haya logrado sortear una subida como para romperse la crisma? ¡Pero es que parece que todo sea posible! Si es posible que mi actual amante, sin venir a cuento, venga a quedarse para siempre conmigo, ¿por qué no iba a ser posible que una anciana coja suba las escaleras con la habilidad de un mono? —constata Kohoutek con amargura.

—Quizás no suceda, pero deberías contar con ello... —le dice a su actual amante.

—¿Y ahora qué se supone que pasará?

—Tal vez mañana o pasado mañana, o tal vez dentro de unos días, aparezca Orna por aquí. En casa tenemos un montón de comida y ella, seguramente, querrá esconder algo de nuevo. Ya te he contado que lo hace de vez en cuando.

—Vale —la actual amante de Kohoutek aparenta seguir sus instrucciones a pies juntillas—, cuando aparezca Orna, ¿qué tengo que hacer?

—Escóndete.

—¿Y si me sorprende?

—Entonces ten sangre fría. Recuerda una cosa: si te sorprende, si te ve, es posible que te haga la pregunta de siempre.

—¿Y cuál es esa pregunta de siempre?

—Te preguntará si por casualidad no eres católica y entonces debes renegar y decir que eres luterana. Eso la tranquilizará.

—Acabo de decirte que yo no miento nunca.

Kohoutek mira a su actual amante en silencio y, de repente, lo fulmina una idea tan sencilla como el abecedario: su actual amante es una perturbada. Un escalofrío recorre su espalda. Y es que ninguna mujer en sus cabales hubiera venido en una situación como ésta. Y ella, en cambio, sí que lo había hecho. ¿Qué le pasará, cuál será el defecto espiritual que la impulsa, que le permite realizar un viaje que es una pesadilla para todos y también para ella?

—Vale, vale, vale. Ya me las apañaré —dice la amante de turno de Kohoutek, esta vez con un tono que anuncia no sólo la conclusión del asunto, sino también el paso al asunto siguiente—. Has estado con ella otra vez.

Kohoutek, sabiendo que ante este tipo de situaciones es inútil ofrecer resistencia, por muy determinada que sea, calla y al instante pregunta desvalido, como si creyese que la debilidad y la confesión de su culpa le dan ventaja:

—¿Y cómo lo sabes?

—Si es que lo veo, soy mujer —y de repente la actual amante de Kohoutek rompe en un llanto histérico.

—Has estado con ella, has estado con ella justo cuando yo he venido a quedarme contigo para siempre.

—Te he dicho tantas veces que lo deseo de todo corazón pero que, a la vez, no es tan sencillo —esta frase la pronuncia Kohoutek con un vicio ciertamente aterrador.

—Pero si me lo habías prometido, me habías prometido que estaríamos juntos, que nos instalaríamos juntos en esta misma casa y que viviríamos de alquilar habitaciones a los veraneantes.

—Es verdad, te lo prometí —dice Kohoutek distante—, pero también observé que para que eso fuese posible, antes debían morir todos o gran parte de mis familiares. Y es que más que promesas, eran sueños imprecisos.

—Tú no me quieres —lloriquea la actual amante de Kohoutek.

—Sabes bien lo mucho que te quiero —responde Kohoutek un poco cansado, pues la conversación está tomando un rumbo demasiado estereotipado—. Te quiero más que a mi vida, pero ahora tengo que irme. Ya sabes que hoy es el cumpleaños de Orna y hay un montón de trabajo —Kohoutek se incorpora, besa a su actual amante en la coronilla inclinada y, con torpeza, sabiendo que en su gesto hay algo que hace pensar en una requisa, levanta el tarro de albóndigas de ternera.

—Vendré esta noche —dice.

Mientras va bajando la escalera con cuidado de no dejar caer el tarro, oye un repentino ruido arriba. Alza la cabeza y ve que en su dirección asoma el rostro de su actual amante. Sus rasgos están deformados por una furia tan terrible que Kohoutek se queda literalmente petrificado de terror.

—Quizás sea yo quien venga esta noche —sisea su actual amante con un tono verdaderamente viperino—. Vendré para felicitar a Orna.

VI

Ciertamente, Kohoutek tenía la costumbre de esbozar las perspectivas de una vida en común con cada mujer que conocía íntimamente. De ahí quizás su éxito. Las mujeres escuchaban complacidas sus relatos sobre viajes en común, desayunos en común y, naturalmente, hijos comunes. Nosotros, los viejos libertinos, conocemos bien la eterna y trivial verdad de que la estabilidad es la cosa más deseada por la mayoría de mujeres, la estabilidad en el sentido más general y estrictamente filosófico del término. Incluso las mujeres ávidas de aventura desean estabilidad ante todo, ya que la estabilidad es el fundamento y hasta la condición inicial de una aventura auténtica. Al hablarles con voz soñadora sobre una vida en común, Kohoutek ofrecía a las mujeres la ilusión de la estabilidad. Incluso las apacibles casadas de vida estable, se inclinaban a escuchar las palabras de Kohoutek, pues una posible vida con él se les antojaba aún más estable. Además, Kohoutek en realidad no mentía cuando esbozaba las perspectivas de una vida en común con cada mujer que conocía íntimamente. No iniciaba de este modo ningún tipo de juego erótico. No era en absoluto ninguna clase de estrategia de seducción. Kohoutek era un seductor de tres al cuarto. Creía religiosamente en lo que decía. Durante el transcurso de su relato, deseaba sinceramente pasar el resto de su vida junto a la mujer que en aquel momento le estaba escuchando e imaginaba los detalles y episodios necesarios con todo realismo. De ahí provenían su credibilidad y su pericia narrativa. Kohoutek, en su simpleza, no era consciente en absoluto de los mecanismos psicológicos que acabamos de analizar. Despertaba por la mañana junto a la mujer con la que la noche anterior había planificado su vida y se decía: Dios, qué de bobadas dije ayer; y huía despavorido. Sin embargo, gracias a este procedimiento, este simplón del erotismo — no es posible referirse a él de ninguna otra manera— llegó a adquirir una considerable experiencia sexual. Sí, incluso nosotros, los viejos gastasábanas, hemos de reconocer, no sin cierta envidia, que Kohoutek conoció a muchas mujeres.

Conoció a mujeres inteligentes y a tontas. Conoció a mujeres libertinas y a virtuosas. Conoció a mujeres que se reían como locas en la cama. Conoció a mujeres que en el momento decisivo se desternillaban, literalmente, de risa. Conoció a mujeres llenas de orgullo que, irritadas por la sensación de indefensión, algo inevitable en situaciones como ésta, solían ponerse agresivas. Conoció a mujeres que durante todo el tiempo callaban como tumbas y a otras cuya charlatanería aumentaba proporcionalmente junto con la intensidad de las sensaciones físicas. Conoció a mujeres que no hablaban más que de sexo y también a las que, por qué no, accedían a todo, pese a que cualquier intento de conversación sobre sexo fuese un tabú infranqueable.

Conoció en cierta ocasión a una mujer a la que en la cama le gustaba gorjear como un bebé. Cuchi, cuchi, ajó, ajó —le decía a Kohoutek cierta fogosa morena. ¿Qué haces? ¿Qué? ¿Qué? Da, da, manita, ga, ga— repetía una y otra vez mientras

Kohoutek, desorientado, seguía a lo suyo, aun con la absurda sensación de estar haciéndolo esta vez dentro del gigantesco cochecito infantil en el que parecía haberse transformado el estudio de la morena.

Kohoutek conoció a una mujer a la que su marido llevaba a sus citas. Conoció a cierta estudiante de último curso de secundaria que, cuando finalizó la embriagadora noche y Kohoutek, cansado, estaba listo para acompañarla a la parada de taxi, declaró de sopetón que debía quedarse unas horas más y tomar un trago porque si volvía a casa demasiado pronto y demasiado sobria, los padres sabrían en seguida que algo no marchaba. Kohoutek conoció a mujeres que se iban con él porque desde hacía años estaban enamoradas infelizmente, y que, por lo tanto, desde hacía años se iban con cualquiera.

Conoció a cierta cantante de segunda. Su romance con ella fue uno de los más largos de su vida. Kohoutek, al despertar por primera vez a su lado no huyó despavorido, al contrario, se quedó y, además, por unas cuantas semanas. La intensidad y duración de su romance con aquella cantante de segunda tenían que ver con la fascinación de Kohoutek por la música. Kohoutek, por supuesto, no entendía absolutamente nada de música y en cuanto a su oído, baste decir que era sordo como una tapia. Sin embargo, la música era un componente significativo de su conciencia, o más bien, de su inconsciencia erótica. Se podría decir que pensaba que la música dotaba a las mujeres de un inusual encanto. Se podría decir que concebía la música como un especial y perverso complemento del atuendo femenino. Se podría decir, simplemente, que Kohoutek prefería las cantantes a los cantantes, las pianistas a los pianistas, las percussionistas a los percussionistas. Existían esferas en las que la división de roles entre hombres y mujeres debía realizarse con aterradora simetría. La música era una de esas esferas. La música, según Kohoutek, debía ser compuesta exclusivamente por hombres, pero ejecutada, en cambio, exclusivamente por mujeres. No deberían existir cantantes masculinos de ópera, ni populares, ni coros masculinos, ni siquiera mixtos; todo canto, en opinión de Kohoutek, debía brotar exclusivamente de gargantas femeninas. La música debía nacer en el cuerpo del hombre, pero tenía que ser reproducida por el cuerpo de la mujer. Asimismo, todos los instrumentos musicales fueron creados, en realidad, para mujeres. Pianos de cola, pianos de pared, guitarras, violines, trompetas, trombones, contrabajos y el resto de instrumentos musicales, estaban destinadas, en esencia, para seres de sexo femenino. Cuando Kohoutek escuchaba música y veía al mismo tiempo a la pianista con un sencillo vestido negro flotando sobre el teclado, lo dominaba el frenesí del equilibrio vital. El hombre (puesto que debió de ser un hombre) que por primera vez entregó a la mujer un instrumento musical, fue, en la opinión de Kohoutek, uno de los padres de la armonía del universo.

¿Quién sería y qué aspecto tendría la primera instrumentista de la historia de la humanidad? ¿Qué instrumento habría tocado? Desgraciadamente, por lo general Kohoutek se imagina la escena de un modo banal y propio de un cómic: ve a una

rubita afiligranada vestida de pieles sin curtir, a quien su amigo, el cavernícola, le entrega un cuerno para divertirse. Y ella, con una determinación y habilidad inesperadas, acerca ese cuerno a sus paleolíticos labios y sopla en él.

A veces, sin embargo, Kohoutek se imagina una versión más noble. Imagina que la primera instrumentista era de religión mosaica. La escena con la entrega del bíblico cuerno a la mujer se convierte en un episodio apócrifo del Exodo, no registrado en las Escrituras.

La cantante de segunda no era, por supuesto, la primera instrumentista de la humanidad. Apenas si era su descendiente y por cierto que por línea lateral y bastante borrosa. Debía de ser su tatarabisnieta de milésima generación. De manera que el romance con ella, por muy excepcional que fuera para Kohoutek, no podía durar eternamente. Duró exactamente un mes. Después, durante mucho tiempo no ocurrió nada en su vida. Es decir: Kohoutek respiraba, comía, bebía, mantenía interminables conversaciones con el doctor Oyeramah, trabajaba, vacunaba a las bestias, cortaba las uñas hipertrofiadas de los perros, trataba la tos de los terneros y el cólico de los caballos; miles de veces viajó y volvió de Cracovia, pero en cuanto a sus relaciones con mujeres, no sucedió nada digno de mención. Algunas conversaciones intrascendentes, algunos encuentros casuales, algunas relaciones apresuradas.

Todo fue así hasta el momento en que, cierta calurosa tarde de junio, en la parada de la estación central de Cracovia, Kohoutek subió al autobús de la línea especial A, prácticamente vacío a esas horas. En su interior se escuchaba un ensordecedor canto femenino. El travieso conductor había puesto la radio a toda marcha y la voz de Mireille Mathieu parecía intensificar el bochorno que reinaba dentro. Kohoutek se sentó a la izquierda. Durante un minuto o dos observó por la ventana los muros y paredes de la ciudad en trance de convertirse en polvo, ahora hundidos en la amarillenta masa de aire candente. Después volvió la cabeza y vio a una mujer que estaba sentada delante de él. No tenía nada de particular. Entornó los párpados por un instante, el autobús atravesaba el cruce de las calles Lubicz y Rakowicka. Mireille Mathieu ponía el canto en el cielo. Kohoutek abrió los ojos y se quedó contemplando, irreflexivo, el divino perfil del cráneo de la accidental pasajera que estaba sentada delante. Ella alzó la mano y se acomodó el pelo recogido en un holgado moño. Kohoutek sintió el aroma a crema de aceite de oliva y, con el aroma, le vino una gran revelación. Una revelación es una cosa —pensó cuerdamente— y otra es que habrá que comprobar qué aspecto tiene. Se levantó, pasó al otro lado del autobús y se sentó a dos asientos de ella, sólo que —repitamos— del lado contrario. Durante un rato continuó mirando por la ventana, el autobús rodeaba en aquel momento Rondo Mogilskie, después Kohoutek, simulando un gesto accidental, como interesado por la construcción de un nuevo hotel, giró la cabeza, miró... y efectivamente, era Ella. Bien es cierto que estaba leyendo un libro, lo cual no despertó demasiado el entusiasmo de Kohoutek, pero indudablemente era Ella. Era la primera instrumentista de la humanidad. La que, atravesando el desierto con el pueblo de Israel, sopló en el

shofar. Fue a ella a quien el bisabuelo de Kohoutek, el maestro chacinero Emilian Kohoutek, entregó por diversión en la «Casa Venado» el trombón abandonado de un músico borracho. Ella, con un vestido burdeos y cuello blanco, subió al estrado con paso vacilante y, animadas por su ejemplo, la siguieron Helenka Morcinek (trompeta), Krysia Kotula (acordeón), Marysia Jasiczek (clarinete), así como Natalie Delong, envuelta únicamente en encajes de Istebna (tambor). Al verla por primera vez, Kohoutek supo que la había visto ya miles de veces. Ella era aquella primera bailarina checa de *streaptease* a la que solía espiar por la ventana del café «Centrum». Ella estuvo una vez sentada en el «Warszawianki» bebiendo sola un licor de cereza tras otro mientras le caían lágrimas de los ojos. Fue a ella a quien llamó tantas veces, permaneciendo callado cuando descolgaba el teléfono. Ella asistió con Kohoutek a las clases de confirmación. Ella, en los años sesenta, estuvo un día tomando el sol cerca del puente Debnicki. Ella pasó alguna vez con falda de godets por la calle Karmelicka. Y ahora, Ella viajaba en el autobús de la línea especial A.

Kohoutek, impulsado no tanto por su experiencia (sus múltiples relaciones con mujeres no le habían enseñado nada), como por un instinto innato, cambió de asiento una vez más. Ahora se sentó justo delante de ella y, sin esforzarse siquiera por disimular sus intenciones, se dio media vuelta y preguntó:

—Disculpe, ¿qué está leyendo?

VII

Durante la primera oración, Kohoutek se escabulló de casa para llevarle a su actual amante un arenque en escabeche. Mientras hablaba el Pastor, corrió hacia ella con un platito de charcutería. Mientras sonaba el primer brindis, Kohoutek se apresuraba a través del jardín con una botella de champán. Cuando entonaban el primer cántico, subía al desván del viejo matadero con un tazón de salsa tártara. Cuando el doctor Oyermah procedió a pronunciar el primero de sus discursos, Kohoutek, de puntillas, se escurrió por la galería llevando a su actual amante una pizca de ensaladilla rusa. Después de llevarle un buen trozo de tarta de nueces, cuando regresaba con los comensales satisfecho de sí mismo, vio una sombra delante de la casa. Era la madre de Kohoutek que le esperaba a la vuelta.

—La soberbia y el alcohol —pensó Kohoutek—, mi perdición han sido la soberbia y el alcohol. Y en efecto, Kohoutek, que normalmente no era de empinar mucho el codo, en aquella ocasión no se había saltado ni una ronda e, incluso, en algún que otro momento, se había servido un buen trago en la cocina, bebiéndoselo de golpe. Esa noche el alcohol le daba alas. Su actual amante recibía complacida los restos de manjares que él le llevaba, sin hacer ningún tipo de comentario malicioso. Yacía envuelta en las tres mantas de lana sorbiendo champán de la botella, fumando y leyendo un libro.

Kohoutek procedía cada vez con más desenfado, seguro de que, en medio del alboroto general, nadie se percataba de nada. Había planificado incluso que, al final, cuando sirviesen el gulash, le llevaría a su actual amante un plato entero de gulash caliente. Ese día Kohoutek era un hombre, por así decirlo, casi feliz.

Sin embargo, ahora, al vislumbrar delante de la casa la silueta de su madre, como si se tratase del espectro de la justicia final, comprendió que todo se había desmoronado. Si su madre le esperaba delante de la casa, eso quería decir que sabía muy bien y, tal vez, desde hacía tiempo, adónde iba Kohoutek y qué era lo que hacía.

—Sé muy bien y desde hace tiempo adónde vas y qué es lo que haces —dijo la madre de Kohoutek cuando éste, con pies como de madera, terminó de acercársele. La intuición de la madre de Kohoutek era una intuición típicamente materna, la cual, ni de lejos, podía equipararse a la absoluta y cósmica intuición de la actual amante de Kohoutek. La madre de Kohoutek adivinaba sus gamberradas, la otra, en cambio, lo sabía todo.

—Cómo no te avergüenzas de barbaridades así, siendo hoy, encima, el cumpleaños de Orna. No has escuchado lo que decía el Pastor, porque tenías que correr sabemos adónde —continuaba la madre—, aunque te hubiera venido muy bien escuchar —Kohoutek en realidad sintió alivio, el típico alivio del fugitivo al fin capturado.

—Sí que he escuchado —respondió con voz débil—, todo el tiempo he estado escuchando lo que decía el Pastor.

—¿Ah, sí? —dijo la madre de Kohoutek—. Entonces recuérdame de qué hablaba.

—El Pastor decía —la respuesta de Kohoutek era la de un alumno aprensivo frente al maestro severo—, el Pastor decía que cada objeto tiene su olor y su aroma.

—Sí, y qué más —la madre continuó la carga.

—Después el Pastor dijo que hay objetos que absorben olores, como, por ejemplo, la vestimenta del hombre. La vestimenta del hombre absorbe el olor de éste y lo retiene.

—¡Qué más! —la voz de la madre sonó como el chasquido de los seguros de un pelotón de fusilamiento preparado para la carga definitiva.

Por un instante, Kohoutek permaneció en silencio, ya que, evidentemente, desconocía ese qué más; había escuchado con una sola oreja el discurso del Pastor, ya que justo en aquel momento estaba ocupado envolviendo unas lonchas de jamón y salchichón en una servilleta para salir de inmediato ya sabemos adónde. Desconocía ese qué más, y, sin embargo, arriesgó:

—Después el Pastor dijo que debemos absorber la palabra de Dios y retenerla a semejanza de una vestidura que retiene...

—¡A callar! —rugió la madre—. ¡No consiento que blasfemes, pedazo de blasfemo! El Pastor habló del alma —dijo más bajo, pero con una cordura particularmente virulenta—. El Pastor dijo que más aún que las vestiduras, es el alma la que absorbe todos los olores. No escuchaste porque tenías que correr a ese maldito desván. El Pastor decía que el alma es codiciosa y bebe como una esponja y absorbe todos los vicios del cuerpo y que son ciertas aquellas palabras que dicen: *alma sana in corpore sano*. ¿Y cómo tienes tú el alma? —rugió de nuevo—. ¿Cómo tienes tú el cuerpo? ¿Por qué los mancillas?

Por un momento apretó los labios y después comenzó a hablar de nuevo, esta vez con una voz llena de dramática confidencialidad.

—¿No sientes lástima de tu mujer? ¿No sientes lástima de tu vástago? ¿De tu padre? ¿De mí? ¿Y de Orna? ¿Por qué lo haces? ¿Por qué nos matas a todos? ¿Por qué te matas a ti mismo? ¿Es que quieres destruir tu hogar?

Kohoutek permanecía con la cabeza gacha, lo habían abandonado todas las fuerzas, el más mínimo pensamiento se había evaporado de su cabeza. Dentro de él la vida se había detenido, el mundo se le había vuelto indiferente. Le daba igual, le traía sin el más mínimo cuidado qué sería de él, qué sería de su actual amante. Los abismos de la deshonra y la humillación en los que iba a sumirse eran tan insondables que ante ellos sólo podía mantenerse la indiferencia de un objeto que, habiendo perdido el último punto de apoyo, se precipita al vacío.

La madre calló nuevamente un instante, tras el cual murmuró con voz sorprendentemente tranquila:

—Se te nota, apestas a inmundicia. Sí —añadió reflexiva— las vestiduras absorben el olor del hombre.

A continuación, la conversación se interrumpió de nuevo, esta vez durante un

buen rato. Un último minuto de silencio antes de la sentencia definitiva:

—Está bien —dijo la madre—. Hoy es el cumpleaños de Orna y no vamos a montar escenitas embarazosas. La próxima vez te mato. Y ahora, dame todos los cigarrillos.

—No me quedan, acabo de fumarme el último —replicó Kohoutek con una rapidez fulminante.

—Pawel —dijo la madre: ella era la única que usaba su nombre de pila, aunque en muy pocas ocasiones; los demás siempre le llamaban Kohoutek—. Pawel, no empieces todo esto de nuevo —volvió a alzar la voz—, dame inmediatamente los cigarrillos.

—Los he escondido.

—Tráelos ahora mismo, no me humilles obligándome a ir a buscarlos yo misma.

—Voy —dijo Kohoutek.

Se dio media vuelta y se lanzó hacia el lugar de donde había venido. Alado, puesto que lo llenaba un torrente de alivio más liviano que el aire, subió las escaleras. La actual amante observó sus manos vacías casi con reproche, se había acostumbrado a que aquella noche Kohoutek fuese el proveedor de todo tipo de bienes materiales.

—Dame los cigarrillos —dijo Kohoutek ahogándose.

—Te he dicho mil veces que no te metas en el terreno de mis vicios personales. Eres un pesado, no eres más que un pesado al prohibirme fumar una y otra vez.

—No es eso, fuma cuanto te apetezca, pero dame los cigarrillos.

—Oye —dijo con voz martirizada la amante de turno—, ¿se te ha ido la perola o qué? ¿Cómo voy a fumar sin cigarrillos?

—Ahora, ahora —gemía Kohoutek espasmódicamente—, me hace falta un paquete de cigarrillos.

—¿Y eso por qué?

—Al doctor Oyermah se le ha acabado el tabaco y se está volviendo cada vez más agresivo.

—Ve a algún garito y cómpralo tú mismo, o ve a casa del vecino y pídeselo prestado. Yo no te daré mis cigarrillos bajo ningún concepto —dijo la amante de turno de Kohoutek, cogió con ostentación el paquete de Salem mentolado que tenía abierto delante y se lo guardó en el bolso.

Entonces Kohoutek, a quien en medio del pánico le empezó a parecer que oía los pasos de su madre acercándose, por primera vez en su vida, cometió un acto de violencia física contra una mujer. Tras una breve agarrada, le arrancó el bolso de sus manos, lo abrió y sacó el paquete de cigarrillos —por suerte estaba casi lleno—. Sacó tres y los puso sobre una caja. Luego añadió dos más.

—Vendré esta noche, tarde —dijo y se dirigió hacia la escalera.

La actual amante, que por un momento había enmudecido, de repente comenzó a chillar a todo pulmón:

—¡Cerdo! ¡Le alzas la mano a una mujer! ¡Cerdo! ¡Quien trata con cerdos se

convierte en cerdo! ¡Carnicero, bandido! ¡Veterinario! ¡Astrónomo de culo de vaca! ¡Siempre te han apestado las manos a mierda de caballo! ¡Devuélveme mis cigarrillos, porquero! ¡Ahora mismo me cambio y voy para allá, para el cumpleaños de Orna y le pregunto a tu maestro Oyermah si no le importa invitarme a uno de mis cigarrillos! ¡Ahora mismo voy, en cuanto me cambie!

Sin embargo, Kohoutek no escuchaba ese grito que llenaba el valle entero. Y lo que era más extraño: su madre tampoco parecía oírlo. Sin mediar palabra, tomó de la mano de Kohoutek el paquete de cigarrillos y, juntos, entraron en la casa.

El doctor Oyermah estaba de pie junto a la mesa con una copa en la mano, peroraba sin pausa, y no dejaba a nadie abrir la boca. Al ver a Kohoutek y a su madre entrar en el comedor, se dirigió inmediatamente a ellos, ya que Oyermah era un narrador de aquellos que en cada cosa en la que ponen la vista encuentran un tema digno de un florido discurso.

—He aquí al querido nieto de la respetable festejada y a la venerable madre del querido nieto —dijo Oyermah e inmediatamente, algo en él inaudito, enmudeció.

Se hizo un silencio tal que se hubiera oído pasar a un ángel. Desde detrás de la ventana tan sólo llegaba el borroso y desarticulado grito de la actual amante de Kohoutek. Sin embargo, nadie le prestaba atención, ya que todo el mundo tenía clavada la vista en el enmudecido Oyermah. Este hombre sólo podía sufrir un colapso narrativo una vez por década, o tal vez nunca. Oyermah hablaba sin parar. Hablaba de pie, sentado, comiendo y bebiendo. Hablaba en el trabajo y durante los interminables banquetes. Hablaba mientras caminaba por la calle, ya que a cada paso se encontraba a alguien conocido, y es que conocía a todo el mundo. En cambio, ahora estaba en silencio. El pelo blanco le cayó sobre la frente, abrió la boca de nuevo, y todos creyeron que su silencio tal vez no fuese el signo de un colapso, sino tan sólo una estrategia, una bocanada de aire antes de alguna fabulosa continuación. Oyermah, en efecto, alzó la copa y una vez más, con voz aún más sonora, comenzó la cosa.

—He aquí al querido nieto de la respetable festejada y a la venerable madre del querido nieto... —tras lo cual enmudeció nuevamente.

Esta vez el silencio fue absoluto, ya que la actual amante de Kohoutek también había callado. Se estará cambiando, pensó Kohoutek con extraña calma. Se estará cambiando y ahora, como la conozco, vendrá para acá. Pero incluso el mismo Kohoutek, a pesar de su completa dispersión y de sus nervios crispados, observaba estupefacto a su maestro.

El doctor Oyermah, un anciano alto y fornido, que recordaba muy bien hasta los tiempos austríacos, permanecía mudo. El hombre que había visitado el mundo entero (a excepción de las Filipinas) permanecía en silencio. El doctor en ciencias veterinarias, Franciszek Jozef Oyermah, el cual había tratado a incontables generaciones de animales domésticos luteranos, iniciador de Kohoutek, el primero en enseñarle a éste cómo medir la temperatura de los animales, cómo tomarles el pulso, cómo limar los dientes de un caballo, cómo recortar las pezuñas y cómo colocar la

sonda en la garganta de una vaca hinchada, cómo usar el trocar, cómo curar la pata rota de una yegua, el hombre en quien Kohoutek tenía una confianza infinita, el viejo Oyermah, el cual bebía cada día sin acabar de estar nunca verdaderamente borracho, él, con cuya nieta natural, Ola Krzywón, se había iniciado Kohoutek, el hombre que hacía más de treinta años había entregado a Kohoutek el libro mítico de su infancia, narrador incansable, cuyas historias, repetidas por milésima vez, podían ser escuchadas siempre con la misma atención, conocedor de la anatomía animal y del alma humana —había enmudecido. Y si el viejo Oyermah había enmudecido, quería decir que había desfallecido, que de repente, en cuestión de pocos instantes, había envejecido realmente, que había sentido el peso del tiempo, que, tal vez, por primera vez en su vida, había pensado en la certera muerte. Todos los que estaban sentados a la mesa se dieron cuenta, con más o menos claridad, de que el silencio de Oyermah significaba el final de una época y, posiblemente, hasta el final del mundo.

En medio de un completo silencio sonó una voz lejana, tal vez la actual amante de Kohoutek hubiese iniciado de nuevo su lamento, tal vez el río hubiese acelerado su curso de pronto, tal vez el viento moviese las ramas de los tilos, las hayas y los robles que crecían detrás del viejo matadero. Oyermah, sin pronunciar palabra, se bebió la copa y se sentó.

Cuando haya acabado el cumpleaños —pensó Kohoutek— acompañaré al viejo a casa y se lo contaré todo. Quizás él pueda aconsejarme algo. Si no es él, entonces nadie.

Seguía reinando el silencio, nadie abría la boca. Alguien se llenó la copa, alguien suspiró ruidosamente. Crujió alguna silla, el viento rodaba por encima del tejado cada vez con más ímpetu.

—Hay alguien en el jardín —dijo Orna de pronto, y su voz vieja, sin fuelle, sonó alta y amenazadora en medio del silencio.

—Alguien anda por el jardín —repitió Orna.

VIII

Kohoutek tiene la fuerte impresión de que la profesión de veterinario le había sido asignada mucho tiempo antes de su nacimiento. Hasta donde le alcanza la memoria —a veces a Kohoutek le parece recordar incluso las paredes cubiertas de esmalte gris del paritorio en el que lo sacaron del vientre de su madre—, recuerda que siempre se había dicho de él que sería veterinario.

—Sí, mi pequeño Kohoutek, cuando seas mayor, te convertirás en un adepto del arte veterinario —le decía su padre—. Es un oficio bueno y noble, salvarás a los animales, ayudando así a las personas. Te ganarás bien la vida, pero recuerda —el padre de Kohoutek alzaba el dedo con gesto de advertencia— que te espera un esfuerzo sobrehumano en condiciones infrahumanas.

Aquella era, transmitida de generación en generación, una de las sentencias más repetidas de la familia de Kohoutek. Puede que el bisabuelo, el maestro chacinero Emilian Kohoutek, no abusara demasiado de esta frase, pero, con toda seguridad, la conocía. En cambio, su hijo, el señor Director, el abuelo de Kohoutek, además de conocerla, la puso en práctica hasta sus últimas consecuencias.

El abuelo de Kohoutek había obligado con tanta frecuencia al padre de Kohoutek a un esfuerzo sobrehumano en condiciones infrahumanas, que con el tiempo se formó en éste la convicción de que cualquier tipo de esfuerzo que no fuese sobrehumano en condiciones infrahumanas, carecía de sentido. Era por eso mismo que todos los trabajos que emprendía el padre de Kohoutek, contenían un elemento de monstruosidad que rozaba la deshumanización.

Cada vez que el viejo Kohoutek se ponía, por ejemplo, a pintar la casa, no descansaba hasta haber acabado. Se colocaba sobre la cabeza un gorro de papel y, así coronado, ascendía por la escalera de mano. Comenzaba, pues, el deslome, la solemne celebración del esfuerzo sobrehumano en condiciones infrahumanas. El viejo Kohoutek, a semejanza de Moisés en el monte Sinaí, permanecía en la escalera durante días. Pintaba sin pausa, sus movimientos eran inhumanamente rápidos y hábiles. Comía sin abandonar las alturas a las que había ascendido. Lo hacía con extrema desgana, cediendo muy a pesar suyo a la persuasión y a los repetidos ruegos de la madre de Kohoutek. Finalmente, apartando el cetro de la brocha, se quitaba la corona y accedía a una aproximación de la sierva. Ella caminaba con celo, con pasos menudos y llenos de veneración. Ante sí portaba la bandeja. Cuando alcanzaba la inmediación de aquella majestad cubierta por un caparazón de esmalte, sus brazos se alzaban. —Come un poco, come un poco, mi Pichón— le susurraba. El padre de Kohoutek comía apresuradamente, dando a entender, por la manera misma de hacerlo, que estaba en contra del acto de alimentarse. Además, comía siempre en un silencio absoluto, sin dirigir nunca una palabra a la madre, y no mencionemos ya la posibilidad de que la obsequiara con algún cumplido acerca de sus habilidades culinarias o con una palabra de agradecimiento. Y es que su modo de comer en la

cima de la escalera de mano iba en el fondo dirigido contra la madre, la cual, preparando los alimentos, trayéndoselos e induciéndole a comer con sus interminables ruegos, humanizaba aquel esfuerzo sobrehumano en condiciones infrahumanas, *ergo*, lo convertía en un esfuerzo parcial, aparente e, incluso, absurdo. El pequeño Kohoutek miraba aterrado cómo el cuerpo de su padre se cubría gradualmente de una escama caliza. Deseaba con toda su alma ser como su padre, deseaba realizar trabajos sobrehumanos en condiciones infrahumanas, pero presentía que no estaría a la altura. Quería de todo corazón ser veterinario, pero presentía que nunca sería un veterinario como el doctor Oyermah. Sabía que nunca llegaría a ser un veterinario hasta la médula.

Oyermah visitaba a menudo a los Kohoutek. Era aquella una época en la que la caballeriza y el establo estaban impregnados del olor de los animales vivos, oscuro como la madera enmohecida. El caballo Jonathan, afectado por todo tipo de resabios, relinchaba en un rincón y chascaba los labios. Aún podía escucharse la respiración profunda de las dos vacas preferidas de Orna, Mary y Elisabeth. El marrano Douglas gruñía significativamente. El pavo Beltsville alzaba el vuelo. El gato Humphrey, con la habilidad de un doble de escenas peligrosas, se paseaba por el tejado cubierto de cartón embreado, mientras que, sobre todo aquello, se alzaba el incesante tumulto de la plebe aviaria, de las incontables bandadas de gallinas, patos y ocas.

«Gallinas, ocas y patos verdes». —Oyermah tarareaba los primeros compases de lo que Kohoutek imaginaba que sería el Gran Himno de los Veterinarios, y se sentaba con el abuelo a tomar una copa de vodka mezclado con caramelo caliente. Al pequeño Kohoutek, el doctor lo llamaba «mi respetable sucesor».

—Pronto llegará la hora de comenzar los estudios, mi respetable sucesor —solía decir—, ya estoy reuniendo el material adecuado —repetía una y otra vez y, como pronto debía confirmarse, no era vana palabrería.

Un día de febrero, cuando las cegadoras llamas de casi cuarenta grados de helada parecían reducir el aire a ceniza, Kohoutek vio aparecer aquella característica silueta con el enorme abrigo de borrego, venciendo los montones de nieve que yacían sobre el patio —que aunque ya no era el patio del gran matadero, todavía tampoco era un jardín.

—Así que hemos llegado a presenciarlo, señor Director —Oyermah apareció en la puerta, dejó la enorme cartera, de la que nunca se separaba, sobre el banco bajo la ventana; después se arrimó al horno de la cocina y acercó a la placa sus manos entumecidas para calentarlas.

—Eso es, hemos llegado a presenciarlo, señor Director —Oyermah hablaba con el abuelo sentado a la mesa—. El camarada Khrushchev ha desenmascarado los viles actos de Yosif Vissarionovich Stalin, pero su ventaja no durará mucho, puesto que, pronto, él mismo, el camarada Khrushchev, será también desenmascarado —Oyermah observaba con satisfacción cómo Orna vertía azúcar al cazo ritual y lo colocaba sobre el horno.

—Los comunatas, señor Director, no aguantarán los próximos cuarenta años, y eso como mucho: ni un año más, puede incluso que menos. Enterraremos aún a unos cuantos camaradas primeros secretarios más y ya está, y no será porque precisamente muramos nosotros, señor Director, sino porque se habrán acabado —el abuelo de Kohoutek desgajaba con la exactitud de un perito la parda cabecilla de lacre del cuarto de litro de aguardiente—. Tal vez sean cinco más, o tal vez sólo cuatro. Los enterraremos a todos y llegaremos a los dulces tiempos en que Polonia sea despojada de la gorra de la *cheka*. Llegaremos a verlo, señor Director —después de calentarse las manos, el doctor sacó de su abismal bolso un paquete envuelto en papel gris.

—Llegaremos a vivir tiempos de una libertad tan embriagadora que, señor Director, en nuestras postrimerías casi nos dará un soponcio —Oyermah se quitó el borrego y lo dejó caer en el banco—. Porque hemos de saber que la gorra de la *cheka* cubre tanto las virtudes como los vicios de nuestra valerosa nación. Y cuando, dentro de menos de cuarenta años, seamos despojados de ella, y le aseguro, señor Director, que caerá de nosotros con la ligereza de una pluma de gallina, no sólo nuestras grandes virtudes, sino también nuestros colosales defectos saldrán a la luz. No, no se puede ocultar, nos esperan tiempos difíciles, pero ambos sabemos que en este mundo no existen los tiempos fáciles. Hay, como mucho, momentos agradables, como esta hora gris que ojalá dure eternamente —concluyó Oyermah y, dirigiéndose a Kohoutek, le entregó el paquete envuelto en papel gris.

—Es para ti, Kohoutek júnior, mi respetable sucesor. Ha llegado la hora de empezar los estudios, aunque sea a partir de la iconografía. Por suerte, una vaca dando a luz a su progenie está libre de cualquier presión política, así que este material seguirá siendo útil y no estará sujeto a caducidad. Aunque tampoco esto es del todo cierto —el doctor Oyermah se acomodó a la mesa—. No es cierto que la vaca, criatura de Dios, esté libre de presión política. Porque lo que es evidente es que si le das, compañero, una vaca a un bolchevique, la matará de hambre —dijo Oyermah, y de pronto se ensombreció y observó alicaído cómo Orna, con un pequeño cazo de lata, llenaba las copas con el caliente y espeso brebaje.

Khoutek extrajo del papel gris dos gruesos y macizos volúmenes. Olían a pelaje de animales domésticos y a alcohol, igual que el señor doctor. Kohoutek no conocía aún el concepto de «el libro mítico de la infancia» —a decir verdad, con ese término no lo familiarizaría sino su actual amante treinta años después—, pero sin duda acababa de tener lugar esa clásica escena ritual: Kohoutek recibió de las manos del doctor Oyermah el libro mítico de su infancia; pasaba despacio sus páginas y a cada rato se topaba con increíbles ilustraciones que le dejaban sin respiración. Las figuras de color representaban todas las clases de animales domésticos existentes, sus secciones, sus vísceras, sus esqueletos. En detalladas imágenes, ejecutadas con un realismo escrupuloso aunque algo tosco, se podía seguir la anatomía de las extremidades, las cabezas y los troncos. Configuraciones de músculos, venas y ligamentos. Kohoutek no podía separar la vista de las ilustraciones realmente

aterradoras de animales enfermos. Como encantado, clavaba los ojos en potrillos con hernias enormes como coles, ubres de vacas florecientes con el azulado sarro de la forunculosis, cascos afectados por la laminitis y la putrefacción, pezuñas hipertrofiadas. Más adelante aparecían expresivos retratos a todo color de animales con parálisis de los remos, gallinas fulminadas por la peste aviaria, animales enfermos de asma, atacados por solitarias, equinococos, ascárides, animales con triquinosis y fasciolosis hepática. Había incluso imágenes de detalles explícitos: lenguas con abscesos, columnas desviadas, gargantas con edemas, herpes encarnados como el sol poniente, abscesos amarillos como arena de playa, reblandecidas gangrenas, llagas de decúbito y exudados. Kohoutek enmudecido pasaba página tras página, aterrorizado y fascinado al mismo tiempo, viendo qué aspecto tenían las bestias enfermas de cólera, mal rojo o tétanos. Cabezas de vacas deformadas por actinomicosis, cuellos de caballos atacados por la sarna, larvas de tábanos, grandes como pelotas de tenis, enredadas en la piel y en el pelo. Desconocía, por supuesto, los términos, no entendía las descripciones de las figuras, pasaba las páginas y, una y otra vez, encontraba visiones apocalípticas de tormentos animales, inmóviles ilustraciones de animales intoxicados por la sal, el arsénico, el plomo, los organofosforados, el cobre, el cinc o el salitre, retorciéndose entre convulsiones de agonía.

Al comienzo del segundo volumen, un pintor desconocido había representado un amplio paisaje rural: sobre unas verdes colinas se ponía el sol, el humo de las chimeneas de un lejano pueblo subía derecho hacia el cielo, y en el primer plano, un grupo de hombres se afanaba en torno al cadáver de un caballo muerto y monstruosamente hinchado. Alguien extraía las últimas porciones de tierra de un amplio y profundo hoyo, otra persona practicaba incisiones en la piel del animal muerto con una navaja grande y afilada como un sable, un hombre con gorra de visera y altas botas militares vertía en aquellas heridas alguna sustancia blanca, otro, conocedor de la materia, echaba abundantemente al despojo un líquido amarillo. Alguien que portaba una antorcha encendida venía corriendo desde el fondo del cuadro.

—Y qué, Kohoutek júnior —preguntó desde detrás de la mesa el doctor Oyermah—, ¿qué impresión te ha causado un primer vistazo al interior de las entrañas de las bestias? Una visión difícil de soportar, ¿no es cierto? —Oyermah se levantó y se acercó a Kohoutek.

—Veo que estás estudiando el procedimiento metódico de actuar en caso de animales muertos por enfermedad. En efecto, así es como hay que hacerlo: hacer cortes, verter cal, echar gasolina, quemar y enterrar profundamente. Pero lo que estás viendo aquí es una versión idealizada. En la realidad —añadió Oyermah con énfasis—, en la realidad de ellos, el pobre caballito haría tiempo que hubiese sido descuartizado y devorado medio crudo. Y al cabo de poco —añadió el doctor, volviendo hábilmente las cuartillas del libro—, poco tiempo después, los nobles semblantes de los trabajadores del koljós aquí reunidos tendrían el siguiente aspecto

—y Oyermah mostró a Kohoutek una secuencia monstruosa de gente contagiada con diferentes enfermedades de origen animal—. Éste padece *bieshenstvo*, ése se contagió de *iashchur* —el dedo de Oyermah pasaba de un aterrador rostro a otro—, ése pilló *rozha*, y aquél, *sap*. Pero repito que estos libros pueden ser útiles a pesar de que abundan en numerosos episodios alejados de la realidad, de aquella realidad. Mira aquí, por ejemplo —Oyermah pasó de nuevo unas hojas y ante los ojos de Kohoutek emergieron dibujos en blanco y negro de los instrumentos de veterinaria más sofisticados: escalpelos, sondas, cauterios, formones y fórceps, sierras, ganchos y agujas curvas —mira aquí, Kohoutek— Oyermah encontró esta vez una página llena de incontables imágenes de bocas de caballos abiertas de par en par—, mira, mi respetable sucesor, de esta manera se determina la edad de un caballo: según el estado de su dentadura. Ya ves, este caballito de aquí es un potrillo de un mes, un bebito con los dos primeros dientes. En cambio éste, por ejemplo— el dedo de Oyermah volvió a moverse entre las impresionantes imágenes—, éste tiene ya todos los dientes y ha pasado ya al menos medio año en este valle de lágrimas. Y aquí, un anciano de dientes viejos, cerrados y aplanados. Un anciano de veinte y pico de años que se está preparando para una última galopada hacia las caballerizas celestiales. Sobre la edad, sobre la avanzada edad de los animales domésticos no hay, por cierto, mucho de qué hablar, puesto que los animales domésticos están en la favorable situación de no morir casi nunca de viejos. Nosotros, los veterinarios, acortamos sus sufrimientos de ancianidad. Corregimos al mismo Dios padre, mejoramos su dudoso invento: la tardía, la impedida vejez. Sí, Kohoutek júnior, estudia estos sabios libros, porque dentro de nada llegará el momento de una demostración práctica. Si mal no recuerdo, Elizabeth alumbrará pronto. Entonces tú, mi respetable sucesor, te pondrás por primera vez a mi lado.

IX

—Oye, Kohoutek —le decía el doctor Oyermah treinta y tantos años después de todo aquello, mientras, una vez acabado el cumpleaños de Orna y organizada la batida en el jardín para capturar a la actual amante de Kohoutek, caminaban ambos por el sendero que atravesaba la ventosa noche de noviembre—. Oye, Kohoutek, ¿quién es ésa a la que escondes en el jardín? ¿Qué fabulosa belleza ha decidido visitarte? Cuando vislumbré su rostro detrás del cristal, me quedé mudo. Pensé que el espíritu de mi esposa Jozefina, tan grata a mi memoria, venía a buscarme. ¡Pero cómo iba a ser eso! Mi querida Jozefina, tan grata a mi memoria, era una mujer tan inusitadamente fea que aunque en el otro mundo existiesen realmente posibilidades de otro mundo en el campo de la cirugía estética, y por tanto infinitas, nunca, jamás conseguiría rejuvenecer tanto y embellecer de esa manera.

—Así que se acercó hasta la misma ventana... A mí, en cambio, me pareció oír su grito o su llanto a lo lejos —dijo Kohoutek pensativo.

—Exacto, te pareció simplemente. Ella se acercó hasta la misma ventana y, como una niña traviesa, aplastó su nariz contra el cristal. En ese gesto infantil de mujer adulta, joven y bella, había tanto y tan increíble encanto, que me quedé sin palabras. Yo, el viejo Oyermah, no fui capaz de pronunciar el brindis...

—¿Pero cómo, por Dios, logró verla Orna? —interrumpió Kohoutek.

—No tengo la menor idea —respondió Oyermah un tanto molesto, pues estaba preparándose para pronunciar una larga disertación sobre el estupor experimentado ante lo sucedido. Además, detestaba visceralmente ser interrumpido—. No tengo la menor idea. No es que la viese, creo más bien que la percibió. Lo habrá percibido y se lo habrá olido todo como un viejo perro ventero. Las personas cuyos sentidos se han ido apagando, que se han quedado sordas, ciegas, que han perdido el olfato y el oído, suelen tener a veces una curiosa erupción de sensaciones. Despegues agónicos, diría, del cuerpo decadente. Vuelos de gran altura y casi sobrenaturales; oyen y ven por una fracción de segundo lo que ningún otro mortal oiría ni vería. Tal vez nuestra venerable festejada oyese, sin esperárselo, el crujido de una ramita bajo el pie de tu bella amiga, tal vez escuchase el susurro de su vestido, tal vez vislumbrase una sombra para los demás invisible.

—Reparaste, espero —continuó Oyermah tras una pausa—, en que yo hice todo lo posible por frenarlos. Y es que ella, a través de la ventana, sólo te miraba a ti, y te miraba con una mirada tan ardiente, tan virulenta y, a la vez, tan llena de desesperación, que no tuve ni sombra de duda: te estaba mirando alguien unido a ti con fuertes lazos. ¿Quién es ella, por Dios? —en contra de lo que pudiese parecer, el doctor Oyermah no esperaba todavía una respuesta.

—Lo supe enseguida: supe que no era una coincidencia, que la dama de detrás del cristal no se había equivocado de camino, no se había perdido, que no era alguien que hubiese decidido, impulsado por una curiosidad gratuita, asomarse a las ventanas de

un hogar iluminado. Por eso, cuando en la mesa reinó una gran agitación, hice lo posible por evitar una eventual búsqueda. Y es que a todos los respetables familiares e invitados les pareció oportuna la presunta presencia de alguien en el jardín. Se habían quedado petrificados, lo viste, Kohoutek, porque tú también te quedaste petrificado, todos os quedasteis inmóviles cuando yo, Oyermah, enmudecí. Pensasteis que estaría muriéndome, desvaneciéndome, que estaría llegando al final, que me habría atravesado de pronto la frágil hoja de la impedida vejez, cuando yo, realmente, había enmudecido de entusiasmo, de un entusiasmo juvenil, y también de miedo por ti, Kohoutek, de miedo por vosotros.

Y, en efecto, cuando Orna repitió una vez más que había alguien en el jardín, todos se lanzaron con desmesurado interés hacia las ventanas.

—¡Quién! ¡Dónde! ¡Traición! ¡Traición! ¡Adelante! ¡Hale! ¡A las armas! —gritaban, como si quisiesen con el jaleo, las exclamaciones y el ruido de sillas, llenar el tan significativo silencio del doctor. De nada sirvió que Oyermah, de repente, volviese en sí, que invitase con su voz de trueno a continuar el banquete, que frenase el ímpetu, que intentase volver a los brindis. Todo fue inútil.

Los hombres se echaron abrigos a los hombros. Se encendieron linternas y velas. Se improvisaron armas: varas, paraguas, bastones de esquiar. El padre de Kohoutek extrajo del fondo del armario una pistola neumática, y el viejo Oyermah, viendo que no conseguiría detener la leva general, decidió asumir un mando fariseo para confundir a ese ejército de pacotilla.

—Está bien, señores oficiales —Oyermah se incorporó y se echó a los hombros el eterno abrigo de borrego, oscurecido, cubierto de parches en algunas zonas, pero siempre el mismo—. Está bien, señores, saldremos al campo de batalla, pero de acuerdo con las reglas de la estrategia bélica. Usted, señor Director, se quedará en la terraza y protegerá la retaguardia. Usted, Ingeniero —era como llamaba Oyermah al padre de Kohoutek, que de profesión era agrimensor—, se dirigirá con su browning hacia el viejo matadero, mientras que nosotros, el reverendo Pastor y yo, daremos la vuelta a la casa. Tú, Kohoutek, ve por abajo —Oyermah con gesto decidido empujó a Kohoutek hacia la dirección señalada—. ¿Listos? ¡Listos! —rugió Oyermah con su bajo monstruoso, audible en toda tierra de Cieszyn—. ¡A muerte! Exclamó el padre de Kohoutek.

—¿A muerte? ¡A muerte no! ¡A hacer prisioneros! —replicó el doctor, y la batida se sumergió en la oscuridad, despacio.

Khoutek, con el corazón agitándose en su pecho, caminaba a través de la senda señalada por el doctor; conocía bien a su maestro, en sus equívocos actos presentía algún tipo de consciente estrategia e intención premeditada. Y en efecto, apenas dio unos pasos, la vio a ella. La actual amante de Kohoutek estaba junto al tronco del viejo manzano, temblando visiblemente de miedo y de frío.

—¡Pero qué es lo que estás haciendo, mujer, qué es lo que estás haciendo! —Khoutek corrió junto a ella—. Te ruego que esperes un poco más y se aclarará todo.

Tú sabes cuánto te quiero —Kohoutek se inclinó, abrazó los divinos muslos de su actual amante y la levantó—. Te quiero más que a mi vida, agárrate a la rama, te quiero, te quiero, súbete un poco más, mañana se arreglará todo —susurraba Kohoutek medio ahogado por el esfuerzo—, estaremos juntos para siempre y nunca nos separaremos, sube un poco más, allí hay una horcadura bastante cómoda, te quiero —dijo Kohoutek—, muy bien, descansa un poco y cuando acabe todo, vuelve a tu desván. Te quiero —miró hacia arriba y sí que parecía un buen escondrijo, porque entre las ramas del viejo manzano nunca podado no se veía absolutamente nada. Su actual amante no pronunció palabra. Kohoutek volvió a asomarse y al no vislumbrar ni una sombra, ni un contorno de persona, tuvo la extraña sensación de que la copa del viejo manzano había absorbido a su actual amante y que ésta había desaparecido para siempre, que había ascendido, primero por las ramas, y después por la escala de los aires, hacia las alturas de las que ya no hay retorno posible.

—Eh, eh, hola, hola —se escuchaban desde arriba las llamadas de advertencia de Oyermah—. Eh, eh, hola, hola —respondió Kohoutek. «Hola, hola, Lola» —la cantarina voz de Oyermah estaba ahora más cerca. «Hola, hola, Lola»— respondió Kohoutek, ya no con un tarareo sino con un canto. Y con el siguiente paso y el siguiente aliento, a su dúo, se unió el ejercitado barítono del Pastor. «Hola, hola, Lola, cómo vas pastando, hola, hola, sola». De la penumbra emergió con su pistola neumática el padre de Kohoutek, de quien Kohoutek había heredado precisamente la falta de talento musical, uniéndose también a los cantores. «Hola, hola, Lola»— y era ya un cuarteto el que, atravesando el jardín que en otros tiempos fuera el patio de un gran matadero, entonaba aquella canción pastoril. Desde la terraza se unió a ellos el señor Director. Al poco, las mujeres salieron de la casa y ya todos estaban cantando las antiguas canciones de Cieszyn. Cantaban *Ey, querida libertad, La casa paterna, Fluyes, Olza, por el valle*. Cantaban *La ciudad de Kolin*. Cantaban *Llevó sus bueyes y Adonde el Czantoria*. Y en cuanto empezaron con *Ayer fue dominguillo*, Oyermah, quien se encontraba donde los Kohoutek como en casa, desapareció en el interior sin interrumpir el canto, y al cabo de un instante salió a la terraza con una bandeja llena de copas y una botella de aguardiente. Cantando «*Ayer fue dominguillo/ y hoy lunes triste día,/ el coco va a dolerme/ toda una semanita*», empezó a servir el vodka y, sin dejar de cantar, fue brindando con cada uno de los cantores. Todos vaciaban una copa tras otra y después, tras un montón de canciones de despedida, comenzaron a decirse adiós abrazándose y besándose. *Hasta pronto, hasta pronto, hasta la próxima*— cantaban y volvían a decirse adiós, a abrazarse y a besarse, y es que en la casa parecía que con el final del cumpleaños de Orna acababa un año para, al día siguiente, dar paso a otro; era como si acabaran unas grandes fiestas y estuviesen a punto de llegar otras, era como si los impenetrables elementos del final y del inicio acabasen por fundirse en aquel preciso instante.

X

Caminaban por el centro de la noche de noviembre. Caminaban por la ancha calzada que atraviesa la tierra de Cieszyn. Caminaban por el eje del mundo. Dejaron el puente atrás, la estación de tren, Correos, de cuya oficina fue director el abuelo de Kohoutek, dejaron atrás la estación termal, la iglesia, la parroquia en la que antaño vivieran el Pastor y su mujer, el hotel «Piast», la galería comercial, después torcieron hacia Partecznik, donde vivía Oyermah. Kohoutek habló todo el tiempo. Habló de todo. De sus aventuras amorosas, de sus estudios de veterinaria, de su tesis doctoral sobre el *Amorphus globus*. Kohoutek, enternecido y ebrio —el doctor Oyermah sacaba una y otra vez de su pecho una petaca de metal llena de aguardiente de ciruela de Pascua—, recordaba los tiempos de su más tierna infancia.

—¿Sabe usted, maestro —decía Kohoutek—, que al cabo de muchos años o, a decir verdad, hace bastante poco, me di cuenta de que el mítico libro de mi infancia, el que recibí de usted hace años, era el *Veterinarynyi entsyklopedicheskyi slovar* en dos volúmenes editado en Moscú? Sí —repitió Kohoutek—, resulta que el diccionario veterinario del estalinismo, publicado por «Gosudartsviennoie Izdatielstvo Sielskojaziaistviennoi literatury», fue el gran libro de mi infancia. Otra cosa que hace poco he constatado, o de la que más bien me he asegurado, algo realmente inverosímil, es que en esa obra, editada en dos volúmenes tres años antes de la muerte del Mariscal, ¡no hay ni una fotografía suya, ni un retrato! ¿Acaso no fue Yosif Vissarionovich Stalin, además, el veterinario más grande de todos los tiempos? ¿Acaso no fue el padre de la veterinaria? Maestro, ¿cómo fue posible? —preguntaba Kohoutek sin que Oyermah le contestase.

Tal vez estuviese fatigado, tal vez supiese que las preguntas de Kohoutek tenían únicamente un carácter retórico y propio de borrachos, tal vez entendiese o, mejor, con toda seguridad entendía —nosotros, los antiguos admiradores de la sabiduría de Oyermah, lo expresamos más rotundamente—, que había llegado el momento en que Kohoutek quería y debía decirlo todo. «Todo» en el sentido profundamente filosófico y existencial de la palabra.

—¿Será que el deshielo empezó por las ciencias veterinarias? —balbuceó Kohoutek—. Quién sabe, quién sabe. Por cierto, maestro, usted debió machacarse esa obra a fondo y a conciencia. Y es que todavía hoy utiliza usted la terminología rusa. Nunca le he oído decir «hernia», siempre dice usted *gryzha*. En vez de «quemadura», dice *ozhog*, «flato» en su lengua es *vzdutie*, «rabia», *bieshenstvol* nunca dirá como todos «laminitis», sino, poniendo siempre esmerado acento, *vospalienie kopytl* en vez de «epizootia», dice usted *chuma*, en vez de «fiebre aftosa»: *iashchur* «mal rojo»: *rozha*, «muermo»: *sap*, «tétanos»: *stolbiak*, «carbunco»: *shumiashchyi karbunkul*, «ántrax»: *sibirskaia iazova*, «sarna»: *chesotka*, «cenurosis»: *viertiachka*... ¿Y cómo será en ruso *Amorphus globus*? —preguntó Kohoutek, el cual parecía haber caído en una especie de trance lexicográfico—. ¿Cómo será en ruso *Amorphus globus*?

—repitió—. Nadie lo sabe —se contestó a sí mismo con resignación de borracho—. Este dato ni siquiera aparece en una de esas enciclopedias voluminosas, como toda construcción estalinista...

Recordará, maestro, mi primera iniciación práctica en los secretos de nuestro arte, lo recordará, puesto que usted lo recuerda todo. Me despertaron apenas entrada la noche, aunque a mí me parecía que debía de ser medianoche, como ahora. Me vistieron con ropa muy abrigada, cosa extraña dado que era agosto, me echaron sobre los hombros un viejo impermeable, aunque no estaba lloviendo, pensé que sería algún traje ritual, que igual que una novia debe llevar velo y vestido blanco, un veterinario que asiste al nacimiento de un animal debe ir abrigado y llevar impermeable. Sin embargo, usted no llevaba ni jersey ni impermeable, iba desnudo, quiero decir: sin nada bajo el delantal de goma gruesa como un neumático, que le llegaba hasta los tobillos, y le dejaba al descubierto el tórax y los hombros. Tumbado en el suelo, parecía usted un titán mitológico. Su brazo derecho estaba sumergido hasta la axila en las entrañas de Elizabeth. Podía pensarse que usted mismo acababa de salir del vientre vacuno y que, en la última fase de llegada a este mundo, el brazo se le hubiese quedado atrapado en algún meandro de la anatomía animal. A la parda luz de una bombilla desnuda, en el turbio ambiente de los excrementos de reses y del sudor humano, usted se sacudía, llamaba a Dios, blasfemaba de manera tan horrible que yo casi no entendía nada; me dio por pensar que nunca lograría liberar el brazo atrapado, que se quedaría unido para siempre a Elizabeth, que en un proceso digno de la mitología se transformaría en semi-hombre, semi-animal. Sentí entonces lástima de usted porque pensé que tendría que subordinar toda su vida a Elizabeth, que tendría que ir con ella al pasto, dormir en el establo, que allí sería donde recibiría a las visitas y las saludaría, disculpándose por la grosería, con la mano izquierda. Me daba mucha pena y estaba ya a punto de prorrumpir en un amargo llanto, cuando usted, maestro, con extrema facilidad liberó su brazo y junto a él, de las entrañas de Elizabeth emergió una forma torneada, húmeda y toda cubierta de pelaje. Pensé entonces que acto seguido, del interior de ese extraño ser, como de un enorme huevo, saltaría un torito veloz y animoso con cuernecillos de plata y casquillos dorados; me extrañó que a usted no le abandonase la furia; cuando vi en su mano un cuchillo largo y afilado como un sable, pensé que querría hacer un corte en la piel para ayudar al bebé a salir al mundo, pero usted, para mi horror, tomó un impulso horrendo y, con una maldición en los labios, partió en dos esa cosa que yacía a sus pies, y entonces vi un incomprensible enredo de venas, ligamentos y huesos enanos. Un ojo ciego se deslizaba por la anatomía amorfa. El hígado, el corazón y el estómago formaban un todo indivisible. Ni siquiera hubo mucha sangre. El conjunto emanaba vapor, como si exhalase su primer y, a la vez, último aliento.

Orna me cogió de la mano y me sacó afuera. Era una calurosa noche de agosto, miré hacia arriba porque pensé que vería algún satélite artificial volando por encima del tejado, pero allí sólo se extendía el blanco desierto de estrellas y planetas. Alguna

forma redonda y cubierta de pelo húmedo crecía ahora en mi interior, se levantaba y subía despacio a mi garganta.

Kohoutek se calló. Se detuvieron un momento. Oyermah le pasó la petaca. Kohoutek bebió un buen trago y, como suele pasar tras una nueva porción de vodka, comenzó a hablar con voz aliviada, más calma.

—Sí, maestro, se puede decir que mi carrera de estudiante del arte veterinario comenzó bajo una mala estrella, bajo el informe planeta del *Amorphus globus*. Después, naturalmente, me acostumbré a los monstruos. Ambos hemos visto más de una vez eversionses de cerebro, cochinillos sin mandíbula, embriones siameses unidos entre sí, potros ciclóticos, cráneos inflados por la hidrocefalia. Hemos visto más de un aborto, o como diría usted, maestro, *urodstvo ploda*. No obstante, aquella imagen de las entrañas del *Amorphus globus* abiertas de un tajo nunca me ha abandonado. Tanto más, porque en el libro mítico de mi infancia, en el volumen segundo, página 477, aparece una reproducción muy fiel y sugerente, como todas las ilustraciones de ese libro. «Acardiaco amorfo. *Amorphus globus* —visión externa—. Museo de Obstetricia del Instituto Veterinario de Kazan» —citó Kohoutek de memoria.

Se encontraban delante del centro deportivo, al que cada año llegaban generaciones cada vez más jóvenes y hábiles de lanzadoras de disco, corredoras de fondo y jugadoras de voleibol capaces de lograr cada vez mejores marcas.

Kohoutek empezó a observar ávidamente las oscuras ventanas tras las cuales dormiría alguna concentración de competidoras de pruebas combinadas o de carrera de vallas y, de repente, con la facilidad propia del borracho, cambió de tema. Del tema de su iniciación profesional pasó al de sus sufrimientos carnales.

—Mujeres —dijo—, mis amantes de turno. No voy a negarlo. En los restaurantes siempre me ha interesado más la camarera que el plato que trajese. Solía ir a bares no para tomar una cerveza, sino para poder, durante un cuarto de hora, mirar a la chica de la barra. Frecuentaba la iglesia, rezaba y cantaba, pero con el rabillo del ojo observaba sin pausa el perfil de la pulcra luterana que se me sentaba al lado. Subía al tren y no paraba de asomarme a los compartimentos hasta que mi fatiga hallase recompensa. Acudía, cuando me llamaban, a atender a algún animal enfermo, pero no estaban con él mis pensamientos mientras le tomaba la temperatura, sino con su dueña o con alguna hija de ésta ya crecida.

Pero ¿querrá decir esto que sólo en presencia de ellas —Kohoutek señaló el edificio lleno de deportistas dormidas— dejo de ser un acardiaco amorfo para transformarme en una criatura a derechas? ¿Es que sólo entonces mi inexpresivo rostro es capaz de ganar expresividad y mis pulmones consiguen llenarse de aire? ¿Acaso sólo entonces la sangre empieza a circular en mi interior, mi balbuciente habla empieza a ser fluida y mi existencia adquiere forma? No lo sé, maestro, no lo sé. Ni siquiera sé si de verdad soy Pawel Kohoutek, el veterinario; sólo estoy seguro de una cosa: que estoy poseído por los insaciables demonios del tacto.

De nuevo echaron a andar. Oyermah seguía callado, dejando hablar a Kohoutek.

—Creo que toda mi vida —Kohoutek parecía desembriagarse poco a poco, o tal vez caer en una ebria desesperación aún más profunda—, creo que toda mi vida he hecho lo posible por encontrarme lo más cerca posible de ellas. Siempre corrí valiente e incansable tras el rastro de sus perfumes. Me cegaban sus peinados logrados o malogrados. Extendía las manos para tocar, sumergía las manos en el río de apaciguamiento que fluye a lo largo de sus pieles. Una vez observé a una mujer que caminaba por la calle Szewska. Llevaba una falda color salmón y una blusa blanca, caminaba con paso rápido y decidido. El movimiento de sus piernas, sus pechos, su cabello, hizo que empezara a atragantarme, tenía el nudo del mundo en la garganta. Me atragantaba, y, por tanto, existía, comenzaba a existir. Era como si me atragantase al tomar las primeras bocanadas de aire. Ella caminaba hacia la Plaza Mayor. Di media vuelta, me lancé tras su rastro —el rastro de su perfume—, clavé mis ojos en sus pantorrillas, en su moño recogido con una desenvoltura impensable en los mortales. Alzó su mano, sus dedos olorosos a perfume Evasión acomodaron el pasador sobre el cabello. Tal vez ella, tal vez la mujer de la falda salmón, tal vez su mano olorosa a Evasión, conociesen los motivos, supiesen por qué yo me atragantaba con ella, con el mundo, por qué me embriagaba tanto el aire amarillo de aquella ciudad. Tal vez ella supiese cuál era la respuesta correcta. Yo, no.

Kohoutek se calló para añadir, después de un instante, con repentina desesperación en la voz:

—Está bien, lo admito: soy un vulgar libertino, soy un adúltero de lo más corriente, un Casanova de tres al cuarto, un Don Juan de echarse a llorar. Está bien, que así sea: sólo eso me interesa, sólo pienso en una cosa, de acuerdo. Aunque una verdad así es quizás demasiado simple y trivial, porque no es cierto que yo esté siempre concentrado en mis genitales o que reduzca a mis amantes de turno a sus zonas erógenas. Al contrario, precisamente cuando el infinito se abre ante mí, entonces Dios está cerca, y es que en el evangelio de San Mateo, Jesús dice: «Cuando dos se unen, estoy entre ellos»...

Al llegar a este punto, Oyermah carraspeó y, sin duda, era un carraspeo que expresaba protesta, pero Kohoutek pareció no oírlo.

—Sí, entonces —siguió hablando— el infinito está al alcance de los sentidos, eso es lo que pienso. Aunque está bien, me rindo a la opinión trivial. Soy un libertino. Soy un simple erotómano. Pero dígame, ¿por qué lo soy? ¿Qué es lo que me impulsa? ¿Qué demonio me guía? ¿Por qué tengo la insoportable costumbre sentimental de hablarles a mis amantes de turno de la región de Cieszyn? ¿Por qué prometo una vida en común a cada mujer que acabo de conocer? ¿Por qué, aunque sepa que estoy mintiendo, siento que estoy diciendo la verdad, imaginándome esa supuesta verdad tan intensamente que al final creo que en realidad es la verdad? —Oyermah continuaba callado y Kohoutek seguía hablando.

—He intentado, por supuesto, he intentado comprender las causas, establecer algunas reglas de juego entre mis inclinaciones y mí mismo. Pero me he dado por

vencido porque conmigo pasa lo de siempre: que cualquier teoría se ajusta a mi caso.

Tal vez persiga valiente e incansable el rastro de cada mujer porque en ellas busco una madre. Tal vez sea un criptohomosexual. Tal vez mis conquistas deban compensarme por mis frustraciones. Tal vez deban, por ejemplo, compensarme por el hecho de ser más veterinario teórico que veterinario de carne y hueso. Tal vez todo esto sea porque no conduzco un coche, no sé llevar una lancha, no uso ordenador y el único mecanismo más o menos complejo del que entiendo es la mujer. Tal vez sea —espero no deformar la palabra—, un neurótico con neurótica necesidad de cariño. Tal vez en lo más hondo de mis entrañas o de mi alma, odie a las mujeres y por eso las devore con tanta avidez. Ella —Kohoutek señaló con la mano hacia su casa—, mi actual amante, cuyo rostro ha visto usted tras el cristal, afirma que la verdadera causa es que yo no escribo, que no soy escritor. Mi actual amante piensa que todas las mujeres con las que he estado han ocupado el lugar de mis novelas nunca escritas. Pero si es un disparate —Kohoutek movió la cabeza con desaprobación—, es un disparate. Si a mí hasta leer un libro me aburre. No hablemos ya de escribirlos. Maestro, a mí leer me aburre y me cansa porque yo muevo los ojos muy despacio.

XI

Giraron a la izquierda y entraron en el valle del Partecznik. No había farolas, ni luz alguna. A lo largo del camino corría el riachuelo y, entre la densa oscuridad, se oía el balbuceo de sus aguas, crecidas violentamente tras las recientes lluvias. Faltaba ya poco para la vieja casa de madera en la que vivía Oyermah, y Kohoutek, como volviendo en sí, comenzó a narrar, por fin, lo que hubiese querido narrar antes que nada.

Comenzó a contarle todo acerca de su actual amante, habló sobre su primer encuentro en el autobús de la línea especial A, cómo se bajó detrás de ella en la parada y la acompañó hasta el portal del bloque en que vivía; cómo se quedaron delante del portal durante una hora, o tal vez dos, hasta que se aproximó un taxi, como enviado adrede para recogerlos por el ángel, o más bien, como pronto se revelaría, por el demonio de la mutua atracción. Kohoutek estaba completamente convencido de que aquél era un vehículo infernal, un engendro del diablo, enviado por el mismo Satanás. Infernales eran su color y su marca: un Volga amarillo de la generación que transportara a los dignatarios del partido allá por los setenta. Hacía tiempo que ya no había coches como aquél. Sin embargo, ni ella, ni él, repararon entonces en que en la situación había algo inquietante. Subieron al Volga amarillo, regresaron a la ciudad y fueron a cenar al «Poller», y después, de vuelta, tomaron nuevamente el autobús de la línea especial A, que para colmo era el mismo vehículo, con el mismo conductor, en el que habían subido la primera vez, lo cual, en opinión de Kohoutek, podía ser considerado una prueba más del complot de las fuerzas malignas.

Kohoutek, en la escalera que llevaba a casa del doctor, relataba de pie las siguientes citas, hablaba de las peleas inesperadamente tempranas, se quejaba de que entre su actual amante y él se alzaba una gigantesca montaña de libros, que ella había leído en su totalidad, mientras que él sólo dos o tres, y, por cierto, por orden de ella. Decía que cada vez que la tocaba, se embebía totalmente en sus manos, pero matizaba inmediatamente que aquello no era una ordinaria fascinación sensual. Describía desconcertantes agitaciones amorosas en las que pudiera creerse que ella se desvanecía por completo entre sus brazos, para después, cuando todo parecía ir por un buen e incluso óptimo camino, despertar, recuperar la conciencia y comenzar a ofrecer una resistencia tan ensañada que Kohoutek, desorientado, acababa por perder todas sus fuerzas, pasiones y habilidades.

—A medida que avanzamos en esta salvaje lucha, me domina la furia —decía Kohoutek—, y empiezo a comportarme como un torpe quinceañero, o peor incluso.

Finalmente, cada vez que Kohoutek estaba a punto de arrojar la toalla y cuando, sin fe ni esperanza, acometía un último intento, ella otra vez, inesperadamente, perdía la conciencia, se hundía en sus brazos y se entregaba al inabarcable gozo que la ceñía. Kohoutek recuperaba las fuerzas, las pasiones y sus habilidades, de nuevo todo iba

por un buen e incluso óptimo camino, después de lo cual ella, una vez más, despertaba ofreciendo resistencia como una tigresa. Y así una y otra vez durante diecisiete semanas —se quejaba Kohoutek. Sin embargo, añadía de inmediato que estaba a gusto con ella, que quería estar con ella, que estaba tan a gusto que pensaba que la quería, aunque eso último era imposible porque él, Kohoutek, en realidad sólo quería a su mujer y dudaba que uno pudiese querer a dos mujeres al mismo tiempo, eso eran invenciones típicas de los libros.

—Resulta que ella no tiene nada que ver con la música —decía Kohoutek—, ni siquiera la he oído tararear alguna cosa, pero eso no tiene importancia, ella conduce la Gran Comitiva de Instrumentistas, o, al menos, avanza al frente de todas las percusionistas, de todas las doncellas que golpean el pandero. Como dice el salmista: «Los cantores iban delante, los tañedores detrás; en medio, las doncellas con adufes».

—O, más bien, Kohoutek, como dice el Eclesiastés: «Te hiciste de cantores y cantoras, y de otros deleites de los hijos de los hombres...».

Sin embargo, Kohoutek parecía no percibir la ironía que vibraba en la voz de Oyermah. Seguía hablando de las decenas de pretextos que se inventaba para poder ir a verla, admitía que, como siempre, prometía de todo, hasta vivir juntos, le decía cosas increíbles en las que creía al decirlas.

—Pero nunca pensé que ella fuese capaz de dar un paso tan desesperado —decía Kohoutek—; cuando la vi andando por el jardín con la mochila y la maleta pensé que estaba viendo un espectro —y contó a continuación dónde la había escondido, cómo le llevó tres mantas de lana, cómo le llevaba comida y bebida, narró la conversación con su madre que tanto complicó sus expediciones secretas al desván del viejo matadero, y lo contaba todo al detalle, hasta los sucesos de hacía apenas una hora, cuando le ayudó a esconderse entre las ramas del viejo manzano.

—¿Qué hacer, maestro, qué hacer? —preguntaba impotente—. ¿Por qué habrá venido? Si es que ninguna mujer cuerda —repetía con sombría obstinación—, ninguna mujer en sus cabales lo habría hecho, y ella sí, ¿será que tal vez no esté en sus cabales?

Los hombros de Oyermah comenzaron poco a poco a sacudirse en un acceso de risilla que, al rato, se transformaría en unas carcajadas irrefrenablemente sonoras.

—¿Qué hacer? Soy demasiado débil para echarla y, además, aunque lo intentase, ¡ella es demasiado fuerte para dejarse expulsar! ¿Cuánto tiempo se quedará? Hotel, alquiler de una habitación, lo he considerado todo y ¡todo imposible!

La risa de Oyermah se escuchaba ya por todas partes.

—¡Oh, licencioso Kohoutek! —decía Oyermah entre risas. Se encontraba en el punto más alto de la escalera apoyado en la baranda de la galería de madera que rodeaba la casa. La lámpara que acababa de encender, iluminaba bien su figura. Daba la impresión de que el actor Oyermah estuviese sobre un escenario dirigiendo su parlamento a un público oculto en la penumbra.

—Oh, licencioso Kohoutek, ¿y qué es lo que te ha ocurrido? ¡Miradlo todos! —

rugió Oyermah con tronante voz. Alzó el brazo y dirigió la lámpara de pantalla de hojalata, que colgaba de una larga cuerda, hacia el estupefacto y pálido Kohoutek.

—Levantad las cabezas, espabilad —ni siquiera en una situación así, podía Oyermah renunciar a soltar la última perorata de la noche. Esta vez se trataba de su Gran Advertencia a los Licenciosos.

—Levantad las cabezas, espabilad, despertad —llamaba Oyermah y, en efecto, en las ventanas de dos casas del vecindario se encendieron luces—, despertad e imaginaos que las pesadillas que os suelen acosar se hacen realidad. ¡Figuraos que vuestra actual amante llama a vuestra puerta, se presenta a vuestra mujer, saluda a vuestros hijos! ¡Imaginaos que vuestras fugaces aventurillas, pasajeras fascinaciones y ligues de verano, se instalan en casa! ¡Alzad las aprensivas cabezas, vosotros, los expertos coleccionistas de mujeres, y también vosotros, los principiantes! También los que nunca llegaréis a ser coleccionistas de mujeres aun habiendo nacido para ello, alzad las cabezas. Os hablo con gran voz —Oyermah se dirigió a las luces encendidas, cada vez más numerosas, y a las sombras proyectadas desde su resplandor—, ¡os hablo con gran voz porque oigo un susurro que me ordena hablar con gran voz! Alzad las cabezas, inmundos oficinistas que seducís a vuestras compañeras de oficina, lujuriosos superiores que hacéis de vuestras subordinadas las víctimas de vuestras ansias, redactores que acecháis la honra de las correctoras, directores que sometéis a las secretarias. Alzad las cabezas también vosotros, soeces doctores, eternos domadores del personal médico de categorías inferiores —tronaba Oyermah—. Alzad las cabezas y escuchad. ¿Oís este traqueteo? —Oyermah comenzó a golpear furiosamente con el puño la puerta de su propio caserón—. ¿Oís este traqueteo? Son vuestras amantes, es vuestra actual amante a quien habéis prometido la luna y que decidió finalmente dejar las cosas en su sitio. ¡Han venido a vuestras casas y llaman a vuestras puertas! Cuando oigáis ese fragor apocalíptico, cuando os quedéis paralizados en una quietud mortuoria y comprendáis al rato con alivio que ese aluvión lanzado contra el lugar exacto, se apaga y esfuma junto con los restos de vuestras pesadillas, tal vez entonces observéis con la atención debida a aquel de vosotros a quien esto sí que le ha sucedido —Oyermah volvió a dirigir el haz de luz hacia Kohoutek—. ¡Observadlo bien! Él escuchó el chaparrón y vio a su actual amante caminando por el jardín.

Oyermah calló durante un momento, como si esperara la salva de aplausos que debía seguir a continuación. Después se dirigió a Kohoutek con una voz de lo más normal.

—Perdona, Kohoutek. Conoces mis resabios de predicador. Sabes que es algo más poderoso que yo —el doctor bajó y puso la mano sobre el hombro de Kohoutek—. Perdona —repitió—. Me has hecho un montón de preguntas —seguía hablando con calma y cordura—, y en principio, podría intentar responderlas de inmediato, pero hoy no lo haré. En primer lugar, los dos estamos fatigados. En segundo lugar, ya es tarde. En tercer lugar, estoy seguro de que tu desafortunada odalisca todavía está

sentada en el árbol esperándote, esperando a que llegues y la ayudes a bajar de nuevo a tierra.

Kohoutek se estremeció porque cayó en la cuenta de que el doctor estaba en lo cierto. Su actual amante, rodeada de la oscuridad más absoluta, no se habría atrevido a saltar de las ramas del viejo manzano; si ella incluso para bajar una escalera, tenía que hacerlo poniendo todo su cuidado. Con encantadora torpeza —Kohoutek recordó las incontables ascensiones de escaleras en el bloque de su actual amante, el ascensor eternamente inmóvil—, bajaba agarrándose siempre con todas sus fuerzas al pasamanos. De pronto, sintió el impulso de dar media vuelta y salir corriendo, pero notó que la mano de Oyermah, apoyada en su hombro, lo seguía reteniendo.

—No obstante, debo aclarar sin más dilación una cosa, porque, como sabes, aprecio la precisión. Aunque te aburra y te canse leer libros, si a pesar de ello, Kohoutek, te pones a hacerlo, préstales atención, y más tratándose de uno titulado *Las Sagradas Escrituras*. A saber: en el Evangelio de San Mateo, Jesús no dice «cuando dos se unen, estoy entre ellos», sino «donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos», lo cual es un tanto diferente. A no ser que —dijo despacio y mirando reflexivo a los ojos de Kohoutek—, a no ser que tú, Kohoutek, intimes con tus mujeres en nombre del Señor.

—En cualquier caso no lo hago contra Él —respondió Kohoutek de repente enfadado.

—Violas sus mandamientos —Oyermah pronunció esa frase con un susurro.

—Pero creo en Él —exclamó Kohoutek con desesperación—. Violo sus mandamientos, puede ser. Despierto su ira, pero es mejor así, porque en su ira Él existe más y yo creo con más ímpetu. Las Escrituras dicen también: «Los que están en la carne, no pueden agradar a Dios». Y yo, Kohoutek estoy en mi carne y a mi carne le agradan las mujeres, por lo cual yo no agrado a Dios. Pero eso no significa que Dios no me agrade a mí. Lo prefiero iracundo o, incluso, gruñón, a benévolo. Me parece que creo de verdad, y la fe verdadera no es cosa fácil. Sólo los necios y los simples creen que la verdadera fe es más sencilla que ninguna otra cosa.

—Kohoutek —dijo Oyermah paternalmente comprensivo—, el nacimiento del Señor lo presenciaron tanto sabios como pastorcillos. Al señor le agrada la fe tanto de los sabios como de los pastorcillos.

—Yo no soy ni sabio ni pastorcillo —contestó contumaz Kohoutek.

—Eso habla muy bien —Oyermah casi se divertía—, eso habla muy bien de tu modestia: que a diferencia de la gran mayoría de los ciudadanos del mundo, no te consideres sabio. Aunque de lo que dices se deduce que en ti duermen ciertos gérmenes de pensamiento especulativo, y si no perdieses tanto tiempo en correr detrás de las faldas y te concentrases en las cosas realmente importantes, ¿quién sabe?, tal vez entonces no serías, Kohoutek, un vulgar pícaro. Pero, de todos modos, te aseguro que todos somos, en mayor medida de lo que creemos, pastorcillos.

—Kohoutek —dijo Oyermah después de un instante, con un tono que anunciaba

el final definitivo de la conversación—, pásate por mi casa estos días. Ven, discutiremos, hablaremos, pensaremos qué hacer. Y ahora, pastorcillo —le dio una palmada en el hombro en gesto de despedida—, y ahora, pastorcillo, corre con tu pastorcilla y bájala del árbol, que se te quedará hecha un pajarito.

XII

Aunque sus pies casi rozaban las puntas de la hierba, sentía miedo; temía aquel paso definitivo hacia la insondable hondura. Kohoutek la tomó en brazos. Ella se le colgó del cuello con todas sus fuerzas, se pegó a él espasmódicamente, como si realmente le estuviera salvando la vida. Él, de hecho, también se imaginaba que la rescataba al borde de un abismo, se la arrancaba a las profundidades, o la sacaba de una casa en llamas. Y tal y como era típico en él, al principio tan sólo se lo imaginó, para después, a medida que se acercaban al viejo matadero, ir creyendo con mayor intensidad en sus propias fantasmagorías. Al cabo de unos pasos, estuvo ya absolutamente convencido de que, si se hubiese retrasado un minuto más, habría sido demasiado tarde.

—Menos mal, oh, menos mal que he llegado a tiempo —susurraba para sus adentros.

Su actual amante estaba helada como un cuerpo astral. Notaba la humedad del vestido verde que nunca antes le había visto, el frescor de su mejilla. Le parecía que sus frágiles hombros estaban completamente congelados. Y de repente, Kohoutek comprendió por primera vez que ella estaba allí y que existía realmente. Comprendió su existencia al percatarse de su mortalidad.

—Un día morirá —pensó—, lo cual es imposible, y sin embargo, seguro. Dentro de cincuenta u ochenta años morirá y habrá que enterrarla. Kohoutek se quedó paralizado porque las decenas de años que aún viviría su actual amante, le parecieron un tiempo espantosamente corto, casi como un año, que, como se sabe, pasa en un abrir y cerrar de ojos entre los cumpleaños de Orna. Y, aterrado, Kohoutek decidió hacer lo posible por alargar la vida de su actual amante.

—Tienes que tomar un baño caliente —le susurró al oído. Al darse media vuelta con demasiado ímpetu se tambaleó, pero mantuvo el equilibrio y se dirigió a la casa. Con cuidado, junto a la ventana del enorme cuarto de baño del sótano, la dejó en el suelo.

—Espera un rato —dijo y miró el reloj. Eran las tres de la madrugada. En casa todo el mundo debía ya de estar dormido, todos a excepción de su madre, que estaría todavía fregando los platos. Entraré en la cocina y le diré que quizás no me haya abrigado lo suficiente para acompañar a Oyermah, porque me he quedado helado hasta los huesos, que siento escalofríos y que me pica la garganta, y que voy a tomar un baño caliente y una aspirina antes de acostarme. Se lo diré y sentirá, sin duda, la satisfacción de un profeta cuando se cumplen sus profecías. —En efecto, la madre de Kohoutek le predecía constantemente a éste las más diversas enfermedades, así que cualquier afección era el cumplimento de sus predicciones—. Ella, sin embargo —razonaba Kohoutek—, disimulando la satisfacción que sólo un verdadero vidente experimenta, dirá escuetamente: «Quien no obedece al timón, obedecerá al escollo. Y es que te he dicho tantas veces que no vayas despechugado». Callará entonces. No

me dirigirá una palabra más ni me prestará atención. De castigo, me dejará a solas con mi enfermedad y no llamará a la puerta del baño antes de una hora.

El pensamiento de Kohoutek tomó forma. Entró en la cocina, donde la madre estaba fregando, y dijo:

—Quizás no me haya abrigado lo suficiente para acompañar a Oyermah, porque me he quedado helado hasta los huesos, siento escalofríos y me pica la garganta; tomaré un baño caliente y una aspirina antes de acostarme.

Durante un instante, la madre permaneció en silencio —mientras iba llenándose con la transparente sustancia de la satisfacción—, después gruñó:

—¡Estoy fregando!

Se quedó callada y no volvió a prestarle atención. Lo abandonó a su suerte en castigo por su ligereza. Y él, un poco confundido a causa de que el diálogo no hubiera transcurrido exactamente como lo había previsto, se dirigió en primer lugar a su cuarto. Abrió el armario y sacó unos gruesos calzoncillos largos, una camiseta de fustán, un pantalón de pana azul marino, una camisa de franela de cuadros blanquinegros, unos calcetines gruesos y un jersey de lana de oveja, enorme como el abrigo de borrego de Oyermah. Precavidamente, cogió también su propio pijama y su albornoz, y cargado con todo se dirigió al baño. Cerró la puerta, empezó a llenar la bañera de agua caliente, abrió la ventana y ayudó a entrar a su actual amante. Le sonrió. Cogió del estante una blanca toalla de baño y estaba ya a punto de abrir la boca para repetir en tono firme y a la vez protector «tienes que tomar un baño caliente», cuando sonó una enérgica llamada a la puerta.

—¿Sí? —se quedó petrificado Kohoutek.

—Soy yo —sonó la voz de la madre—, abre, quiero decirte algo.

—Estoy en la bañera.

—Abre, quiero decirte algo —repitió la madre con voz que no toleraba resistencia.

Kohoutek se desvistió rápidamente, se metió en la bañera, se salpicó de agua la cara y los hombros, salió corriendo, se lió una toalla en la cadera y, señalando a su actual amante el lugar más seguro para tales circunstancias, entreabrió la puerta.

—Te quería decir que en casa... —la madre se interrumpió al ver que a Kohoutek le pasaba algo raro. No podía mantener los pies quietos, temblaba, ejecutaba movimientos violentos, como si estuviese luchando contra un enemigo invisible. Y en efecto Kohoutek estaba luchando: su actual amante, situada detrás de él y tapada por la puerta, tiraba con todas sus fuerzas de la toalla que lo cubría.

—Si estás todo tembloroso —dijo la madre—. Tendrás fiebre, y podremos darnos por contentos si la cosa no pasa de una pulmonía. Quien no obedece al timón, obedecerá al escollo. Y es que te he dicho ya tantas veces que no vayas por ahí despechugado. En casa no hay aspirina, sólo polopirina. Está en la mesa en la cocina. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Kohoutek y cerró la puerta.

Su actual amante se encontraba en un rincón, apretaba contra su boca la toalla en la que hacía poco estaba envuelto. Reía, reía cada vez con más violencia, cada vez más espasmódicamente, y su risa parecía un lejano eco de la risa de Oyermah. Reía amordazándose con la blanca toalla de baño. Finalmente, haciendo eses de la risa, dio unos pasos y se sentó sobre la taza del water. Al cabo de un instante levantó la cabeza. En sus rasgos ligeramente asimétricos no quedaba ya ni rastro de la diversión. Durante unos instantes observó a Kohoutek desnudo y después dijo con voz incolora y muy baja:

—Impúdico.

Kohoutek se inclinó para recoger del suelo su ropa, pero ella le señaló la bañera casi llena.

—Ya que te has metido dentro, adelante, báñate primero, yo me esperaré.

Kohoutek, a quien comenzaron de pronto a atravesarle verdaderos escalofríos y tembleques, se sumergió en el agua caliente sin pensárselo dos veces. Mientras se bañaba, ella, con los brazos cruzados, estuvo sentada inmóvil. Después se levantó, echó un vistazo al armario de los cosméticos, comprobó si funcionaba el secador de pelo, lo puso en marcha, lo apuntó hacia Kohoutek y dijo: pif-paf. Se acercó a la bañera, se sentó en el borde, con el dedo índice tocó sus hombros enjabonados, rozó su pelo mojado.

—Mi pobre esparraguillo —susurró. Kohoutek sintió un nudo en la garganta, sintió que no era capaz de pronunciar palabra, que rompería en llanto como un Gran Romántico. Hundió el rostro en el agua para que no se viesen sus lágrimas y se enjuagó la espuma del pelo y los hombros.

—No te mojes el vestido —susurró él e hizo un gesto que podía significar que quería apartarla con delicadeza. Entonces ella alargó la mano, como si fuese a acariciarlo nuevamente con ternura. Pero no, esta vez no, esta vez lo agarró dolorosamente del pelo, se inclinó y le siseó al oído:

—Cerdo, hasta ahora no has dicho ni una palabra sobre mi vestido, ¿es que no te has dado cuenta de que tengo un vestido nuevo, cerdo?

—Sí que me he dado cuenta —respondió con una mueca de dolor, pues ella seguía tirándole del pelo con ganas—. Me he dado cuenta. Te sienta muy bien.

—Ya —gruñó con desdén—. No te creo ni una palabra. Sal ya —lo soltó y comenzó, sin prestarle aparentemente ninguna atención, a examinar las cosas que él había dejado sobre la lavadora. Uno por uno tocaba, olfateaba, levantaba a contraluz y de nuevo depositaba sobre la lavadora los calzoncillos, la camiseta, la camisa, el pantalón, los calcetines y el jersey. Mientras tanto, Kohoutek se secó, se puso el pijama y el albornoz y vació el agua de la bañera.

—Bien —dijo la actual amante de Kohoutek, e inclinándose sobre la bañera con la misma rabiosa escrupulosidad con la que hacía un instante había examinado las ropas que había traído Kohoutek, comenzó a limpiarla. Kohoutek, sentado en la taza del water, observaba sus movimientos sobrehumanamente rápidos y hábiles y se dio

cuenta de que su actual amante le recordaba un poco a su padre, el viejo Kohoutek. En todo lo que hacía, ponía un entusiasmo sobrehumano en el que no cejaba hasta terminar. Sí, pensó Kohoutek, no descansará hasta que esta historia acabe como desea. Ella le dio la espalda y se quitó el vestido. Se quedó inmóvil durante un instante y después dijo:

—No mires.

Kohoutek volvió la cara hacia la pared y siguió sentado sin moverse. Desde detrás le llegaba el chapoteo del agua. Durante un momento se imaginó que iba a bordo de un enorme velero. La tripulación y los pasajeros estaban profundamente dormidos y él, Kohoutek, solo, acodado en la borda, miraba al corazón de las tinieblas.

XIII

—Habrás que ir pensando seriamente en alquilar habitaciones —dijo Kohoutek durante la cena con voz quebradiza a causa del miedo—. Se acerca el invierno y llegará toda una masa de esquiadores. Más de uno buscará alojamiento, y en casa no faltan piezas vacías.

—Eso es —el señor Director, abuelo de Kohoutek, lo apoyó inesperadamente—, vendrá gente joven, y a la juventud hay que ayudarla porque ella es nuestro futuro.

—Si se alquilase una habitación a alguien agradable —Orna, la abuela de Kohoutek, con pequeños sorbos bebía su té de una taza—, habría al menos con quien cambiar unas palabras.

—Podéis matarme —la madre de Kohoutek estaba pálida como un lavabo—. Eso, matadme y enterradme, porque si no, seré yo quien os mate. ¿Es que acaso no sabéis lo que significa meter en casa a un extraño?

—¿Y qué es lo que significa? —preguntó Kohoutek, sorprendido de su propio valor.

—¿Que qué significa? Significa el fin. Ponte derecha, mujer, ponte derecha, que si ven cómo te jorobas, se acabó todo. Meter a un extraño en casa supondría la perdición para todos nosotros.

—Encenderá la luz —la madre de doña Wanda, hostil a la idea, desgranaba palabra a palabra toda una letanía de crímenes—, preparará comida, se aseará en el cuarto de baño, usará el water...

—Mejor será —Orna desgajó un trozo de bollo seco y lo sumergió en el té—, mejor será que encienda la luz y use el water a que haga a oscuras sus cosas en un rinconcillo.

—¡Claro, mejor! —la madre de Kohoutek hablaba tan bajo que parecía que iba a desfallecer de furia en cualquier momento—. ¡Claro, mejor! Claro. ¿Y es que tengo yo necesidad de que me pringuen el cuarto de baño o el water? Todo el santo día limpia y friega, mujer, detrás de un marrano ajeno. Y por la noche no pegar ojo porque no se sabe si le dará por venir y pasarnos a todos por el cuchillo.

—Hay que admitir —el padre de Kohoutek trataba de darle a su voz un tono de extraordinario sentido común—, hay que admitir que nunca puedes saber a quién acoges bajo tu techo. Ahora que yo, si viese en esta casa a algún haragán rascándose la tripa hasta el mediodía, lo mataría en el acto.

—Adelante. Si queréis ver cómo mi Pichón se pasa el resto de su vida —la madre de Kohoutek lo apostaba todo a una carta—, si queréis ver cómo mi Pichón se pasa el resto de su vida en la cárcel, adelante, alquilad las habitaciones.

—Así es —dijo el padre de Kohoutek con firmeza—. Yo acabaría en un calabozo, pero al haragán ése lo mataba en el acto.

—No tenéis corazón —la madre empezó a llorar—. Si lo que queréis es echarme de casa, adelante, alquilad mi habitación, yo me largaré enseguida. Ahora mismito

sacaré mis cosas. Eso sí, lo único que os pido: que por favor me dejéis acabar la última cena. No presumas, mi Pichón —se dirigió al padre—, no presumas de que lo matarías, porque seguro que él te mataría a ti antes. Pero es que para ellos, alquilar una habitación a un asesino es pan comido.

—Qué se le va a hacer —dijo el padre—, o él, o yo.

—¿Y por qué no...? —la mujer de Kohoutek mantenía una calma estudiada y, consecuentemente, se esforzaba en no mirar a su desesperado marido—, ¿y por qué no alquilar la habitación a alguna dama elegante y pulcra?

—Y ¿por qué no...? —la imitaba la madre de Kohoutek—. ¿Por qué no colgar de entrada en la puerta un farol rojo? Adelante, en una habitación: «La Bestia de Rostov» y en otra: «La ramera de Babilonia».

—A la Bestia de Rostov lo cogió la policía —Kohoutek estaba realmente desesperado. Se arrepentía de todo corazón y se tiraba de los pelos por haber iniciado una conversación que, a todas luces, se encaminaba hacia un final fatídico.

—¿Y qué? —el asombro de la madre era casi auténtico.

—Pues que —el señor Director, el abuelo, libró a Kohoutek de tener que responder—, pues que es poco probable que un tío enjaulado en el talego en Rusia venga aquí a esquiar y a alquilar una habitación donde los Kohoutek.

—No se ofenda, padre, pero usted es como un crío. ¿Cómo sabe que el que llama a la puerta y pide un alojamiento no es un asesino en serie? ¿Qué se cree, que se presentará: Buenos días, señor Director, soy un degenerado, alójeme, por favor? ¿O tal vez cree usted que le mostrará un carné de identidad donde en el campo de la profesión ponga «asesino de mujeres»? No, esta clase de gente llega de noche y le corta a uno el cuello —la conmiseración de las palabras de la madre no tenía límite.

—¿Por qué me iba a cortar el cuello? —se defendió el señor Director—: yo no soy mujer.

—Si yo ya sé —dijo la madre despacio y casi con calma—, yo ya sé lo que os pasa a todos: que estáis deseando que me muera.

—Por favor, cálmese —la esposa del Pastor, que hasta ese momento había estado inmóvil, en silencio, con la cabeza gacha y la mirada clavada en el plato vacío, se irguió en aquel instante, y en sus bellos ojos centellearon unas llamas— cálmese, nadie aquí le desea la muerte ni nada malo.

—Si yo ya sé, yo ya sé —lloriqueó la madre— que ni usted ni el reverendo me desean nada malo, pero ¿cómo se puede meter a un extraño en casa sin reflexionar antes?

—Has hecho llorar a tu madre —rugió de repente el padre de Kohoutek—, tu madre está llorando por tu culpa. ¿Habrá que matarte de verdad para que no vuelvas a hacerlo? Hazlo otra vez —añadió más bajo—, y pediré tu cabeza.

—No le alces la mano, mi Pichón —la madre inesperadamente se puso de parte de Kohoutek—, ya sabes que pasó mal la escarlatina.

—No se trata de meter de buenas a primeras a un extraño en casa, sino, en todo

caso, de dejar entrar, tras necesaria reflexión, a alguien próximo —la esposa del Pastor aguardó tranquilamente la conclusión de aquel nuevo episodio en el espectáculo del odio.

—¿En quién está usted pensando? —preguntó la madre enjugándose las lágrimas.

—Pienso que se podría, con toda tranquilidad, ofrecer alojamiento, por ejemplo, a algún Pastor retirado.

—¿Otro Pastor retirado? —la madre de Kohoutek, que constantemente se esforzaba por no mostrar asombro por nada (quien muestra asombro ante cualquier cosa, prueba su propia debilidad, revela sin pudor al mundo que no lo sabe todo) esta vez sí que parecía sorprendida.

—Eso es, a otro Pastor retirado —confirmó la esposa del Pastor.

Hubo un minuto de silencio, el minuto de silencio, pensó Kohoutek, que honraba la memoria de la idea, enterrada antes de nacer, de que su actual amante se instalase en casa —después de lo cual la madre estalló en entusiasmo extático:

—No a uno, sino a dos, a tres, a cuatro. Aquí podría alojar a muchos pastores retirados. Dios, qué bonito sería: una casa llena de pastores retirados. Llegaría un verdadero tiempo de alegría —y la madre, casi explotando en una felicidad frenética, de pronto se levantó y cantó:

*Tiempo de alegría
Tiempo de bulería
Que ha nacido el Niño Dios
Que ha nacido el Salvador
Y de la miseria y el pecado
Este niño nos ha salvado.*

Acabó de cantar, se sentó y dijo un tanto avergonzada:

—Demasiado pronto para villancicos, pero es que la noticia me ha complacido tanto, tanto me ha complacido...

—Disculpe, ¿y exactamente a cuál de ellos se refiere usted? —preguntó el padre.

La esposa del Pastor miró a su marido, el cual estaba enfrascado en sus pensamientos y parecía completamente ausente, susurrándose inaudiblemente algo a sí mismo, puliendo las frases de algún nuevo sermón. Pero no, el Pastor abarcó a todos los presentes con una mirada viva y cálida y dijo:

—Por ejemplo, el reverendo Potraffke se jubila a partir de año nuevo y seguramente estaría encantado...

—¿Potraffke? —le interrumpió el padre—. Si Potraffke ha tenido ya su tercer infarto y en cualquier momento, con perdón del reverendo, estirará la pata.

—Eso, eso —la madre confirmó de inmediato—, los médicos no dan al reverendo Potraffke más de un mes. ¡Habría entierro! —exclamó con entusiasmo—. ¡Habría entierro!

—También se jubilará pronto el reverendo Konderla —fue propuesto otro candidato.

La madre de Kohoutek hizo un gesto de impaciencia con la mano, mientras que en la voz del padre sonó un tono persuasivo, teñido de irritación.

—Mi esposa y yo hemos visto una radiografía del reverendo Konderla, y tiene un cáncer del tamaño de un balón de fútbol.

—Maligno —añadió la madre con sonrisa encantadora—, con metástasis.

Al Pastor le temblaban ligeramente las manos, seguía, sin embargo, sonriendo con benevolencia.

—¿Y el reverendo Sniegon?

—A Sniegon, sí —asintió con alegría la madre—, al reverendo Sniegon sí que se le puede alquilar una habitación. Sólo convendría, por cortesía, esperar a que expire la señora Sniegon. Ella tiene una diabetes avanzada y no guarda para nada régimen. No tardará mucho. ¡Oh, cuánto me alegro de que por fin hayamos acordado algo! En cuanto quede viudo, alquilaremos una habitación al reverendo Sniegon.

—Yo sí que estoy —dijo el padre de Kohoutek— en una forma olímpica.

—Es verdad —asintió la madre—, el Pichón está hecho un Hércules.

—Enhorabuena, enhorabuena —el Pastor sonreía con una tristeza extraña—. Somos casi de la misma edad y mi caso, sin embargo, es fatal, pobre de mí, apenas si me puedo mover: reuma, gota, dolores de cabeza, insomnio, problemas de riñones.

—Y yo, en cambio, —dijo el padre de Kohoutek— tan fresco.

—También se podría alquilar la habitación a una profesora de instituto —Orna de pronto volvió a un tema que parecía definitivamente decidido y cerrado.

—No sé, no sé —dudaba la madre—, no sé si habrá espacio.

—Para una profesora de instituto debería siempre haber espacio —dijo el señor Director con inesperada violencia en la voz—: las de profesor, médico y sacerdote son profesiones sagradas para las cuales siempre debe haber espacio.

—¿Médico? ¿Doctor? —la euforia y la placidez de la madre de Kohoutek se esfumaron como al golpe de una varita mágica—. ¡Ni hablar! ¿Es que quiere hacer de mi casa un hospital? ¿Urgencias? ¿Sala de partos? ¡Ni hablar! Una profesora de instituto... se puede pensar en ello, si es que se libera algún cuarto —la madre se giró involuntariamente hacia doña Wanda y la madre de doña Wanda, aunque de inmediato volvió la cabeza, mirando con espanto a Kohoutek, el cual estaba encogido sobre la mesa.

—Pawel, ponte derecho. El hombre debe mantenerse derecho, el hombre debe mostrarse a imagen y semejanza del Señor.

—No le pongas modelos tan inalcanzables —dijo el padre con la voz de un satisfecho ganador del oro—, basta con que sea a mi imagen y semejanza —después cogió la mano de la madre y se la colocó sobre el corazón.

—¿Notas cómo trabaja esta bomba?

—¡Lo noto, Pichón! —contestó ella admirada.

El padre se estiró y con movimientos estilizados imitó al león, al rey de los animales, cuando se dispone al salto.

—Sí —repitió—, estoy en una forma olímpica. Un buen marchador —seguía— debe hacer cinco kilómetros en una hora. La mesa a la que estamos sentados tiene cinco metros de largo y metro y medio de ancho, o sea, su perímetro es igual a trece metros. Yo, sin embargo, marcharé por un radio bastante más largo, de manera que puedo asumir que una vuelta a la mesa equivale a quince metros. Por tanto, para hacer cinco kilómetros en torno a la mesa, hay que, en el espacio de una hora, por supuesto, dar 333,33 vueltas. Y yo —dijo el padre de Kohoutek—, puedo dar 333,33 vueltas en treinta minutos —y se levantó de inmediato, y con la increíble habilidad de un marchador profesional, comenzó a rondar la mesa balanceando el cuerpo con ímpetu y agitando los codos como loco.

Kohoutek notaba que las tinieblas, a las que se había asomado hacía un rato, ahora estaban dentro de él, llenándolo por completo. Sentía que ocupaban el lugar de sus huesos, músculos y entrañas. Sentía que en vez de la sangre, eran tinieblas lo que circulaba en su interior. Sus familiares estaban en silencio. A sus espaldas resonaban los elásticos y veloces pasos del Pichón-campeón y se podía oír su respiración cada vez más agitada.

XIV

—Yo soy la causa de todas tus desgracias, y tú eres la fuente primera de todas mis desgracias —dijo a Kohoutek su atractiva esposa—. La culpa es nuestra.

La mujer de Kohoutek llevaba un abrigo negro con ribetes rojos, su oscuro cabello le caía sobre los hombros, en la mano llevaba una rosa de tallo muy largo. Se dirigían al cementerio para depositar la flor sobre la tumba del bisabuelo, el maestro chacinero Emilian Kohoutek. Su melancólico vástago se arrastraba detrás.

—No quisiera herirte, más bien me gustaría ayudarte, pero debo confesar que ya me he cansado un poco de tus eternas traiciones, de tu eterno correr detrás de otras mujeres, de tus eternos problemas contigo mismo.

La mujer de Kohoutek hablaba con calma y cordura. Era aquella clase de serena cordura propia de mujeres particularmente bellas y conscientes de su propia belleza.

—La mayoría de los matrimonios tiene problemas —continuaba—, pero el caso es que yo en realidad no estoy segura de si nosotros somos realmente un matrimonio. Nuestro problema es más de esencia. Perdona que te lo diga, pero a veces me siento a tu lado como una solterona o como una viuda, y ojalá, querido, que vivas eternamente.

—¿Cómo es posible que todo el mundo, excepto yo, lo sepa todo sobre mí? —pensó Kohoutek—. ¿Por qué siempre que me pregunto cosas, casi nunca encuentro respuestas, mientras el resto de la humanidad, con mi familia y mis amantes al frente, conoce las respuestas a todas las preguntas formuladas y sin formular? ¿Cómo es posible?

—Y todo porque —la mujer de Kohoutek parecía contestar a una de sus preguntas— nos conocimos demasiado pronto, nos enamoramos demasiado pronto y nos casamos demasiado pronto. Y también porque no supimos separarnos a tiempo.

Subían despacio la elevada colina en la que se ubicaba el cementerio evangélico. Era una gélida mañana dominical. Cualquiera de aquellos días, en cualquier momento, podían empezar a caer la nieve y las heladas, el camino al cementerio se convertiría entonces en un sendero empinado, pedregoso, cubierto de hielo y montones de nieve, imposible de superar. Por eso mismo, desde hacía generaciones, el invierno no era temporada de alta mortandad en la región. Los viejos evangélicos se esforzaban en no morir durante el invierno. Esperaban a la explosión de la primavera, a la temporada en la que la tierra reblandecida absorbería sus claros ataúdes de roble con la suavidad de un cálido lago. A aquellos que se preparaban para el último viaje, y que no habían conseguido hacerlo en otoño, les esperaba el último invierno de su vida y, como todos los inviernos, lo pasarían intentando ser útiles. En la medida de sus fuerzas ayudaban en casa, repasaban el vocabulario alemán, puesto que nunca se sabía si entre los Viñedos del Señor no se encontrarían con el doctor Martín Lutero. En tal caso, convendría decir al menos: *Guten Tag Herr Doktor*

Luther, ich bin also ein Lutheraner aus Weichsel in Polen^[2]. Y por las noches, mirando el mundo congelado a través de las ventanas, contaban terribles historias sobre entierros invernales que, a pesar de todo el cuidado, solían acontecer de vez en cuando a algunos de los despreocupados del lugar. Se hablaba de enterradores hundidos en la nieve hasta la cintura, de ataúdes que se escapaban entre sus manos entumecidas por el frío, de desesperadas viudas que, al resbalar de repente en el borde helado del hoyo, caían dentro, empujadas, parecía ser, no por una fatal coincidencia, sino por una desesperación sin consuelo. Estos incidentes eran relatados entre carcajadas pantagruélicas, entre ataques de risa literalmente mortales. Kohoutek, que había oído más de una vez alguna de esas historias, sonrió involuntariamente.

—No hay nada gracioso en lo que digo —dijo su mujer.

—He sonreído porque acabo de acordarme de las grandes risas funerarias.

La mujer de Kohoutek lo miró benévola.

—Kohoutek, eres ya un niño grande y deberías tener sentido de lo que es o no es adecuado.

Llegaron a la portezuela de madera y entraron en el cementerio. Por el centro, entre las tumbas, subía un empinado sendero de piedras. Las tumbas se alzaban dispuestas en gradas hasta el abrupto descenso de la vieja cantera. Abajo, rodeando el cerro del cementerio, fluía el río.

—El problema es que ni siquiera eres un niño grande, sino que sigues siendo un niño pequeño y la causa de todas tus desgracias es el hecho de que, como un niño pequeño, continúas viviendo exclusivamente en el mundo de las prohibiciones. Me estoy refiriendo, naturalmente, a ese tema del suplicio carnal que tanto te martiriza y es tan fundamental para ti. Desde que tienes uso de memoria, el tabú de lo carnal ha pesado sobre ti. Cuando eras un muchacho muy joven, un niño aún, y empezabas a interesarte vivamente por esos asuntos, se te prohibieron porque, como es sabido, a los muchachos se les prohíbe esa clase de asuntos.

—¿Estás segura —le interrumpió Kohoutek— de que el cementerio es el sitio adecuado para este tipo de conversaciones?

—Oh, necio Kohoutek —dijo su mujer sin alterar la entonación benévola—, oh, necio Kohoutek, tú que a pesar de haber llegado a poseer a ochocientas mujeres en un solo fin de semana, no tienes la menor idea acerca de las mujeres ni del mundo. Si supieras cuántas mujeres han perdido su virginidad en los cementerios del mundo, tu vida espiritual no sería tan paupérrima. El cementerio es un lugar bueno y tranquilo, los que descansan aquí están en paz con el mundo y nuestros momentáneos libertinajes no perturban su descanso. Tú —seguía hablando—, que siempre has buscado lugares seguros, apartados bancos en los parques, callejones solitarios, recogidas arboledas, oscuros portales, parques suburbanos, tú, que sin descanso penetraste vacíos emparrados, huertos municipales, matorrales en la orilla de los ríos, ¿es que nunca se te ha ocurrido llevar a una de tus numerosas novias a un cementerio,

dar con ella un paseo por el jardín de los muertos con el aire de un julio bochornoso y perfumado de flores?

A Kohoutek nunca se le había ocurrido, pero antes de que le diese tiempo a decirlo, su apático vástago se animó de pronto y exclamó:

—¡Mirad, mirad! ¡Un ciervo!

En lo alto del cementerio, entre las cruces, un corzo pastaba tranquilamente entre la blanca hierba.

—Eso es un corzo, mi vida —dijo Kohoutek.

El animal alzó la cabeza, inquietado por la voz del vástago de Kohoutek, se quedó mirando en su dirección por unos instantes y después empezó a subir con paso majestuoso, desapareciendo entre los troncos de abetos.

—Ya ves, Kohoutek, hasta los animales salvajes saben que éste es un lugar seguro. Nadie les va a disparar. Los cazadores muertos no se levantarán de sus tumbas para organizar el ojeo. La hierba que crece de los restos de nuestros antepasados protestantes es frondosa y vivificadora como las ideas de la Reforma. El cementerio es un lugar bueno y tranquilo, y la muerte y el amor son parientes. Eso sí que lo sabrás, eso lo enseñaban hasta en las escuelas bajo el yugo moscovita.

—Sí, eso sí que lo sé —dijo Kohoutek con sarcasmo, y trató de recordar algunos detalles, pero saltaba a la vista que sin mucho éxito.

—Si lo sabes, me permitirás que te diga lo que te tengo que decir. Y tengo que hacerlo aquí y ahora, porque en otro momento y en otro lugar no habrá ocasión. En casa, en todas nuestras conversaciones participa tu madre, casi nunca salimos de bares o de paseo, las tardes y las noches las pasamos, por lo general, separados, y tú a menudo sales de viaje... Aunque últimamente parece que un poco menos, ¿habrás encontrado algo aquí mismo, o tal vez alguien se haya mudado a tu terreno?

—Está bien, habla —en la voz de Kohoutek se notaba cierta irritación—, y date prisa.

—Pero si lo que te tengo que decir será muy corto, apenas unas frases... —La mujer de Kohoutek volvió a mirar hacia lo alto de la colina, entre los abedules por los que vagaba su apático vástago.

—Bien, pues, la prohibición de lo que tú ya sabes te ha pesado desde siempre —empezó de nuevo—. Cuando eras un muchacho, te estaba prohibido hasta tu propio cuerpo. Por eso siempre tuviste que esconderte, relegar a la clandestinidad tus pasatiempos, mantener un trato apresurado contigo mismo, estudiar disimuladamente ese tipo de lecturas, contemplar ese tipo de imágenes, siempre con sensación de permanente peligro. Así transcurrieron tu tardía infancia y los agitados años de la pubertad. Por desgracia, muy pronto, demasiado pronto, a la edad de apenas diecisiete años, me conociste, siendo yo también una mujer de diecisiete años. Te diste cuenta en seguida de que yo no pertenecía al bando enemigo, de que no pertenecía a la sombría comunidad de aquellos que te vedaban el acceso a la fruta prohibida... Al contrario, te lo consentía todo e incluso en ocasiones, te instigaba a

todo porque eras un muchacho amable y olías bien. Podría, pues, haberse pensado que los tiempos de cadenas, miedo y conspiración permanentes habían pasado para siempre. En cambio, nada más alejado de la realidad. Seguíamos siendo unos niños —la mujer de Kohoutek lo cogió del brazo—, y tuvimos que seguir ocultándonos. Ahora la prohibición duplicada, extendida a ti y a mí, se hizo de algún modo más molesta. Antes sólo escondías tus asquerosos pensamientos, tus libros y, si acaso, alguna que otra fea fotografía. Ahora teníamos que escondernos nosotros mismos, teníamos que ocultar a todo el mundo nuestros cuerpos atraídos el uno por el otro. La conspiración teórica es, obviamente, mucho más sencilla que la real. Además, yo comencé a desertar poco a poco. Empecé a pasarme gradualmente al bando de tus eternos enemigos, empecé poco a poco a prohibirte, a moderarte. Espiaba tus pensamientos que corrían hacia otras mujeres, reprimía tus miradas dirigidas en dirección errada, aplastaba tus esperanzas de conocer a cualquier otra que no fuese yo. Pronto me convertí en tu guardián más severo, denegándote absolutamente todo fuera de mí, y en cuanto a mí misma, por cierto, como bien sabes, Kohoutek, tampoco te lo consentí todo, algunas cosas estaban limitadas por una severa proscripción, algunos de tus deseos nunca pudieron ser cumplidos puesto que te fueron, de una vez por todas, prohibidos. Y además, aunque yo fuera tu guardián más riguroso, a ambos se nos seguían aplicando frecuentes prohibiciones, nos espiaban nuestros padres, mis celosas amigas, tus amigos imbéciles, los recepcionistas de los hoteles, los propietarios de las pensiones, los bedeles, todos. Cuando nos casamos, la situación en principio no experimentó mejoría alguna. No teníamos casa propia, nos apretujábamos primero en el apartamento de dos habitaciones de mis viejos, donde más que en el amor solía pensar en la cama demasiado chirriante, y después nos trasladamos acá, donde la situación, primero que no era mucho mejor, y segundo que era ya demasiado tarde. Tú, Kohoutek, desde hacía cierto tiempo habías empezado a huir desesperadamente, a buscar un amor que no te fuese, si no totalmente, al menos en muchos aspectos prohibido. Y descubriste que el único amor permitido verdaderamente es aquél totalmente y por todos prohibido. Porque la condición de un verdadero amor prohibido es su momentánea pero total seguridad. Tú entiendes de eso y sabes que ante todo hace falta encontrar un lugar tan seguro y tan bueno como un cementerio. Lugar en el que, al menos por una hora, aunque sea por una noche, no haya prohibición que valga. Es como decidiste vivir: en una sucesión interminable de embriagamientos momentáneos. Aquí está la fuente de tu falta de contención: pecas, transgredes prohibiciones, te expones continuamente al peligro con el fin de sentir, por un momento, que estás a salvo y libre de pecado. Tu tragedia consiste en que en esos momentos tú crees realmente que estás a salvo y libre de pecado. De tus verdaderos sufrimientos carnales, del hecho de que, como dice el apóstol Pablo, «sufres ardor eterno», sacas falsas conclusiones intelectuales. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Se detuvieron junto a una tumba revestida de ramas de abeto. En el centro yacía

una corona de flores campestres que había hecho Orna hacía dos semanas. En la sencilla lápida de granito había una inscripción: «Maestro chacinero Emilian Kohoutek 1869-1956». La mujer de Kohoutek se inclinó y puso la rosa sobre la corona. Juntó las manos como para rezar y repitió:

—¿Entiendes lo que te quiero decir?

—No —respondió Kohoutek.

—Vale, ahora te lo explicó, pero ahora piensa un poco en tu bisabuelo.

Kohoutek pensaba a menudo en su bisabuelo. No lo recordaba en absoluto. Nosotros, en cambio, los viejos cronistas de aquella época, lo recordamos muy bien. Hasta sus últimos días, Emilian Kohoutek llevó una vida de agitación y de escándalo. Viajaba. En eterno conflicto con la familia, al menos una vez al mes se marchaba de casa para siempre. Cuando volvía, como queriendo recalcar el carácter provisional de su regreso, se instalaba en la última estancia, la cual estaba sin caldear. Allí sólo había una cama de hierro y una enorme tinaja con el vino que él mismo fabricaba de cualquier fruta que hallase a su alcance.

Creyó hasta el final que su viejo matadero volvería a trabajar a pleno pulmón y no consentía la venta de las máquinas chacineras que se iban deteriorando. Una y otra vez iba a Cieszyn con fantasmagóricos planes de gestiones administrativas que permitirían supuestamente la reapertura de la chacinería. Los funcionarios del ayuntamiento, por respeto a su avanzada edad y, probablemente, también por miedo a su vehemencia, se abstenían de recordarle que la chacinería, incluso antes de la guerra, había sido una empresa muy endeudada y prácticamente en bancarrota. Después de cada infructuosa expedición a los despachos, volvía borracho como una cuba.

Kohoutek se imagina inconscientemente que su bisabuelo se parecía como dos gotas de agua al doctor Oyermah. Tal vez hubiese entre ambos cierto aire espiritual; en cuanto al físico, en cambio, el viejo Kohoutek era el polo opuesto de Oyermah. Era un hombre bajo y de constitución delgada, con una raya en el pelo muy evocadora y un bigotito aún más evocador, si cabe. Durante la ocupación nazi, su increíble parecido con el dictador le facilitó la vida e incluso, en repetidas ocasiones, se la salvó seguramente. En la cuidada imitación del bigote y del peinado del *führer*, los ingenuos agresores veían una prueba de incondicional devoción, cuando era exactamente lo contrario, pues era el maestro chacinero Emilian Kohoutek quien consideraba al *führer* un vulgar imitador, despreciándolo con toda su alma principalmente por este motivo.

Murió de la misma forma en la que vivió: transgrediendo los usos y costumbres. Murió durante un invierno helado y nevoso. Aunque fuera de mísera estatura y raquílica talla, el ataúd en que fue depositado, como todo en aquellos tiempos, era macizo y pesado. Justo en el momento en que la comitiva estaba a punto de torcer desde el camino principal del cementerio hacia la fosa abierta, el ataúd se escapó de las manos de los hombres que lo transportaban, desplomándose contra el suelo

estrepitosamente. En el fondo, nadie se sorprendió, estaba previsto que algo así sucedería. A decir verdad, todos los asistentes al multitudinario entierro tenían la oculta esperanza de que, antes de ser depositado en la sepultura, el viejo Kohoutek diese una vez más la nota. Sin embargo, nadie había previsto el ímpetu con que lo haría, y es que con el ataúd cayó también el hijo del difunto, el señor Director, abuelo de Kohoutek, con tan mala fortuna que se golpeó la cabeza con la parte frontal del ataúd y éste salió lanzado cuesta abajo por las piedras cubiertas de hielo. En realidad, fue como una hermosa jugada de fútbol: tras un contoneo aéreo, el hijo, lanzado de cabeza a ras del suelo, alcanzó el ataúd en el que yacía su padre, impulsando su apoteósico vuelo. Los estupefactos sepultureros dejaron paso al arca que avanzaba entre sus pies. Después se comentaría que no es que le dejaran paso, sino que más bien salieron en estampida, despavoridos, porque el ataúd, al rebotar contra el gélido empedrado, causó un estrépito tan infernal que a todos les pareció que el viejo Kohoutek había resucitado de repente, vuelto en sí y, con la vehemencia propia de él, estaba intentando liberarse. Todos contemplaban enmudecidos cómo el vehículo fantasmal se precipitaba cada vez más veloz hacia abajo, en dirección a Helenka Morcinkowna (trompeta), la cual avanzaba despacio por el camino del cementerio.

Sí... Helenka Morcinkowna, quien a principios de siglo fuera la segunda en subirse al escenario del restaurante «Casa Venado» en Cieszyn para tocar la trompeta, se arrastraba ahora a la cola de la comitiva. Toda su vida estuvo perdida e infelizmente enamorada de Emilian. A él le traía fresco este amor, lo despreciaba y se reía de él. Solía tener a otras mujeres, cosa que, por cierto, nunca ocultó ni a su propia esposa, igual, o tal vez más infeliz que Helenka. Ella pensó en él durante toda su vida. Nunca se le hubiera ocurrido la posibilidad de tener una cita con otra persona, a pesar de que él nunca se citara con ella. Nunca se le hubiera ocurrido hablar con alguien más, a pesar de que él nunca le diese conversación. Nunca pensó que pudiera bailar con otro, a pesar de que él nunca la sacara a bailar. Nunca pensó que otra persona pudiera visitarla en su solitaria casa, a pesar de que él nunca la visitase. Esperó. Y cuanto más tiempo esperaba, con más empeño creía que llegaría finalmente el momento. Así que en aquel instante, cuando escuchó el estrépito y vio cómo el ataúd avanzaba en su dirección, no albergó duda alguna: su amado, al cruzar el umbral del otro mundo, comprendió por fin su amor y ahora venía a ella. Helenka Morcinkowna dejó caer el bastón en que se apoyaba y abrió los brazos. El veloz ataúd golpeó sus lisiadas piernas y ella se derrumbó sobre la tapa. Con todas sus fuerzas abrazó la caja de madera, la cual, bajo su peso, adquirió aún más velocidad, se deslizó por la puerta abierta del cementerio y comenzó a bajar por el angosto sendero hacia el río. Parecía que una mano invisible estuviese dirigiendo la trayectoria del ataúd o que la misma Helenka, a la manera de una experta competidora de tobogán, tomase con habilidad los virajes y curvas. Finalmente, en la escarpada orilla del río, la carrera llegó a su meta: el difunto Kohoutek y su enamorada, feliz al fin, se deslizaron sobre la superficie congelada y el ataúd, como si

fuese una barca de recién casados siguió el cauce del río durante un buen rato. Parecía que Emilian Kohoutek hubiese decidido realmente escapar de la tumba, llevarse a Helenka y sobre una simple balsa, hecha apenas con algunas tablas, marcharse con ella lejos, hacia cálidos mares e islas afortunadas.

Kohoutek ha oído muchas veces esta increíble historia sobre el entierro de su bisabuelo, y siempre le pareció que también la había visto. Quizás hubiera soñado alguna noche con el ataúd que bajaba desde una alta montaña, quizás había visto esta escena en alguna película, quizás esté descrita en algún libro; tendré que preguntárselo —Kohoutek se acuerda de su actual amante, mientras sostiene el brazo de su atractiva y culta mujer y lleva de la otra mano a su melancólico vástago. Los tres caminan despacio por el mismo pedregoso sendero por el que, antaño, el maestro chacinero Emilian Kohoutek diera su inmortal viaje en ataúd.

XV

—¡Hermanos y hermanas, vosotros, que os ahogáis en alcohol! —tronaba el Pastor—. ¡Tumbacuartillos y abrazafarolas! Vosotros, que ya no os ahogáis, vosotros que os habéis ahogado ya: os hablo a vosotros.

Cada vez que escribía un sermón, el Pastor solía leerlo en voz alta. O más que leerlo, lo entonaba con su viejo fervor de predicador y un anticuado estilo de declamación teatral, algo exagerado. Hacía dos años que se había jubilado y ya rara vez subía al púlpito. Sin embargo, al igual que antes, continuaba escribiendo su sermón semanal y, como si estuviese preparándose verdaderamente para una liturgia, lo pronunciaba cada sábado en su despacho. Últimamente lo venía haciendo incluso más a menudo. La inspiración sermonaria lo arrebatava en los momentos más inusuales del día o de la semana. Sucedió que en mitad de la comida, entre el primer y el segundo plato, saltaba de la mesa, se iba corriendo a su cuarto, cerraba la puerta y al cabo de tres o cuatro horas comenzaba a oírse desde allí su voz sonora.

Cada vez que empezaba el sermón, la familia interrumpía sus quehaceres y se acomodaba en la cocina para escuchar. Y es que no es fácil ignorar la palabra de Dios cuando resuena en todas las habitaciones. Aunque es inútil negarlo: cuanto más a menudo y a horas más intempestivas comenzaba el Pastor a sermonear, más molesto resultaba. También en esta ocasión, al escuchar la imperecedera invocación «Hermanos y hermanas», a Kohoutek por poco le da un síncope. Su madre y la esposa del Pastor se habían preparando para acudir a la Hora Bíblica en la casa parroquial. Se presentaba, pues, una buena oportunidad para dejarse caer por el desván del viejo matadero, cuando de pronto, toma ya: había que quedarse a escuchar cómo el Pastor fulminaba a los borrachos.

—Sólo ahora comprendéis —se oía su voz— el horrible significado de la expresión «ahogar las penas y las preocupaciones en alcohol» o, como dice el vulgo, «ahogar el gusanillo». Sólo ahora alcanzáis el verdadero significado de estas palabras, mas ¡qué banal y estereotipado os parecía antes!

La madre de Kohoutek y la esposa del Pastor se quitaron los abrigos que ya llevaban puestos, y, con silenciosa furia, se dirigieron a la cocina; tras ellas, Kohoutek, tras Kohoutek, doña Wanda y su madre, después la atractiva mujer de Kohoutek con un manual de lenguas extranjeras. Orna y el señor Director ya estaban sentados a la mesa. Finalmente, apareció el vástago de Kohoutek con unos cascos de *Walkman* en los oídos. Al verlo, la madre de Kohoutek empezó a dirigir miradas severas y censuradoras hacia sus oídos tapados. Sin embargo, el vástago no sólo no cedió, sino que además respondió con una mirada tan profundamente sombría, que la madre de Kohoutek tuvo que rendirse y apartar la vista. Escuchaban el sermón en silencio y todos, excepto Orna, estaban pálidos de furia.

—Sí, ahora que vuestras dormidas cabezas se inclinan sobre la copa colmada como la superficie de un lago —llegaba el bramido desde el interior de la casa—,

ahora que la copa es tan enorme que para abarcarla con la vista debéis alzar vuestras dormidas cabezas, sin lograr ver su cima ocultada por las nubes, ahora entendéis lo que significa «ahogarse en aguardiente», lo que significa «caer en el fondo de la copa»! ¡Os hablo a vosotros, que frecuentáis las tabernas! ¡Os hablo a vosotros, que gastáis vuestro tiempo en las tascas! Que los que os miran, hermanos y hermanas, os vean tal y como vosotros os veis, es sólo una ilusión vuestra. Que vean a un hombre o a una mujer asentados, maduros, sosteniendo entre sus dedos esos recipientes tan familiares, tomando un sorbo del vivificador néctar, es sólo una ilusión vuestra. Que los que os miran crean que sólo queréis descansar tras la agotadora labor o calmar los nervios, o concentraros ante una decisión importante, es sólo una ilusión vuestra. ¡Qué equivocados estáis, cuánto os confunden vuestros sentidos aplastados por el aguardiente! Lo que tomáis por realidad es una quimera tan borrosa que, verdaderamente, da risa. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! —el Pastor rió, o más bien fingió reír con carcajadas dignas de Frankenstein. Un escalofrío recorrió la espalda de Kohoutek—. ¡En absoluto, nada de hombre asentado y maduro! ¡Niño! ¡Enano! ¡Liliputiense! ¡Pigmeo! ¡Nada de mujer asentada y madura! ¡Niña! ¡Bebita! ¡Enana! ¡Caperucita Roja! Y el recipiente que sostienen entre sus dedos no es tan familiar. Es un recipiente desconocido, ignorado y extraño. Es grande como una montaña de cristal. Como una piscina olímpica. Como la gran esfera del mundo. Tal vez los dedos de alguien sostengan el recipiente, pero, sin duda, esos dedos no son los vuestros. Vosotros sois una migaja flotando en la hondura. Tú, desgraciado borracho, eres como un pequeño homúnculo que atraviesa nadando cada vez con más torpeza los abismos. ¡Esto no es un hombre con una copa en la mano, sino una copa con un hombre en el fondo! ¡No es una taberna! ¡No es una tasca! Es sólo una *kunstkamera* llena de tarros de cristal en los que flotan vuestras osamentas. Es sólo una galería de acuarios, qué digo, de alcoholarios: he aquí a un galán con traje de chaqueta —la voz del Pastor adquirió de repente un tono cálido—, nadando, como el pez *guppy*, en un jerez exquisito, todavía se le ve muy bien, nada con viveza de pared a pared; aquí, en las verdosas corrientes del *zubrowka*, una mujer bella como el pez dorado, saca sus últimas fuerzas; allá, un hombre con título de licenciado agoniza como un pez ventosa en vino tinto. Nadie podrá ya aprender nada de él —el Pastor hablaba con creciente cordialidad, con ternura casi—; aquí un niño aún, pez cardenal, parece que chapotea despreocupado en el champán, mientras lo que hace realmente, pobrecito, es gozar del último baño de su vida; allá un padre de familia, un anciano pez moro negro, finge ser mozo y bucea travieso en el vodka *zoladkowa gorzka*...

El silencio reinó durante un instante. Quizás, el Pastor estuviera tachando algo en el texto del sermón. Qué raro, pensó Kohoutek, ¿cómo es que la gente sabe tanto? El Pastor, por ejemplo, ¿cómo es que sabe tanto de alcoholes y de peces de acuario? Qué raro. Aunque —reflexionó al instante— no lo es tanto, ya que al fin y al cabo, siempre puede uno preguntar por los tipos de peces que se crían en acuarios a quien tenga uno. Kohoutek sintió un profundo alivio una vez esclarecido este nuevo enigma

de la vida.

¡Hermanos y hermanas! ¡Borrachuzos! ¡Dipsomaníacos! ¡Catavinos! —seguía predicando el Pastor—. Incluso podría pareceros que habéis recorrido todo el mundo, pero os equivocáis, pues el vodka aniquila el espacio. Jamás habéis ido al Norte: como mucho habréis estado en la taberna de la medianoche. Jamás habéis ido al Sur: como mucho habréis estado en la taberna del mediodía. Habréis estado en las tabernas del levante y del poniente. No habéis ido a los trópicos: tan sólo habréis estado en sus tabernas. Las tabernas del mundo son iguales en todas partes, de ahí que dierais la vuelta al mundo, sin moveros en realidad del sitio. Para vosotros no hay espacio y no hay tiempo; para quien se ahoga en una copa, el tiempo ha dejado de existir. ¡Miradlo! —exclamó de golpe, y todo el mundo creyó que el pastor habría visto realmente a alguien corpóreo, pero no, era tan sólo un expresivo giro retórico—. ¡Miradlo! ¡El borracho caído! ¡Levanta la copa! ¿Acaso pregunta alguna vez por la hora? Ha pasado un día y a él le parece como si hubiera pasado un segundo. Ha pasado un mes, él cree que sólo una hora. ¡El tiempo no tiene acceso a él! ¡No, el tiempo lo pulveriza! Pasaron, según él, apenas unas horas, pero en realidad pasó su media vida. No escondas, hermano, el vodka en tu interior. No lo disimules en tus frágiles entrañas. No podrás ocultar nada. Porque él, tu hermano el vodka, tarde o temprano empezará a salir de ti.

—¡Hermanos y hermanas! —sentada a la mesa, la familia dejó notar cierta relajación, y es que el tono de voz del Pastor anunciaba que se iba acercando al final.

—¡Hermanos y hermanas! Dice el apóstol Pablo que no os mezcléis con los pervertidos de este mundo, que no os mezcléis con los borrachos, que ni comáis con ellos. ¿Pero cómo no vais a comer con borrachos si los borrachos sois vosotros? No podéis comer con vosotros mismos, es más: vosotros hace tiempo que ya no coméis con vosotros mismos. No coméis con vosotros mismos porque ya no sois vosotros mismos. Así que haced lo que manda el apóstol: expulsad a ese maligno de entre vosotros. Amén.

Kohoutek juntó las manos para orar. Dios —susurró—, dentro de mí hay un maligno carnal, y fuera, estrechan su círculo alrededor de mí hombres omniscientes, predicadores y mujeres de intuición diabólica. Dios, no invoco tu nombre en vano, pero esto no puede seguir así.

XVI

—Orna ha venido a visitarme. Se quejó de vosotros —la actual amante de Kohoutek lo miró con reproche—. Se quejó de tu padre, que ni siquiera nota su presencia y la trata como el aire. De tu madre, que no le deja comer lo que le apetece. Decía que el Pastor no para de recriminarle en sus sermones su incontinencia en el beber y en el comer. Se quejó de que la hija de doña Wanda toca el violín muy flojo, cuando ella escucharía con ganas la música. Pobre, pobre ancianita —en los ojos de la actual amante de Kohoutek aparecieron unas lágrimas—. Orna me dijo también que la esposa del Pastor no debería cortarse el pelo bajo ningún concepto y que doña Wanda no debería obligar a su hija a tocar el violín ya que la niña no quiere. Criticó a tu mujer —añadió con énfasis la actual amante de Kohoutek— por ir siempre con la nariz metida en algún libro, y para colmo, extranjero. Si sus libros no fuesen extranjeros, al menos podría leerle algo de vez en cuando. Y para terminar dijo que le guardaba cierto rencor a su marido, al señor Director, por no defenderla de vosotros.

Kohoutek, a pesar de la estupefacción que lo dominó, sintió la insatisfacción típica de quien ha sido omitido.

—¿Y de mí no tenía ninguna queja? —preguntó.

—En principio no —dijo con cierta vacilación su actual amante— en principio no... sólo ha mencionado que teme...

—¿Qué es lo que teme?

—Teme un poco que te acabes casando con una católica.

—El cerco se va estrechando —pensó Kohoutek con desesperación.

—La señora es mayor y tal vez confunda ciertos detalles, pero al fin y al cabo, no se trata de detalles —la actual amante de Kohoutek habló ahora rápida y decididamente—, además, Orna no me preguntó si soy católica y, por cierto, que sólo de mí no tuvo ni una queja —añadió con repentino tono de triunfo—. Me dio las gracias y me alabó —continuaba—. Le ayudé a subir y ella me dijo que hacía tiempo que nadie le ayudaba a subir una escalera. Le ofrecí té del termo y ella comentó que ya no se acordaba de la última vez que alguien le hizo té. Me trajo torta y me dijo que pronto me traería un bollo dulce.

—¿Y no le extrañó que vivieses aquí? —Kohoutek sentía que su pregunta, cuerda y sencilla, en esa situación era una frase que sonaría a martirio absurdo.

—¡Qué va! Sólo me preguntó si no pasaba frío. Dijo que en la última habitación hay una cama de hierro vacía y que hay un buen colchón de paja y una enorme colcha de plumón, y que deberías traérmelo todo acá, porque las heladas empezarán cualquier día de éstos. Preguntó también —aunque se disculpó por hacer esa pregunta ya que yo, seguramente, me sonrojé al responder—, preguntó también adónde voy a hacer mis necesidades...

—Ya —murmuró Kohoutek.

—Se lo enseñé y ella dijo que tal vez fuera mejor un orinal, y que hay uno en el

lavadero, que tú sabes muy bien de qué orinal se trata porque era tuyo.

—Está bien —dijo Kohoutek— te traeré mi orinal.

—Y la cama, y el colchón, y la colcha.

—Sí —dijo Kohoutek en voz baja—, te traeré la cama, y el colchón, y la colcha.

—¿Lo ves, Kohoutek? —la actual amante tocó su mano—. Cuando quieres, sabes ser magnífico.

Por unos instantes permaneció plácida y sonriente, después añadió:

—La semana que viene iré a la escuela local y preguntaré si no necesitan a una profesora de lengua. Al fin y al cabo, debería ir buscando algún trabajo. No quisiera ser una carga para ti.

—Ah. Estupendo —respondió Kohoutek—. Es una idea estupenda.

—Oye —la actual amante de Kohoutek estaba realmente de muy buen ánimo, la increíble visita de Orna parecía haberle levantado mucho la moral—, oye, Kohoutek, ¿recuerdas cómo nos conocimos?

—Claro que lo recuerdo —respondió mecánicamente Kohoutek—. Nos conocimos en un autobús de la línea especial A. Estabas leyendo un libro y yo me senté delante de ti y te pregunté qué leías.

—¿Te acuerdas de lo que respondí?

—Sí, me acuerdo, dijiste que lo que estabas leyendo era Kundera.

—Pero tú, Kohoutek —dijo la actual amante con suavidad—, no sabías entonces si Kundera era un nombre de autor o el título del libro, no lo sabías, ¿verdad?

A Kohoutek le sobrevino la irritación.

—No lo sabía —alzó la voz—, y en realidad sigo sin saberlo. No tengo ni idea de libros, no entiendo de novelas, y en cuanto a la poesía, menos todavía. En cuanto a la poesía —repitió con rotundidad y la miró directamente a los ojos—, no entiendo ni una coma.

La actual amante se encogió y agachó la cabeza. Al parecer, el buen ambiente se había esfumado.

Un día, en el estudio de ella en Cracovia, estaban a punto de cenar y ella, como siempre, ordenaba la mesa atestada de libros y papeles, cuando de pronto, una blanca hoja suelta se deslizó hacia el suelo. Kohoutek la levantó con gesto automático y le dio la vuelta. En el reverso había unas líneas escritas con su letra. Era un poema con el título, incomprensible para Kohoutek, *Haiku*:

Cuadernos llenos de apuntes secretos.

Césped de tinta.

Sobre una gran superficie

Alguien camina por las tinieblas,

alguien revienta.

Kohoutek leyó el texto, lo leyó una y otra vez y, a pesar de sentir cómo la

confusión crecía en su interior, no preguntó nada. No hizo nada de nada, menos aún nada malo. Ni rió con su risita fina y desagradable, ni puso en su cara mueca alguna de burla. Se quedó inmóvil y puede decirse con total seguridad que ninguno de sus pequeños gestos casuales fue un gesto intencionado contra la poesía. No obstante, ella se le echó encima con el salvajismo de un sujeto lírico despojado dolorosamente. Le arrancó la hoja de la mano, la rompió y comenzó a lanzarle las miradas más homicidas de todo su repertorio. Desde aquel momento, el misterioso haiku de cinco versos se alzó entre ellos como un muro infranqueable. Nunca hablaron de eso. Él no llegó a saber nunca si aquéllos eran sus únicos versos o unos entre miles que hubiera escrito. No se atrevía a preguntarlo y ella tampoco aclaró nada. De vez en cuando, eso sí, cada vez que se sentía especialmente herido por ella, se esforzaba por hacer una alusión malévola al hecho, subrayando que en absoluto, pero que en absoluto, entendía de poesía.

Esta vez, sin embargo, tras permanecer un instante en silencio, la actual amante de Kohoutek decidió fingir que no se había percatado de aquella malicia ritual.

—Sí, en aquel momento estaba leyendo el *Libro de la risa y el olvido* de Milan Kundera, editado en *samizdat*. Lo tengo aquí conmigo. Si me permites, te leeré un fragmento

Y la actual amante de Kohoutek extrajo de la maleta un ejemplar descompuesto y forrado en papel de periódico, y comenzó la lectura del *Relato de Petrarca*. Nosotros, los viejos admiradores de este escritor checo, conocemos muy bien el fragmento. Transcurre en el momento en que los poetas más grandes del país se dan cita en un club literario de Praga. Kundera los bautiza con los nombres de los grandes clásicos de la literatura universal. Allí están Goethe —un viejo poeta que se desplaza con dificultad apoyándose en unas muletas—, Voltaire, Lermontov, Esenin, Boccaccio. Está también Petrarca, cuyo relato precisamente lee a Kohoutek su actual amante. Petrarca narra una inesperada visita que le hizo en plena noche cierta joven poeta. Aclaremos que la joven poeta no era la actual amante de Petrarca. Sin embargo, Petrarca no puede recibirla porque su bella y celosa mujer está en casa, y la joven poeta se comporta de un modo irresponsable y misterioso. No desea volver en otro momento ni tampoco quiere marcharse. No se deja echar. «He de decirle algo, he de decirle algo»— repite una y otra vez. Después, durante largo rato, se queda ante la puerta. Finalmente, destroza los cristales de la casa de Petrarca con una barra de hierro. A través de la ventana rota entra al interior y le dice: «He venido porque me ha obligado el amor, he venido para que sepas lo que es un amor verdadero, para que lo experimentes por una vez en tu vida».

Y después la chica coge de la mano a la bella mujer de Petrarca y le dice: «Usted no se enfadará conmigo, porque usted es buena y yo a usted también la quiero, os quiero a los dos».

La actual amante de Kohoutek terminó de leer del fragmento de la novela y en cuanto hubo acabado, Kohoutek preguntó, inoportunamente y con la simpleza

literaria tan propia de él:

—¿Acaso estás pensando romper los cristales de mi casa con una barra de hierro?

La actual amante alzó sus bellos ojos, cuyo color recordaba en ese preciso instante a un río congelado —sobre el cual se desliza un claro ataúd de roble— y dijo:

—Oh, inocente Kohoutek, con una barra de hierro una rompería los cristales de la casa de Petrarca o la de Kundera, o la del más grande de los escritores polacos, de quien tú estás celoso, por cierto que no platónicamente, sino como una bestia, y haces muy bien. En tu casa, Kohoutek, una no rompe cristales. En tu casa entra una a quedarse para siempre.

XVII

—Sigo un tratamiento de vodka y aspirina, aunque no voy a ocultarte, querido Kohoutek, que de vez en cuando me olvido de tomar la aspirina.

Oyermah estaba sentado en un sillón. Sobre el pijama se había echado el abrigo de borrego. Tenía mala cara, sus rasgos se habían alargado. Tenía una barba blanca de varios días que le hacía mucho más viejo. Kohoutek por primera vez lo miró con cierta preocupación.

—Quizás haya que llamar a un médico —dijo vacilante.

—Anda, hazme el favor, prende la lumbre y no me fastidies con este tipo de propuestas. Sabes perfectamente que ambos somos tan buenos médicos como los expertos en achaques humanos. Te he dicho cien mil veces que entre el hombre y la bestia no hay prácticamente ninguna diferencia. Como dice el Eclesiastés —en ese momento le sobrevino a Oyermah un ataque de tos tan horrible que parecía que le había sido vedado pronunciar por centésimo milésima primera vez su cita preferida. Sin embargo, aún no le había llegado la hora. Se calmó, echó un buen trago del transparente líquido que había en el vaso junto al sillón, levantó la mano y dijo con su habitual voz sonora:

—Como dice el Eclesiastés: «Porque el suceso de los hijos de los hombres y el suceso del animal, el mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos, ni tiene más el hombre que la bestia, porque todo es vanidad». Y luego añade: «¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres suba arriba y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra?».

—Sabe, maestro —Kohoutek limpiaba de cenizas la gran estufa de cerámica— a veces creo que nosotros, los luteranos, nos caracterizamos por una excesiva e impune facilidad a la hora de citar las Escrituras. Y aparte, sinceramente, uno puede perderse en todo eso, porque finalmente ¿quiénes somos nosotros: sabios, pastorcillos o bestias?

Oyermah hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—No me gustan esas generalizaciones. Del hecho de que yo, Franciszek Jozef Oyermah, conozca las Escrituras y las cite, no se puede concluir que nuestros hermanos las conozcan también. Los viejos evangélicos sí que conocían la Biblia, pero hoy, excepto yo, todos los viejos evangélicos están muertos. ¡Ay, antaño! Pero ¿y hoy? —se ensombreció el doctor—. Una de las más dolorosas circunstancias de mi vida es el verme obligado a contemplar, impotente, una iglesia luterana dominada por, ¡Dios nos asista!, beatas y, con perdón, negados para la teología como tú.

Kohoutek callaba molesto, y Oyermah, adivinando su resentimiento, peroraba, como siempre, con paternal severidad.

—No hay motivo para sentirse ofendido. Al fin y al cabo, fuiste tú mismo quien me presentó recientemente, de la confusa manera que te es propia, una teoría según la cual la única forma de acercarse a la Divina Presencia es violar el sexto

mandamiento. Por cierto, ¿cómo sigue la situación?

—Se ha agravado —respondió Kohoutek, y contó a Oyermah la increíble visita de Orna al desván del viejo matadero, las ganas cada vez mayores de su actual amante de quedarse para siempre, así como la conversación con su atractiva esposa, la cual le dio a entender, aunque de manera velada e indirecta, que emprendería acciones...

—No debe extrañarte —dijo escéptico Oyermah—. No creerás que una mujer tan bella y culta como ella aguantará a tu lado. Ni aguantará, ni satisfará tus expectativas. No tendrías que haberte casado con una mujer tan atractiva y tan inteligente. El verdadero amor, Kohoutek, hay que buscarlo entre las enclenques jorobadas, las lisiadas gafotas y las huerfanitas obtusas.

—Cuando se casó conmigo, no era ni tan guapa ni tan inteligente. La belleza y la inteligencia le vinieron con los años —respondió Kohoutek.

—Ya está —murmuró Oyermah—, como siempre, te ha tocado el caso más difícil.

Kohoutek se esforzaba inútilmente por prender la leña. La estufa de porcelana azul oscuro se había enfriado y la habitación se iba llenando de humo.

—Abre la ventana —Oyermah se tapó cuidadosamente con el borrego—. Abre la ventana, no hay mejor olor que el aroma del gélido aire otoñal mezclado con el olor del primer humo de la estufa cuando se calienta poco a poco.

Pero el problema radica, Kohoutek, en que tú, en general, sientes una fatal atracción —continuaba el doctor— por las mujeres atractivas y cultivadas. Sin ir más lejos, la persona objeto de nuestro debate, ésa con la que no se sabe qué hacer, la misma que te hizo una inesperada visita —Oyermah se rió divertido de su propia ocurrencia—, sí, la que te hizo una inesperada visita, igual que solían hacerlo antaño nuestros dirigentes bolcheviques.

—Ellos realizaban inspecciones en los lugares de trabajo por sorpresa, y éstas duraban poco tiempo —dijo Kohoutek, claramente disgustado por la comparación.

—Está bien. Sólo quiero decirte que ella peca de exceso de belleza, o más bien de un particular encanto. Esos rasgos ligeramente asimétricos, ese divino contorno del cráneo, el increíble peinado... Fíjate, Kohoutek, que tu actual amante ha sabido convertir una vulgar cabellera de corriente pelo castaño en un peinado de una asombrosa decadencia. Ah —se extasiaba Oyermah—, esa ligera bizquera, esas piernas un poquito zambas...

—¿Y usted cómo sabe que tiene las piernas un poco zambas? —Kohoutek se irguió de pronto. En el hogar comenzaban a asomar las primeras pálidas soflamas.

—Una mujer que tiene un rostro tan irrepetible, debe tener las piernas un poco zambas —replicó Oyermah con firmeza. Y añadió:— Además, da igual qué piernas tenga, a nosotros nos interesan los motivos por los cuales ha decidido arrastrarse hasta tu casa sobre sus piernas un poco zambas, o tal vez no tan poco, cargando una maleta llena de libros y una mochila con el resto de sus pertenencias, con el objetivo

de quedarse para siempre.

Y para gran sorpresa de Kohoutek, Oyermah se sacó del bolsillo una hoja arrancada de un cuaderno y doblada dos veces, la desplegó, alcanzó sus gafas y estudió con atención los apuntes que contenía.

—Horror —pensó Kohoutek—, horror, el viejo tiene preparadas unas notas para su intervención. Horror. Nunca saldré de aquí.

De repente, la hoja comenzó a temblar en las manos de Oyermah. Dio varios suspiros. Redondas gotas de sudor aparecieron en su frente. El doctor, con movimientos extrañamente lentos y desvalidos, colocó sus notas sobre las rodillas, se quitó las gafas y se enjugó el sudor de la frente con el cuello del pijama.

—Qué mal me veo, Kohoutek —dijo en voz baja—. Qué mal. Me pesará dejarte, créeme, me pesará, pero debes contar con esta posibilidad —extendió la mano para tomar el vaso y, sosteniéndolo con ambas manos, repentinamente débiles, se lo acercó a la boca.

—Maestro —preguntó Kohoutek con suavidad—, ¿está seguro de que esta cura es conveniente?

—Cuando te llega la hora, no hay curas convenientes ni inconvenientes —Oyermah bebió una buena porción del licor del vaso—. Y la mía está llegando, o, más bien, ya ha llegado. Esta noche he vuelto a soñar con Akiko. Cada vez que sueño con esa zorrita de ojos rasgados, nada bueno se anuncia. Y, últimamente, cada día, sueño con ella noches enteras. Al igual que tu actual amante, se resiste a abandonar al hombre de su vida —aparentemente, Oyermah volvía a sentirse mejor.

—Volvamos a lo nuestro —dijo, esta vez con un tono animado y algo artificial. Levantó de nuevo la hoja, se puso otra vez sus gafas y, como un experto conferenciante, comenzó a referir el problema.

—Hay varias posibilidades que explican por qué tu actual amante hizo lo que hizo. Son las siguientes. Quizás quiera obligarte a tomar una decisión definitiva, a que des un sí o un no, o a que adoptes una actitud clara. En este caso, su llegada sería un chantaje, o al menos, cierto tipo de chantaje. Tal vez se haya presentado impulsada por el loco amor femenino, o quizás por crueldad femenina. Quizás no haya venido por propia voluntad —Oyermah hablaba con total gravedad—, sino que la haya traído el mismo demonio que hace algún tiempo os mandó aquel Volga amarillo para recogeros. ¿Qué clase de demonio será ése? ¿Quién sabe? ¿El demonio del chantaje? ¿El demonio del amor? ¿El demonio de la crueldad? ¿Y si todo esto fuera mucho más sencillo y tal vez hubiese decidido hacerte una visita como una de tantas mujeres ligeritas?

—O se es una de tantas, o se es una ligerita —replicó Kohoutek.

—En la generación más joven las ligeritas suponen la común mayoría, o eso es lo que a un carca como a mí puede parecerle —Oyermah contempló por un instante el fuego que flameaba vivamente; las ventanas estaban ya cerradas y la habitación se iba caldeando.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó tras un instante—. ¿Es filóloga?

—Sí, este año ha acabado Filología polaca —respondió Kohoutek vacilante, pues en realidad, en lo que respecta a su actual amante, no estaba seguro de nada.

—¿Originaria de Cracovia?

—No. En Cracovia alquila... alquilaba —se corrigió Kohoutek con sarcasmo— una habitación. Pero es de Ostrowiec Swietokrzyski. De Ostrowiec o de la región de Ostrowiec, no lo sé exactamente.

—Y si puede saberse —seguía indagando Oyermah—, ¿cuál es el apellido de tu *femme fatale* de Ostrowiec Swietokrzyski?

—Kotkowska. Justyna Kotkowska.

Oyermah se quedó meditabundo, podía llegar a parecer que se hubiera hundido en sí mismo, que le hubiera llegado otro de aquellos momentos de desfallecimiento. Sin embargo, estaba cavilando intensamente, intentaba recordar algo. Tras las ventanas, la oscuridad se imponía lentamente. En la estufa azul rugía el fuego eterno.

Oyermah miró a Kohoutek con atención, con cierta tensión incluso.

—Oye, ¿ella no te habría comentado por casualidad si es pariente o está emparentada con Gombrowicz?

—Pues sí, una vez mencionó que si se empeñaba lo mismo podía encontrar lazos familiares entre ella y... —Kohoutek titubeó— en cualquier caso, le oí mencionar ese apellido.

—La situación empieza a ser grave —murmuró Oyermah.

Guardó silencio de nuevo, alzó la cabeza y contempló por un instante la reproducción de la *Última cena* que colgaba de la pared.

—La situación empieza a ser grave —repitió—. Si tu actual amante se considera prima de Gombrowicz, la situación es grave, aunque yo rechazo decididamente la hipótesis de que haya venido a verte siguiendo confusos impulsos literarios. Desecho esta hipótesis —Oyermah hablaba con cierto tono de despreocupación muy raro en él—, la desecho porque no soluciona nada, igual que desecho la sospecha que hace tiempo pulula por tu cabeza, la de que ella sea un castigo divino por tus actos. Estoy seguro de que desde el principio te martiriza esta lamentable idea, pero te da vergüenza articularla ante mí, y haces bien al avergonzarte.

—Vale —Kohoutek se susurró mentalmente a sí mismo—, vale, viejo impostor, lo sabes todo sobre mí, pero yo también sé algunas cosas de ti. Ahora mismo pronunciarás un gran discurso sobre la crueldad femenina, y después, por milésima vez, me contarás la historia de Akiko.

—Espero que adivines —dijo Oyermah— cuál es mi opinión. A saber, en mi opinión, la ha traído aquí la simple crueldad femenina. Desafortunadamente, no tengo fuerzas —Oyermah se bebió el resto del vodka que le quedaba en el vaso—, no tengo fuerzas para recordarte mi teoría sobre la crueldad femenina. Te contaré a cambio la historia de Akiko. Antes, sin embargo, te pediría que hicieras lo siguiente: ponme un té, por supuesto que tú puedes ponerte otro, y sírreme un vodka, por supuesto que tú

puedes también. La botella está en el aparador. Ah, y tráeme del botiquín dos aspirinas.

XVIII

—Como bien sabes, Kohoutek, la historia se desarrolla justo antes del estallido de la segunda guerra mundial, en Londres, en la pensión «Luisendorf». Intervienen tres personas: una bellísima joven japonesa llamada Akiko, cierto repelente articulista británico de ardiente mirada y yo, Franciszek Jozef Oyermah. Es un verano caluroso, durante días enteros perfecciono mis conocimientos teóricos y aprendo el idioma, y por las noches sufro los martirios de la soledad del hotel. En la habitación de enfrente...

—Disculpe, maestro —dijo Kohoutek—, pero me parece que alguien está llamando a la puerta.

Oyermah calló y al instante, ciertamente, se oyó un suave golpeteo.

—Kohoutek, ve a ver: si es mi querida Jozefina que está llamando ya, o la Huesuda Ejecutora, o algún otro representante de las tinieblas, infórmale de que mi último deseo es contar, una vez más, la historia de Akiko...

—Me da la impresión, doctor, de que más bien es la vida misma que surge con su insondable forma...

—Ah sí —Oyermah comprendió enseguida la situación—, ¿cómo habrá llegado hasta aquí?

—Gracias a mis relatos se conoce el pueblo como si fuera su casa. Tengo la insoportable costumbre sentimental de hablar a mis actuales amantes de la tierra de Cieszyn.

—Bien. Veo que vuestra situación es imposible de solucionar siguiendo un razonamiento lógico, así que no tiene sentido seguir discuriendo. Como mucho, os daré un consejo práctico y acabaré la historia de Akiko en una versión censurada, por consideración a la presencia de una dama. Recíbela, mientras yo voy a cambiarme.

La actual amante de Kohoutek llevaba el abrigo azul marino con el que había llegado y un gracioso sombrero cubría su divino cráneo. Entró en la habitación y se quedó mirando con insistente curiosidad la enorme cama-nido, la radio Pionier que había junto a ella, el sillón tapizado de verde oscuro, el piano, la estufa de cerámica cuya puerta se iba volviendo incandescente, la mesa con un mantel amarillo en el centro. Se acercó a la ventana y miró hacia las luces que parpadeaban en la oscuridad.

—Me gusta esto —dijo a media voz—, me gusta cada vez más.

—Sí —pensó Kohoutek—, ella no ha venido por mí, ha venido porque éste es un pueblo de bellos paisajes. Le gusta esto. Quiere pasar aquí el resto de su vida. Ayer conoció a Orna, hoy está a punto de conocer a Oyermah. Poco a poco irá conociendo a todos los evangélicos de la confesión de Augsburgo. Tal vez llegue a conocer al resto de mis parientes y amigos. Comenzará a trabajar en el colegio. Se buscará un piso. No se puede descartar que incluso se instale a vivir conmigo en la misma casa. Y dejará de ser mi actual amante. Quizás ya no lo sea.

La habitación se llenó con el asfixiante aroma de la colonia Wars. El doctor

Franciszek Jozef Oyermah apareció en la puerta. Estaba cuidadosamente afeitado y peinado. Se había puesto un pantalón negro, una camisa azul y una chaqueta de un *tweed* color amarillo sucio. En el cuello se había liado un fular burdeos.

—Bufón —susurró Kohoutek para sí mismo—, viejo bufón.

Sin embargo, cuando tras un instante observó a Oyermah con más detenimiento, sintió miedo una vez más esa noche. Era evidente que cambiarse de ropa y asearse, aunque por encima, con velocidad de rayo, eran trabajos que superaban largamente las fuerzas del anciano. Estaba pálido como la nieve, respiraba pesadamente, o, en realidad, abría espasmódicamente la boca intentando coger en vano una bocanada de aire. Se tambaleó y se agarró al marco de la puerta. Corrieron hacia él, lo cogieron de los brazos y lo condujeron al sillón. La actual amante de Kohoutek se quitó el abrigo y con extraordinaria solicitud y celo se ocupó de Oyermah. De alguna manera, sin embargo, todas sus acciones —aflojar el fular, enjugar el sudor de la frente, tomar el pulso—, resultaron superfluas, ya que Oyermah, en cuanto consiguió recuperar el aliento, decidió celebrarlo con un trago de vodka, después del cual, por supuesto, se sintió mejor.

—Lo siento —dijo tranquilamente—, lamento una *entreé* tan desafortunada.

—Soy yo quien siente la visita sorpresa pero, como sabe, las visitas sorpresa son, en algún sentido, mi especialidad —en la voz de la actual amante de Kohoutek no había ni sombra de coquetería.

—Muy bien —respondió Oyermah—. Precisamente estábamos pensando, mi amigo Kohoutek y yo, en qué se podría hacer. Yo, desafortunadamente, no puedo ayudar mucho. Pero mientras no toméis decisiones definitivas, se puede atender al menos a los detalles. Un detalle a tener en cuenta es que, si no me falla la memoria, y seguro que no me falla, en el desván del viejo matadero del difunto Emilian, que en paz descanse, hay una segunda puerta.

Aunque Kohoutek nunca había visto ni oído acerca de esa segunda puerta secreta, sintió repentinamente que le importaba muy poco.

—Sí —continuaba animoso Oyermah—, en la segunda pieza, no en la que está la colección de cajas de cartón que tan bien conocéis, sino en la segunda, en la que en el centro se alza una pila de virutas, en la que hay un rincón con un montón de heno petrificado y que recuerda aún los tiempos de Stalin.

La actual amante de Kohoutek, no se sabe por qué, se sonrojó, y agachó la cabeza.

—Hay que buscar precisamente detrás de ese montón de hierba segada cuando Josif Vissarionovich Stalin aún estaba con vida. Debe haber también un torno con un grueso cabo. Muchas veces usamos ese dispositivo. Muchas —en la voz de Oyermah sonó una nota de nostalgia—, muchísimas veces. Sólo que no tarareamos canciones marineras, sino que trabajamos en el más profundo de los silencios. Desde el punto de vista de nuestros últimos invasores, la mayoría de las actividades desarrolladas en el viejo matadero del difunto Emilian, era ilegales y punibles. Es más, algunas de

ellas podrían habernos costado la cabeza. Ésta es la razón de que en el último medio siglo hayamos llegado a dominar a la perfección el arte conspiratorio de degollar cerdos, el descuartizamiento partisano de reses, la fabricación de charcutería en el subsuelo. Usábamos el cabo para trepar de noche al matadero. Sus ventanas concienzudamente tapiadas hacían de él un antro bochornoso como el infierno. Con ayuda del mismo cabo subíamos a los animales previamente aturridos. La nieve brillaba como el cielo, y nuestras sombras se afanaban en torno al matadero del difunto Emilian, aparentemente cerrado, pero en realidad bullicioso...

Oyermah se interrumpió de repente porque su instinto de experto narrador le sugirió que la atención de sus oyentes estaba dispersa. La actual amante de Kohoutek seguía sentada con la cabeza gacha, y parecía que su gracioso sombrerito en cualquier momento podía deslizarse y caer de su divino cráneo.

—Desde que ha entrado, no me ha mirado ni una sola vez —pensó Kohoutek—. Así que no me habré equivocado mucho al pensar que ha decidido hacerse cargo de su suerte.

—Doctor, ¿podría alquilarme una habitación? —preguntó la actual amante en voz baja.

Oyermah suspiró hondo.

—Perdóname, querida niña —dijo—, pero no puedo. He pensado en esa posibilidad desde el principio, pero no puedo.

—Nadie, absolutamente nadie vendría a visitarme —susurró espasmódicamente—, y me ocuparé de la casa, cocinaré.

—No —dijo Oyermah con dureza—. No se trata de que alguien venga a visitarla o no. El hecho de que cierta historia pueda encaminarse hacia un extraño final, ya lo entendí hace un rato. Mis motivos son otros. O más bien, uno, pues hay un solo motivo. Y es que yo pronto voy a morir. No sé si Kohoutek le habrá comentado que, de acuerdo con la costumbre local, conviene hacerlo antes de que caigan las primeras nevadas y heladas. Tengo tal vez una semana, tal vez unos días —Oyermah hablaba con una voz tan gélida que no admitía objeción, la voz de alguien que sabe que dice una verdad incuestionable—. No quiero que usted esté presente cuando yo esté agonizando y no quiero que después se quede aquí sola. Mis parientes lejanos la harían papilla incluso antes del entierro. Sí, parto hacia mi último viaje, lo sé muy bien, y ése es suficiente argumento, aunque podría mencionar otros de menor peso, como, por ejemplo, el espíritu de mi difunta Jozefina. ¿Qué diría él, el espíritu de mi amada Jozefina? No estaría contento y tal vez, incluso, la persiguiera por las noches —Oyermah de pronto soltó una risilla amenazadora.

—Doctor, en ese caso quisiera pedirle otro favor —dijo la actual amante de Kohoutek.

—¿Sí?

—¿Puedo lavarme el pelo en su baño?

—Estupendo —respondió Oyermah—. En el armario del pasillo encontrará una

toalla limpia, y en cuanto a los champús, sólo dispongo del de hierbas.

Permanecieron en silencio un buen rato. Cuando del cuarto de baño comenzó a llegar el ruido del agua, Oyermah, con un gesto de la cabeza, señaló a Kohoutek los vasos vacíos. Echaron un trago y Oyermah dijo sentenciosamente:

—La idea de una gradual transformación del desván del viejo matadero en una casa decente se ha derrumbado tan pronto como fue concebida.

—Lo cual no cambia el hecho de que la locura continúe. Ninguna mujer en sus cabales habría venido —Kohoutek aún parecía no entender la simpleza psicológica de sus argumentos—, y si lo hubiera hecho, sin duda, se habría ido después de cierto tiempo, y en todo caso, tras haberse acabado la historia. Ella, en cambio, se queda.

—Sí, ella se queda, y tú te marchas. El mundo, de acuerdo con las despiadadas reglas de la crueldad femenina, está siendo puesto patas arriba. Por cierto, ¿dónde me había quedado yo?

—«En la habitación de enfrente...».

XIX

En la habitación de enfrente —Oyermah no se demoró ni un segundo— vive un personaje misterioso, sospechoso y repelente. Un hombre alto, costilludo, de mi talla más o menos, de una edad imposible de definir. Tal vez treinta, tal vez cincuenta años. En una cabeza enana como un guisante, una mata de pelo grasiento. A pesar de la terrible canícula, anda siempre con un estropeado abrigo de entretiempo con capucha. ¿Anda? Decir «andar» es una exageración, la palabra está mal empleada y ha sido puesta en un lugar equivocado. ¡Ese hombre prácticamente no abandona su habitación! Cada pocos días se desliza durante unos minutos de su madriguera, parece que con el fin de realizar alguna compra excepcionalmente perversa, a juzgar por el paquete que aprieta bajo el brazo. Dos o tres veces me lo cruzo en el pasillo del hotel, no responde a mi saludo. Sus taladradores y ardientes ojos, ocultos tras unas gafas de montura dorada, se limitan a traspasarme por entero. Sí. Él no sale de la habitación. Ella, en cambio, viene a verlo a diario, y no una o dos veces, sino varias. Es tan increíblemente bella que parece un ser de otro mundo. Es excepcionalmente alta para ser japonesa. Viste a la europea, con vestidos veraniegos, aunque de colores oscuros. Cada vez que lo espera delante de su puerta —una hora y a veces incluso más tiempo—, siento cómo el narcótico aroma de su cuerpo comienza a llenar despacio mi habitación. El caso es que él no deja que entre, no quiere recibirla. De vez en cuando es magnánimo y la deja pasar y quedarse, pero no sin que antes tengan lugar negociaciones, desesperadas promesas, guardias de horas enteras. Constantemente, me llega desde el pasillo el sonido de las inútiles llamadas a la puerta, de las conversaciones agitadas, el impaciente falsete de él, el ruego susurrante de ella. La situación más dramática suele tener lugar cada vez que él la hace esperar. Entonces ella, simplemente, se queda aguardando ante su puerta. Oigo el crujido de su vestido, oigo su respiración, me asfixio con su fragancia. En ocasiones, pasa horas en espera de una audiencia, entonces baja y se sienta en un sillón del recibidor. La situación comienza a intrigarme vivamente, e inicio una discreta indagación entre el servicio. Nadie sabe nada o no quiere hablar. Finalmente, la espabilada de Caroline, la camarera —que dicho sea de paso, querido Kohoutek, pues sí—, me informa con máxima discreción que el individuo que vive enfrente es un célebre articulista británico que, precisamente aquí, en la pensión «Luisendorf», concluye actualmente un libro sobre pintura prerrafaelista. Quién es la japonesa y qué relación guarda con él, nadie lo sabe. De todos modos, tampoco era necesario indagar en la obvia naturaleza de sus relaciones. El repelente articulista británico, a pesar de tener tanto trabajo, accedía a veces a que aquella visita supuestamente tan molesta se quedase hasta la mañana siguiente.

Una noche me despierta la acostumbrada llamada a su puerta. Escucho tumbado desde la cama. Ella, como siempre, le ruega que la deje pasar, sin embargo, en esta ocasión su susurro resulta especialmente desesperado. Golpea la puerta con especial

fervor, y el silencio que le responde resulta más conmovedor incluso. Me levanto de la cama, me pongo la bata, enciendo un cigarrillo, miro el reloj: son las dos y veinte. Durante media hora doy vueltas por la habitación, fumo, me tomo dos vasos de *whisky*. Durante todo este tiempo me llega desde el pasillo el sollozo de un ruego cada vez más dramático. Y finalmente, silencio. Un repentino y fulminante silencio. Sé que ella no se ha marchado, sé que él no la ha dejado entrar. Lo hubiese oído. Por aquel entonces yo era un auténtico virtuoso del oído, mi omnisciente sentido lo sabía todo acerca de aquellos dos. Silencio, un desesperado silencio. El lejano y oscuro sonido de la sirena de un remolcador del Támesis. Más silencio aún. Un silencio monstruoso como la premonición de un crimen. Me decido al fin, y entreabro la puerta. La japonesa está sentada en el suelo. Apoyada en la pared, duerme. Sobre sus divinas mejillas hay huellas de lágrimas secándose.

Era una visión incomprensible y fulminante por su encanto. ¿Una mujer sentada en el suelo? ¿Antes de la guerra? ¿Una japonesa? ¿De noche, en la pensión londinense «Luisendorf»? ¡La época en que las mujeres se sientan en el suelo llegará décadas más tarde! Akiko se adelantó a su tiempo al menos un cuarto de siglo. Me acerqué a ella y toqué con suavidad su hombro. Abrió los ojos y comenzó a hablar de inmediato. Se disculpó por el jaleo y explicó algo más que no entendí. Ciertamente, habló en inglés, pero con acento típicamente, digámoslo así, samurái. Además lloraba, había prorrumpido muy pronto en lágrimas, señalaba hacia la puerta del articulista británico y sollozaba nuevamente como una niña pequeña. Yo, sin embargo, no tenía necesidad de entender sus palabras, pues estaba al corriente perfectamente de la situación. Golpeé decididamente la puerta del articulista, quien, para mi asombro, abrió casi de inmediato. Llevaba puesto un camisón horriblemente sucio. El interior de su habitación exhalaba la intolerable fetidez de los manuscritos. Con reserva, aunque, hay que reconocerlo, también con cortesía, pidió que no se interrumpiera su descanso. Explicó que él no era responsable de los excesos de aquella joven *lady* japonesa. Y estaba a punto de cerrar la puerta, cuando ella estalló literalmente. Gritó, habló balbuceando, descuidando su acento, y yo, no obstante, querido Kohoutek, esta vez sí que lo entendí todo. Entendí cada frase y cada palabra, y los absorbí con indescriptible deleite. Dijo que ésta era la última vez que lo veía en su vida, que era un payaso, un villano y un grafómano, que había llegado el final definitivo, que no lo odiaba, ni lo despreciaba siquiera, que simplemente le era indiferente como ninguna otra cosa en el mundo. Como a toda bella mujer a la que la ira libera de las cadenas de la coquetería, Akiko atravesaba un furor deslumbrante... Su cabello, endrino, tupido y grueso como el grafito, caía sobre su pálida frente. En sus oscuros ojos ardían brasas. Una sombra de confusión, de miedo o, tal vez la sombra de una extraña sonrisa, apareció en el rostro del articulista, quien despacio, sin decir palabra alguna, cerró la puerta. Akiko, impotente, se quedó de pie en el centro del pasillo y yo, dejándome llevar por el increíble curso de las cosas, hice algo que en circunstancias normales ni entonces, ni antes, ni después, jamás, hubiera

hecho, a saber: le propuse que pasara a mi habitación y que tomara algo para reponerse. Ella, sin rastro de vacilación, aceptó mi ofrecimiento.

Querido Kohoutek, aquéllas fueron las horas más bellas de mi vida. Al cabo de un cuarto de hora éramos ya un par de amigos íntimos, de esos de toda la vida. Después de una hora ya estábamos haciendo planes para llevar una vida en común. Akiko se había quitado las sandalias, se había sentado en el sillón con las piernas dobladas, bebía *whisky* y reía como una loca con cada una de mis palabras. Después me estuvo enseñando japonés. Sobre un papel escribía, o más bien dibujaba, aquel misterioso alfabeto, traducía al inglés y me enseñaba a pronunciar. Dios, ¡con qué cuidado, con qué entusiasmo repetí cada uno de esos extraños sonidos! Hasta hoy los recuerdo todos. Al día siguiente viajaríamos al *hingashi* (este), nuestra *uchi* (casa) estaría en la orilla de un *kaua* (río), a los pies de una *yama* (montaña), por las noches, sobre nuestra *ucki*, brillaría siempre la *oki* (luna), su *kokoro* (corazón) me pertenecía a mí, nos unía *ay* (el amor) y nuestro *ay* sería bendecido por el mismísimo *kamisama* (Dios). Después yo intenté escribir o dibujar, más bien; cuando me equivocaba, cogía con delicadeza mi mano y me llevaba como a un niño por el oscuro sendero de los jeroglíficos.

Dijo que tenía hambre. Le preparé unos huevos revueltos. Sucede a veces que en el proceso de freír unos huevos revueltos, uno puede experimentar la más sublime de las exaltaciones espirituales. Imagínate la escena: yo friendo huevos revueltos sobre un hornillo de alcohol, mientras la bella Akiko está a mi lado todo el tiempo, apoyando su mano en mi hombro, como si tuviese miedo de que yo fuese a fugarme o a desaparecer; yo la espío con el rabillo del ojo, asegurándome de que ella existe y de que está allí. Y ella está, y existe, puesto que come con avidez los huevos revueltos. Después, con torpeza, sin sacar la cucharilla de la taza, toma el té. La cucharilla hincándosele en la mejilla y una miga de pan en la comisura de la boca son la prueba irrefutable, necesaria y suficiente de su existencia. Le entra sueño. Va al baño, yo le preparo la cama. Vuelve. Cuelga su ligero vestido en el armario, se cuelga de mi cuello con todas sus fuerzas. La toco y siento de pronto —como una ráfaga de aire gélido—, la negra desesperación que desprende. Cada uno de sus ligamentos, su sangre, sus huesos, su corazón, todo está calado por la negra escarcha de la desesperación. Todo lo que hace esa mujer, lo hace por desesperación. Cada uno de sus irresponsables pasos está motivado por una profunda desesperación. Carga por desesperación contra la puerta del repelente articulista británico —no hablamos de él en absoluto, no se pronunció ni una sola palabra acerca de él; él, simplemente, al encerrarse en su habitación, dejó de existir—. Había abandonado a alguien por desesperación —¿un marido?, ¿un novio?, lo adivino por sus ambiguas alusiones—. Fue la desesperación la que la hizo caer entre mis brazos.

Se acuesta y se duerme con el repentino sueño de los niños. Me quedo inmóvil en el sillón mientras me desbordan las nobles visiones, las escenas marcadas por el ánimo exaltado y en las que yo mitigo su desesperación. Contemplo embobado sus

frágiles hombros desnudos y siento que empiezo a perder la cabeza, que pierdo la cabeza de felicidad. La claridad va creciendo y llega a parecerme que es el dorado resplandor de su piel lo que llena la habitación. Akiko despierta, sonrío, se viste con especial prisa. Habíamos quedado en que dejaríamos la pensión cuanto antes, por eso ahora se está vistiendo. Irá a por sus cosas —¿Adónde? ¿Qué cosas? ¡No tengo ni idea!—, yo, mientras, haré mis maletas y la esperaré abajo en el recibidor. Ya está vestida y no me extraña en absoluto que salga casi sin despedirse, y es que enseguida estará de vuelta. Me extraña, en cambio, eso sí, y mucho, reconocer el golpeteo en la puerta de enfrente que, de inmediato, comienza a llegar desde el pasillo. Esta vez no dura mucho tiempo. Un ruido en la cerradura, la puerta se abre, la puerta se cierra, Akiko desaparece para siempre. Akiko deja de existir.

Oyermah se quedó en silencio un instante. La actual amante de Kohoutek volvió del baño, se situó junto a la estufa, peinándose y secándose el pelo.

—Sí... Dejó de existir —repitió Oyermah—. Desde entonces, la liviana japonesa me visita sólo en sueños y cada vez que la veo, me encojo del susto porque siempre es portadora de malas noticias. Estoy convencido de que está muerta y, por cierto que desde hace mucho tiempo. Ya entonces estaba medio muerta de desesperación. Si no se suicidó poco después, simplemente se consumió de angustia. No puedo olvidarla y no sé perdonarla. ¡Oh, cruel Akiko! —suspiró—. Prometiste que pasarías conmigo toda la vida, pero sólo querías aguardar hasta el alba, a que se abriesen ante ti aquellas puertas infranqueables. Aunque, ¿quién sabe? A veces siento que ella quizás, mientras hacía conmigo sus planes de vivir en nuestro *uchi*, creyese en todo aquello de todo corazón.

Aquel mismo día abandoné el hotel, y Londres, al día siguiente. En una semana estaba de vuelta en Polonia. Además de los sueños aciagos donde aparecía Akiko, traje conmigo la curiosa manía de dar nombres anglosajones a todos los animales. Llegué justo a tiempo para el estallido de la segunda guerra. Podría decirse, en resumidas cuentas, que todo había acabado en una gran *uarau* (risa).

EPÍLOGO

Kohoutek se marcha. ¿Por cuánto tiempo? ¿Quién sabe? Él cree que para siempre, y como de costumbre, siente sus ilusiones de todo corazón. Hace la maleta, franquea con sigilo el jardín que antaño fuera el patio de un gran matadero, y a través del camino secundario, junto al río, se dirige hacia la estación. Si alguien escribiera un libro sobre mí —piensa Kohoutek—, podría empezar del siguiente modo: «Cuando en el año del señor 1990 el médico veterinario Pawel Kohoutek vio a su actual amante sentada a la mesa del comedor, creyó que se moriría». En todo caso —piensa Kohoutek—, no sobreviviría a ello, o tal vez no me muriese, pero tampoco me quedaría vivito. ¡Qué va! —una furia repentina invade a Kohoutek—. ¡Y un cuerno iba yo a morirme! Por poco y me lo creo otra vez. No me moriría, me lo haría encimita del susto. Cuando en el año del señor 1990 el médico veterinario Pawel Kohoutek vio a su actual amante sentada a la mesa del comedor, se lo hizo encimita del susto. Eso suena mucho mejor, más completo y verdadero. Creo que incluso a ella, amante de exquisiteces literarias, le satisfaría esta frase. Buena pregunta, por cierto: ¿qué es mejor, hacérselo en los pantalones o morirse? Mejor morirse, porque el que se muere, ya no se lo hará más en los pantalones, y el que se lo hace en los pantalones, tendrá todavía que morirse. Pero lo que más conviene es hacer lo que yo hago: huir antes de que uno tenga que hacérselo encima o morirse.

Huir, antes de que ella llegue a sentarse a la mesa del comedor. Huir, antes de que se ponga a charlar con mi mujer, con mi vástago, con mi madre. Huir antes de que se instale en la habitación que, de repente, han dejado doña Wanda y la madre de doña Wanda. ¡Y tan de repente! De un día para otro, de la noche a la mañana, por motivos confusos, inexplicables e inexplicados.

A Kohoutek le da lástima doña Wanda, al fin y al cabo ella pertenecía al gran conjunto de instrumentistas de la humanidad. La eterna mueca de dolor o disgusto ya nunca desaparecía de su carita con hocico de zorro, no desaparecía ni siquiera mientras interpretaba a Schubert. Pero, al menos, de vez en cuando tocaba a Schubert.

Y ahora, silencio. Como dice el doctor Oyermah: un silencio horrible como la premonición de un crimen. Hicieron las maletas y se fueron con tanta prisa como si realmente hubieran cometido un crimen o como si en cualquier momento fuese a alcanzarlas una mano ávida de venganza. Se oyó una o dos veces el sollozo de doña Wanda, después su extraña risa, nerviosa, pero, de algún extraño modo, también triunfal; al despedirse, la madre de doña Wanda observó fijamente a Kohoutek y parecía que con ánimo censor. Se subieron a un taxi y, al momento, ya no estaban. La madre de doña Wanda —piensa Kohoutek— me miró como si yo fuese la causa de todo. Y no, no soy yo, esta vez, estoy completamente seguro, no soy yo. Son ellas las culpables de todo, han dejado una habitación vacía en la que pronto instalarán a alguien. Kohoutek tiene muy claro quién será, aunque tal vez no esté seguro al cien por cien. Al fin y al cabo, no está dotado de una gran intuición. Es

dudoso, es muy dudoso que de alguna manera se haya contagiado de la intuición de sus amantes. Aunque es posible.

Kohoutek sube al tren. Esta vez, sin embargo, no busca nada especial, no se asoma asiduamente a todos los compartimentos con la esperanza de que su fatiga encuentre una recompensa. Queda aún un montón de tiempo para que den la salida. Kohoutek se queda un rato sentado, después sale al corredor y abre la ventana. Delante del edificio de la vieja estación se encuentra el apático vástago de Kohoutek, que con desmedida tristeza y expresión de embobamiento mira hacia el frente.

—Tendría que llevarlo alguna vez al zoológico —se dice Kohoutek y siente una extraña presión en el corazón, en la garganta—, se lo he prometido tantas veces —y de repente Kohoutek comienza a llamar a su vástago por su nombre, agita el brazo, el vástago de Kohoutek se pone a mirar a su alrededor, al principio asustado, hasta que finalmente lo ve, y en loca carrera infantil se lanza hacia él. Kohoutek le ayuda a subir los escalones. Durante un buen rato es incapaz de pronunciar palabra.

—Por la noche llamaremos a mamá y mañana iremos al zoológico —dice al fin.

El tren arranca. Kohoutek y su vástago están en la ventana y miran hacia su localidad natal, recostada sobre los cerros y habitada exclusivamente por evangélicos de la confesión de Augsburgo. El aire se vuelve lentamente gris. Las casas se van iluminando. Desde aquí, desde la altura del terraplén ferroviario, todo se ofrece como en una bandeja. Se ve la iglesia, la casa parroquial, la oficina de correos, el complejo deportivo, el cementerio sobre la empinada ladera. Se ve el viejo matadero y el caserón de madera en el que agoniza el doctor Oyermah. En el desván del viejo matadero, Orna, de pie, mira confundida a su alrededor. No hay nadie. Orna susurra algo inaudiblemente. En la mano sostiene un bollo dulce envuelto en papel alimenticio. Cojeando, vaga entre los cartones, aparta el papel, se come un pedacito del bollo, espera un rato más, en vano vigila todavía un instante, después guarda el pastel entre uno de los cartones y se dispone a emprender la ardua vuelta a tierra.

Entre el silencio absoluto que llena su viejo y oscuro caserón, el doctor Oyermah escucha el lejano estrépito de un tren que se aleja. Yace inerte en el sofá. Sigue vestido con la chaqueta de *tweed* color amarillo sucio, el pantalón negro, la camisa azul. Todas sus fuerzas lo han abandonado. Una y otra vez cae en un profundo sueño, como en un abismo. Las oscuras aguas de la eternidad crecen cada vez más, una ola persigue a otra, los párpados se transforman en piedra. Y ante el viejo doctor se abren todas las puertas que ha cruzado alguna vez. Se abre el gran portón de hierro que conduce al patio. Se abren las puertas del zaguán, del cuarto del hielo, de la última estancia. Se abren las puertas de la cocina, del almacén, del viejo matadero. Se abren las puertas de todas las caballerizas y de todos los establos a los que ha entrado para salvar animales o para acortar sus sufrimientos. Se abre la puerta del sótano, también la del desván. Se abren las puertas de las tascas y de los bares con sus celebraciones. Se abren las puertas de casas e iglesias, las portezuelas de los jardines y las verjas de los grandes corrales.

Y Franciszek Jozef Oymah cruza una vez más todos los umbrales. Se abren ante él las puertas de los hoteles en los que se ha alojado. Se abre la puerta de la pensión «Luisendorf». Se abren habitaciones de invitados, comedores y dormitorios. Tras la última puerta, cubierta de esmalte resquebrajado y desconchado, hay un camino arenoso y recto. Oymah, mirando a su alrededor con incredulidad, avanza por el sendero que se alza suavemente. ¿Acaso en un momento como éste —piensa—, acaso en un momento como éste se puede llegar tarde? ¡Pero no! Ella está ahí. Y corre a su encuentro con su oscuro vestido de verano. Con todas sus fuerzas se le cuelga del cuello. Después lo coge de la mano y lo conduce hacia increíbles parajes saturados de luz, lo conduce allí donde hay oscuras aguas y densos cúmulos. Pero Oymah no siente en absoluto el alivio más ligero que el aire, sigue sintiendo aquella soledad llena de angustia, sigue sintiendo el dolor en cada hueco de su cuerpo. Y de repente comprende que quiere desprenderse de aquella soledad y de aquel dolor. Y se detiene en mitad del camino y arranca su mano de la mano de Akiko, apretada de pronto con increíble fuerza, y dice con enfado:

—Muchas gracias, pero en este momento, querida Akiko, no tengo ni pizca de ganas. Haberte entregado a mí en el treinta y nueve o, al menos, no haberte metido repentinamente en la habitación de aquel canijo. ¿Qué te habrás creído —grita— que voy a vagar toda la eternidad en tu ultratumba pagana? ¡Ni hablar! —Y Akiko, antes de llegar a poner cara de ofendida, desaparece, y con ella desaparecen el sendero arenoso y los increíbles parajes saturados de luz. Oymah despierta y mira la estufa azul, el piano, la reproducción en la pared de la *Última cena*. Se siente como tras una grave enfermedad, debilitado, pero de alguna manera renovado y purificado. Se levanta del sofá y se acerca a la ventana. Es la gélida mañana de un día como otros. El aire se esclarece. Todo está cubierto con una gruesa capa de nieve caída durante la noche. En la ladera de la montaña de enfrente se ve una silueta. En lo alto, donde acaban los caseríos humanos, alguien avanza a duras penas a través de las blancas superficies, alguien se dirige hacia los abetales. Oymah entorna los ojos y está seguro de ver un gracioso sombrerito, una mochila sobre unos delgados hombros y una enorme maleta que deja sobre la nieve marcas ininteligibles.



JERZY PILCH (Wisla, Polonia, 1952), es uno de las más importantes escritores y periodistas polacos. Los críticos han comparado el estilo de Pilch a Witold Gombrowicz, Milan Kundera o Bohumil Hrabal. Su obra ha merecido premios tan importantes como el de la Fundación Kocielscy. Entre sus novelas destacan *Confesiones de un autor de clandestina literatura erótica* (1988), *Otros placeres* (1995), *Mil ciudades tranquilas* (1997) y *Casa del Ángel Fuerte* (2000) que obtuvo en 2001 el Premio Nike, el más prestigioso galardón literario de Polonia.

Notas

[1] UNRRA United Nations Relief Rehabilitation Administration (Administración de las Naciones Unidas para Ayuda y Rehabilitación). <<

[2] Buenos días, señor doctor Lutero. Yo también soy un luterano de Weichsel en Polonia. <<